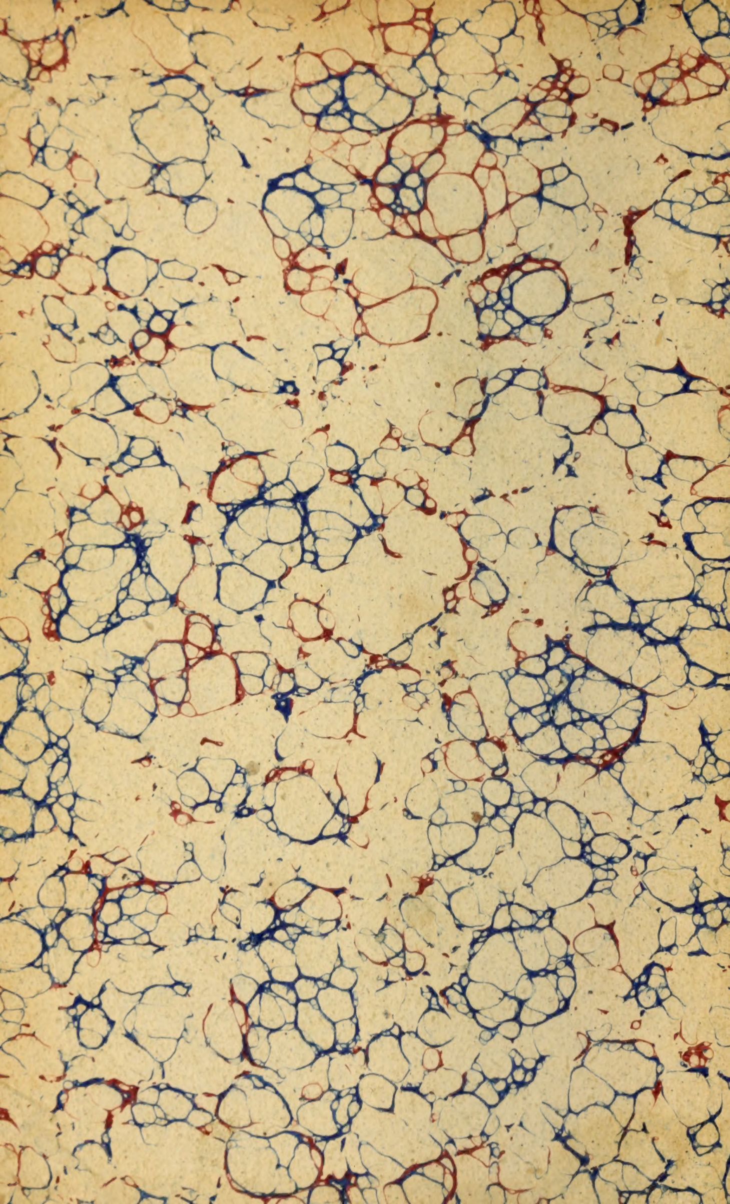
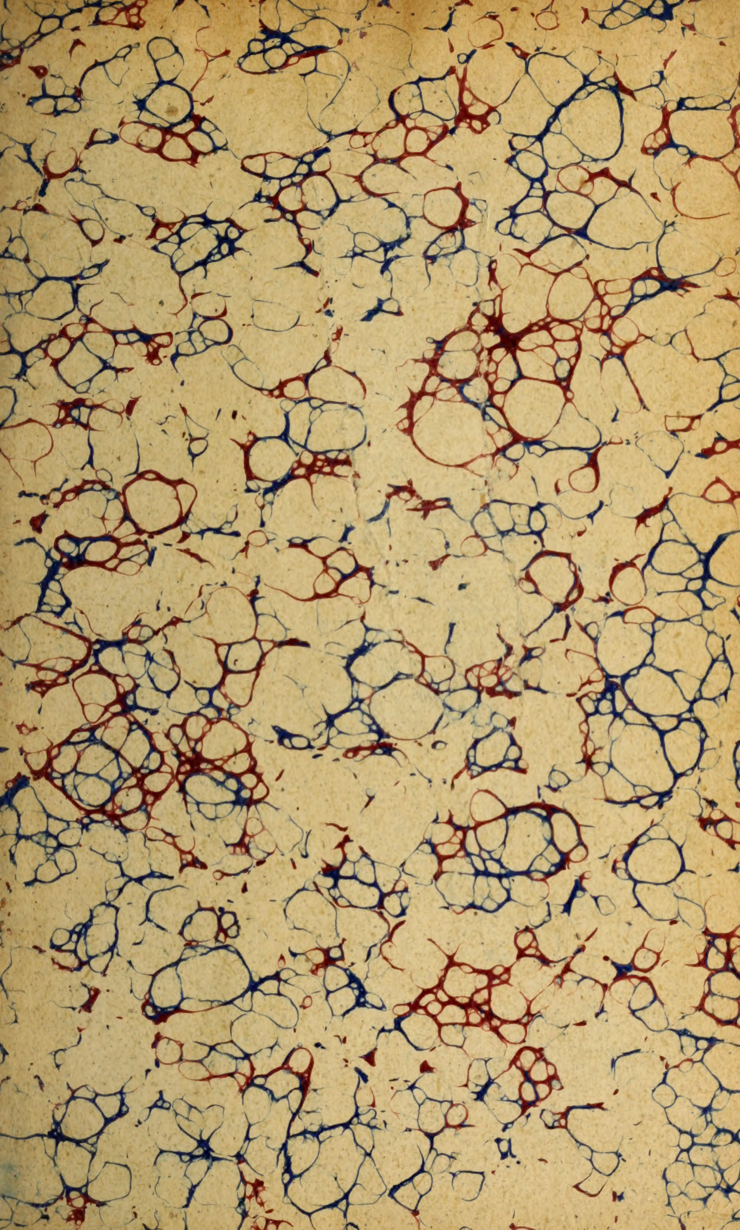
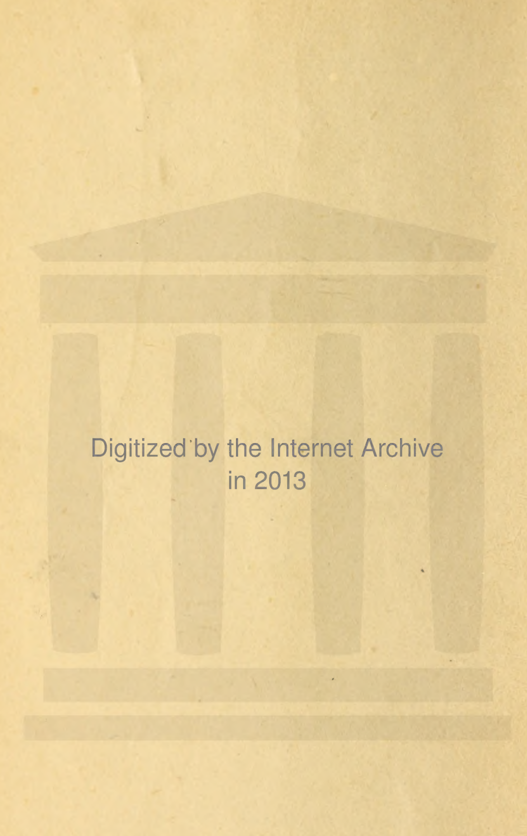






OBRAS DE BALTASAR GRACIAN

BIBLIOTECA

DE

FILOSOFIA Y SOCIOLOGÍA

TOMOS PUBLICADOS

I. **Schopenhauer.** — SOBRE LA VOLUNTAD EN LA NATURALEZA, traducida del alemán por Miguel de Unamuno.

II. **Charles Albert.**—EL AMOR LIBRE, traducción de Ciro Bayo.

III. **Baltasar Gracián.**—EL HÉROE. EL DISCRETO, con un estudio por Arturo Tarinelli.

EN PRENSA

Nietzsche.—EL CREPÚSCULO DE LOS ÍDOLOS. EL ANTECRISTO.

Emerson.—EL MUNDO Y EL HOMBRE. (Ensayos.)

Luis Vives.—OPÚSCULOS SOCIOLÓGICOS. (Traducidos por primera vez del latín para esta Biblioteca.)

Schopenhauer. METAFÍSICA DE LO BELLO. (Lo real y lo ideal). Juicio, crítica, aplauso y gloria. Literatura sánscrita. Arqueología.

—APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA.

Leopardi.—PENSAMIENTOS. Diálogos filosóficos.

Guyau (M.).—ESBOZO DE UNA MORAL SIN OBLIGACIÓN NI SANCIÓN.

—LA IRRELIGIÓN DEL PORVENIR.

Stirner.—EL ÚNICO.

Spir.—ENSAYO DE FILOSOFÍA CRÍTICA.

Chamfort.—CARACTERES Y ANÉCDOTAS.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12, Madrid.

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y SOCIOLOGIA—8

BALTASAR GRACIÁN

EL HÉROE
EL DISCRETO

CON UN ESTUDIO CRÍTICO

POR

ARTURO FARINELLI



MADRID
B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR
Palma Alta, 55 dupdo.
1900

EL HEROE

PRIMOR PRIMERO

QUE EL HÉROE PRACTIQUE INCOMPRENSIBILIDADES DE CAUDAL

Sea esta la primera destreza en el arte de entendidos, medir el lugar con su artificio. Gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no á la comprensión; cebar la expectación, pero nunca desengañarla del todo; prometa más lo mucho, y la mejor acción deje siempre esperanzas de mayores.

Excuse á todos el varón culto sondarle el fondo á su caudal, si quiere que le veneren todos. Formidable fué un río hasta que se le halló vado, y venerado un varón hasta que se le conoció término á la capacidad; porque ignorada y presumida profundidad, siempre mantuvo con el recelo el crédito.

Culta propiedad fué llamar señorear al descubrir, alternando luego la victoria sujetos; si el que comprende señorea, el que se recata nunca cede.

Compita la destreza del advertido en templar-

se con la curiosidad del atento en conocerle, que suele ésta doblarse á los principios de una tentativa.

Nunca el diestro en desterrar una barra remató al primer lance; vase empeñando con uno para otro, y siempre adelantándolos.

Ventajas son de ente infinito envidar mucho con resto de infinidad. Esta primera regla de grandeza advierte, si no el ser infinitos, á parecerlo, que no es sutileza común.

En este entender, ninguno escrupuleará aplausos á la cruda paradoja del sabio de Mitilene. Más es la mitad que el todo, porque una mitad en alarde y otra en empeño, más es que un todo declarado.

Fué jubilado en ésta como en todas las demás destrezas, aquel gran rey primero del Nuevo Mundo, último de Aragón, sino el *Non plus ultra* de sus heroicos reyes.

Entretenía este católico monarca, atentos siempre, á todos sus con-reyes, más con las prendas de su ánimo, que cada día de nuevo brillaba, que con las nuevas coronas que ceñía.

Pero á quien deslumbró este centro de los rayos de la prudencia, gran restaurador de la monarquía goda, fué, cuando más, á su heroica consorte, después á los tahures del palacio, sutiles á brujulear el nuevo rey, desvelados á sondarle el fondo, atentos á medirle el valor.

Pero qué advertido se les permitía y detenía

Fernando, qué cauto se les concedía y se les negaba, y al fin ganóles.

¡Oh, varón cándido de la fama! Tú, que aspiras á la grandeza, alerta al primor. Todos te conozcan, ninguno te abarque, que con esta treta, lo moderado parecerá mucho, y lo mucho infinito, y lo infinito más.

PRIMOR II

CIFRAR LA VOLUNTAD

Lega quedaría el arte, si dictando recato á los términos de la capacidad, no encargase disimulo á los ímpetus del afecto.

Está tan acreditada esta parte de sutileza, que sobre ella levantaron Tiberio y Luis toda su máquina y política.

Si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacramentar una voluntad será soberanía. Son los achaques de la voluntad desmayos de la reputación, y si se declaran, muere comúnmente.

El primer esfuerzo llega á violentarlos, á disimularlos el segundo. Aquello tiene más de lo valeroso, esto de lo astuto.

Quien se les rinde, baja de hombre á bruto; quien los reboza, conserva por lo menos en apariencias el crédito.

Arguye eminencia de caudal penetrar toda vo-

luntad ajena, y concluye superioridad saber celar la propia.

Lo mismo es descubrirle á un varón un afecto, que abrirle un portillo á la fortaleza del caudal, pues por allí maquinan políticamente los atentos, y las más veces asaltan con triunfo. Sabidos los afectos, son sabidas las entradas y salidas de una voluntad, con señorío en ella á todas horas.

Soñó dioses á muchos la inhumana gentilidad, aun no con la mitad de hazañas de Alejandro, y nególe al laureado Macedón el predicamento ó la caterva de deidades. Al que ocupó mucho mundo, no le señaló poco cielo; pero ¿de dónde tanta escasez, cuándo tanta prodigalidad?

Asombró Alejandro lo ilustre de sus proezas con lo vulgar de sus furores, y desmintióse á sí mismo tantas veces triunfante, con rendirse á la avilantez del afecto. Sirvióle poco conquistar un mundo, si perdió el patrimonio de un príncipe, que es la reputación.

Es Caribdis de la excelencia la exorbitancia irascible, y Scila de la reputación la demasía concupiscible.

Atienda, pues, el varón excelente primero á violentar sus pasiones, cuando menos á solaparlas con tal destreza, que ninguna contratreta acierte á descifrar su voluntad.

Avisa este primor á ser entendidos no siéndo-

lo, y pasa adelante á ocultar todo defecto, desmintiendo las atalayas de los descuidos y deslumbrando los linces de la ajena obscuridad.

Aquella católica amazona, desde quien España no tuvo que envidiar las Cenobias, Tomiris, Semíramis y Pantasileas, pudo ser oráculo de estas sutilezas. Encerrábase á parir en el retrete más obscuro, y recelando el connatural decoro, la innata majestad echaba un sello á los suspiros de su real pecho, sin que se le oyese un ay, y un velo de tinieblas á los desmanes del semblante. Pero quien así menudeaba en tan excusables achaques del recato, como que escrupulearía en los del crédito.

No graduaba de necio el cardenal Madrucio al que aborta una necedad, sino al que, cometida, no sabe ahogarla.

Accesible es el primor á un varón, callada, calificada inclinación, mejorada del arte, prenda de divinidad, si no por naturaleza, por semejanza.

PRIMOR III

LA MAYOR PRENDA DE UN HÉROE

Grandes partes se desean para un gran todo, y grandes prendas para la máquina de un héroe.

Gradúan en primer lugar los apasionados al

entendimiento por origen de toda grandeza; y así como no admiten varón grande sin excesos de entendimiento, así no conocen varón excesivamente entendido sin grandeza.

Es lo mejor de lo visible el hombre, y en él el entendimiento, luego sus victorias las mayores.

Adécuase esta capital prenda de otras dos, fondo de juicio y elevación de ingenio, que forman un prodigio si se juntan.

Señaló pródigamente la filosofía dos potencias al acordarse y al entender. Súfrasele á la política con más derecho introducir división entre el juicio y el ingenio, entre la sindéresis y la agudeza.

Sola esta distinción de inteligencias pasa la verdad escrupulosa, condenando tanta multiplicación de ingenios, á confusión de la mente con la voluntad.

Es el juicio trono de la prudencia, es el ingenio esfera de la agudeza, cuya eminencia y cuya mediania deba preferirse; es pleito ante el tritribunal del gusto. Aténgome á la que así imprecaba: «Hijo, Dios te dé entendimiento del bueno.»

La valentía, la prontitud, la sutileza de ingenio. Sol es de este mundo en cifra, si no rayo, vislumbre de divinidad. Todo héroe participó exceso de ingenio.

Son los dichos de Alejandro esplendores de

sus hechos. Fué pronto César en el pensar, como en el hacer.

Mas apreciando los héroes verdaderos, equivócase en Augustino lo Ausgusto con lo agudo, y en el lauro que dió Huesca para coronar á Roma compitieron la constancia y la agudeza.

Son tan felices las prontitudes del ingenio, cuan azares las de la voluntad. Alas son para la grandeza, con que muchos se remontaron del centro del polvo al del sol en lucimientos

Dignábase tal vez el Gran Turco desde un balcón, antes al vulgo de un jardín que al de la plaza, prisión de la majestad y grillos del decoro. Comenzó á leer un papel, que, ó por burla ó por desengaño de la mayor soberanía, se lo voló el viento de los ojos á las hojas. Aquí los pajes, émulos de él y de sí mismos, volaron escala abajo con las alas de lisonja. Uno de ellos, Ganímedes de su ingenio, supo hallar atajo por el aire, arrojóse por el balcón. Voló, cogióle y subía cuando los otros bajaban, y fué subir con propiedad y aun remontarse; porque el príncipe, lisonjeado eficazmente, le levantó á su valimiento.

Que la agudeza, si no reina, merece conreinar.

Es en todo porte la malilla de las prendas, gran pregonera de la reputación, mayor realce cuanto más sublime el fundamento.

Son agudezas coronadas ordinarios dichos de

un rey. Perecieron grandes tesoros de monarcas, mas consérvanse sus sentencias en el guarda-joyas de la fama.

Valióles más á muchos campeones tal vez una agudeza que todo el hierro de sus escuadrones armados, siendo premio de una agudeza una victoria.

Fué examen, fué pregón, del mayor crédito en el rey de los sabios y en el más sabio de los reyes, la sentenciosa prontitud en aquel extremo de pleitos, que lo fué llegar á pleitear los hijos, que también acredita el ingenio la justicia.

Y aun en bárbaros tribunales asiste el que es sol de ella. Compite con la de Salomón la prontitud de aquel Gran Turco. Pretendía un judío cortar una onza de carne á un cristiano, pena sobre usura; insistía en ello con igual terquería á su príncipe, que perfidia á su Dios. Mandó el gran juez traer peso y cuchillo, conminóle el degüello si cortaba más ni menos. Y fué dar un agudo corte á la lid, y al mundo un milagro del ingenio.

Es la prontitud oráculo en las mayores dudas, esfinge en los enigmas. Hilo de oro en laberintos, y suele ser de condición de león, que guarda el extremarse para el mayor aprieto.

Pero hay también perdidos de ingenio como de bienes, pródigos de agudeza para presas sublimes, tagarotes para las viles águilas. Mordaces y satíricos, que si los crueles se amasaron

con sangre, éstos con veneno. En ellos la sutileza con extraña contrariedad por liviana, abate, sepultándolos en el abismo de un desprecio, en la región del enfado.

Hasta aquí favores de la naturaleza, desde aquí realces del arte. Aquélla engendra la agudeza, ésta la alimenta, ya de ajenas sales, ya de la prevenida advertencia.

Son los dichos y hechos ajenos en una fértil capacidad semillas de agudeza, de las cuales fecundado el ingenio, multiplica cosecha de prontitudes y abundancia de agudezas.

No abogo por el juicio, pues él habla por sí bastantemente.

PRIMOR IV

CORAZÓN DE REY

Gran cabeza es de filósofos, gran lengua de oradores, pecho de atletas, brazos de soldados, pies de cursores, hombros de palanquines. Gran corazón de reyes. De las divinidades de Platón, y texto con que en favor del corazón arma algunos pleitos á la inteligencia.

¿Qué importa que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda? Concibe dulcemente el capricho lo que le uesta mucho de sacar á lucimiento al corazón.

Son estériles por la mayor parte las sutilezas del discurso, y flaquean por su delicadeza en la ejecución.

Proceden grandes efectos de gran causa, y portentos de hazañas de un prodigio de corazón. Son gigantes los hijos de un corazón gigante. Presume siempre empeños de su tamaño, y afecta primeros asuntos.

Grande fué el de Alejandro y el archicorazón, pues cupo en un rincón de él todo este mundo holgadamente, dejando lugar para otros seis.

Máximo el de César, que no hallaba medio entre todo y nada.

Es el corazón el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor sus extremos. Un gran buche no se embaraza con grandes bocados, no se estraga fácilmente con la afectación, ni se aceda con la ingratitud. Es hambre de un gigante el hartazgo de un enano.

Aquel milagro del valor, digo el delfín de Francia entonces y Carlos VII después, notificándole la sentencia, estrujada en el supremo por los dos reyes, el de Francia, su padre, y el de Inglaterra, su antagonista, en que le declaraban por incapaz de suceder en la corona de los lirios, respondió invicto que se apelaba. Instáronle con admiración que á quién. Y él, que á la grandeza de su corazón y á la punta de su espada, y valióle.

No brilla tan ufano el casi eterno diamante en medio de los voraces carbunclos, como soliza (si asi puede decirse un hacer del sol) un Augusto corazón en medio de las violencias de un riesgo.

Rompió con solos cuatro de los suyos el Aquiles moderno, Carlos Manuel de Saboya, por medio de cuatrocientas corazas enemigas, y satisfizo á la universal admiración, diciendo que no hay compañía en el mayor aprieto como la de un gran corazón.

Suple la sobra de él la falta de todo lo demás, siendo siempre el primero que llega á la dificultad y vence.

Presentáronle al rey de Arabia un alfanje damasquino, lisonja para un guerrero. Alabáronle los grandes de la asistencia áulica, no por ceremonia, sí con razón; y atentos á la fineza y arte, alargáronse á juzgarle por rayo de acero, si no pecara algo en corto. Mandó llamar el rey al príncipe para que diese su voto, y podía, pues era el famoso Jacob Almanzor. Vino, examinóle, y dijo que valía una ciudad, propio apreciar de un príncipe. Instó el rey que si le hallaba alguna falta. Respondió que todas eran sobras. Pues, príncipe, estos caballeros todos le condenan por corto. Él entonces, echando mano á su cimitarra, dijo: «Para un caballero animoso nunca hay arma corta, porque con hacerse él un paso adelante, se alarga ella bastan-

temente, y lo que le falta de acero, lo suple el corazón de valor.»

Lauree este intento la magnanimidad en los agravios, timbre augusto de grandes corazones. Enseñó Adriano un raro sobre excelente modo de triunfar de los enemigos, cuando al mayor de los suyos le dijo, escapástete.

No hay encomio igual á un decir Luis XII de Francia: No venga el rey los agravios hechos al duque de Orliens. Éstos son milagros del corazón de un héroe.

PRIMOR V

GUSTO RELEVANTE

Toda buena capacidad fué mal contentadiza. Hay cultura de gusto, así como de ingenio. Entrambos relevantes son hermanos de un vientre, hijos de la capacidad, heredados por igual en la excelencia.

Ingenio sublime nunca crió gusto ratero.

Hay perfecciones soles y hay perfecciones luces. Galantea el águila al sol, piérdese en él el helado gusanillo por la luz de un candil y tómasele la altura á un caudal por la elevación del gusto.

Es algo tenerlo bueno, es mucho tenerlo relevante. Péganse los gustos con la comunica-

ción, y es suerte topar con quien le tiene superlativo.

Tienen muchos por felicidad (de prestado será) gozar de lo que apetecen, condenando á infelices los demás; pero desquítanse éstos por los mismos filos, con que es de ver la mitad del mundo riéndose de la otra, con más ó menos de necedad.

Es calidad un gusto crítico, un paladar difícil de satisfacerse; los más valientes objetos le temen y las más seguras perfecciones le tiemblan.

Es la estimación preciosísima y de discretos el regatearla; toda escasez en moneda de aplauso es hidalga; y al contrario, desperdicios de estima merecen castigo de desprecio.

La admiración es comúnmente sobrescrito de la ignorancia; no nace tanto de la perfección de los objetos, cuanto de la imperfección de conceptos. Son únicas las perfecciones de primera magnitud; sea, pues, raro el aprecio.

Quien tuvo gusto rey fué el prudente de los Filipos de España, hecho siempre á objetos milagrosos, que nunca se pagaba sino de la que era maravilla en su serie.

Presentóle un mercader portugués una estrella de la tierra, digo un diamante de Oriente, cifra de la riqueza, pasmo del resplandor; y cuando todos aguardaban, si no admiraciones, reparos en Filipo, escucharon desdenes, no porque afectase el gran monarca lo descomedi-

do, como lo grave, sino porque un gusto hecho siempre á milagros de naturaleza y arte no se pica así vulgarmente. ¡Qué paso éste para una hidalga fantasía! «Señor—dijo—, setenta mil ducados que abrevié en este digno nieto del sol, no son de asquear.» Apretó el punto Filipo y díjole: «¿En qué pensábais cuando dísteis tanto?» «Señor, acudió el portugués, como tal, pensaba en que había un rey Filipo II en el mundo.» Cayóle al monarca en picadura más la agudeza que la preciosidad, y mandó luego pagarle el diamante y premiarle el dicho, ostentando la superioridad de su gusto en el precio y en el premio.

Sienten algunos que el que no excede en alabar vitupera. Yo diría que las obras de alabanza son menguas de la capacidad, y que el que alaba sobrado, ó se burla de sí ó de los otros.

No tenía por oficial el griego Agesilao el que calzaba á un pigmeo el zapato de Encelado, y en materia de alabanza, es arte medir justo.

Estaba el mundo lleno de las proezas del que fué alba del mayor sol, digo de las victorias de don Hernando Alvarez de Toledo; y con llevar un mundo no mediaban su gusto, extrañándole la causa, dijo que, en cuarenta años de vencer, teniendo por campo toda Europa, por blasones todas las empresas de su tiempo, le parecía todo nada, pues nunca había visto ejército de turcos delante, donde la victoria fuera triunfo de la destreza, y no del poder, donde la excesiva po-

tencia humillada ensalzara la experiencia y el valor de un caudillo. Tanto es menester para acallar el gusto de un héroe.

No amaestra este primor á ser Momo un varón culto, que es insufrible destemplanza; sí á ser integérrimo censor de lo que vale. Hacen algunos esclavo al juicio del afecto, pervirtiendo los oficios al sol y las tinieblas.

Merezca cada cosa la estimación por sí, no por sobornos del gusto.

Sólo un gran conocimiento, favorecido de una gran práctica, llega á saber los precios de las perfecciones. Y donde el discreto no puede lisamente votar, no se arroje, deténgase, no descubra antes la falta propia que la sobra extraña.

PRIMOR VI

EMINENCIA EN LO MEJOR

Abarcar toda perfección sólo se concede al primer ser que, por no recibirlo de otro, no sufre limitaciones.

De las prendas unas da el cielo, otras libra á la industria; una ni dos no bastan á realzar un sujeto; cuanto destituyó el cielo de las naturales supla la diligencia en las adquisitas. Aquéllas son hijas del favor, éstas de la loable industria, y no suelen ser las menos nobles.

Poco es menester para individuo, mucho para universal; y son tan raros éstos, que se niegan comúnmente á la realidad, si se conceden al concepto.

No es uno solo en que vale por muchos. Grande excelencia en una intensa singularidad cifrar toda una categoría y equivalerla.

No toda arte merece estimación ni todo empleo logra crédito. Saberlo todo no se censura; practicarlo todo sería pecar contra la reputación.

Ser eminente en profesión humilde es ser grande en lo poco, es ser algo en nada. Quedarse en una medianía apoya la universalidad; pasar á eminencia desluce el crédito.

Distaron mucho los dos Filipos, el de España y Macedonia. Extrañó el primero en todo y segundo en el renombre, al príncipe, el cantar en su retrete, y abonó en Macedón á Alejandro el correr en el estadio. Fué aquélla puntualidad de un prudente, fué éste descuido de la grandeza. Pero corrido Alejandro, antes que corredor, acudió bien, que competir con reyes aún aún.

Lo que tiene más de lo deleitable tiene menos de lo heroico comúnmente.

No debe un varón máximo limitarse á una ni á otra perfección, sino con ambiciones de infinidad aspirar á una universalidad plausible, correspondiendo la intensión de las noticias á la excelencia de las artes.

Ni basta cualquiera ligera cognición, empeño

de corrida, que suele ser más nota de vana locuacidad que crédito de fundamental entereza.

Alcanzar eminencia en todo no es el menor de los imposibles; no por flojedad de la ambición, si de la diligencia y aun de la vida. Es el ejercicio el medio para la consumación en lo que se profesa, y falta á lo mejor el tiempo y más presto el gusto en tan prolija práctica.

Muchas medianías no bastan á agregar una grandeza, y sobra sola una eminencia á asegurar superioridad.

No ha habido héroe sin eminencia en algo, porque es carácter de la grandeza; y cuanto mas calificado el empleo más gloriosa la plausibilidad. Es la eminencia en aventajada prenda parte de soberanía, pues llega á pretender su modo de veneración.

Y si el regir un globo de viento con eminencia triunfa de la admiración, ¿qué será regir con ella un acero, una pluma, una vara, un bastón, un cetro, una tiara?

Aquel Marte castellano, por quien se dijo: «Castilla capitanes si Aragón reyes», D. Diego Pérez de Vargas, con más hazañas que días, retiróse á acabarlos en Jerez de la Frontera. Retiróse él, mas no su fama, que cada dia se extendía más por el teatro universo. Solicitado de ella Alfonso, rey novel, pero antiguo apreciador de una eminencia, y más en armas, fué á buscarle disfrazado con solos cuatro caballeros.

Que la eminencia es imán de voluntades, es hechizo del afecto.

Llegado el rey á Jerez y á su casa, no le halló en ella, porque el Vargas, enseñado á campear, engañaba en el campo su generosa inclinación. El rey, á quien no se le había hecho de mal ir desde la corte á Jerez, no extrañó el ir desde allí á la alquería. Descubriéronle desde lejos, que con una hoz en la mano iba descabezando vides con más dificultad que en otro tiempo vidas. Mandó Alfonso hacer alto y emboscarse los suyos. Apeóse del caballo, y con majestuosa galantería, comenzó á recoger los sarmientos que el Vargas, descuidado, derribaba. Acertó éste á volver la cabeza, avisado de algún ruido que hizo el rey, ó lo que es más cierto, de algún impulso fiel de su corazón. Y cuando conoció á su majestad, arrojándose á sus plantas á lo de aquel tiempo, dijo: «Señor, ¿qué hacéis aquí?» «Proseguid, Vargas—dijo Alfonso—, que á tal podador, tal sarmentador.»

¡Oh, triunfo de una eminencia!

Anhele á ella el varón raro, con seguridad de que lo que le costará de fatiga lo logrará de celebridad.

Que no sin propiedad consagró la gentilidad á Hércules el buey, en misterio de que el loable trabajo es una sementera de hazañas, que promete cosecha de fama, de aplauso, de inmortalidad.

PRIMOR VII

EXCELENCIA DE PRIMERO

Hubieran sido algunos fénix en los empleos, á no irles otros delante. Gran ventaja el ser primero, y si con eminencia, doblada. Gana en igualdad el que ganó de mano.

Son tenidos por imitadores de los pasados los que les siguen: y por más que suden, no pueden purgar la presunción de imitación.

Alzanse los primeros con el mayorazgo de la fama, y quedan para los segundos mal pagados alimentos.

Dejó de estimar la novelera gentilidad á los inventores de las artes, y pasó á venerarlos. Trocó la estima en culto, ordinario error, pero que exagera lo que vale una primería.

Mas no consiste la gala en ser primero en tiempo, sino en ser el primero en la eminencia.

Es la pluralidad descrédito de sí misma, aun en preciosos quilates, y al contrario, la raridad encarece la moderada perfección.

Es, pues, destreza no común inventar nueva senda para la excelencia, descubrir moderno rumbo para la celebridad. Son multiplicados los caminos que llevan á la singularidad, no todos

sendereados. Los más nuevos, aunque arduos suelen ser atajos para la grandeza.

Echóse sabiamente Salomón por lo pacífico, cediéndole á su padre lo guerrero. Mudó el rumbo y llegó con menos dificultad al predicamento de los héroes.

Afectó Tiberio conseguir por lo político lo que Augusto por lo magnánimo.

Y nuestro gran Filipo gobernó desde el trono de su prudencia todo el mundo, con pasmo de todos los siglos; y si el César, su invicto padre, fué un prodigio de esfuerzo, Filipo lo fué de la prudencia.

Ascendieron con este aviso muchos de los soles de la Iglesia al cénit de la celebridad. Unos por lo eminente santo, otros por lo sumamente docto; cuál por la magnificencia en las fábricas, y cuál por saber realzar la dignidad.

Con esta novedad de asuntos se hicieron lugar siempre los advertidos en la matrícula de los magnos.

Sin salir del arte sabe el ingenio salir de lo ordinario y hallar en la encanecida profesión nuevo paso para la eminencia. Cedióle Horacio lo heroico á Virgilio, y Marcial lo lírico á Horacio. Dió por lo cómico Terencio, por lo satírico Persio, aspirando todos á la ufanía de primeros en su género. Que el alentado capricho nunca se rindió á la fácil imitación.

Vió el otro galante pintor que le habían cogi-

do la delantera el Ticiano, Rafael y otros. Estaba más viva la fama cuando muertos ellos; valióse de su invencible inventiva. Dió en pintar á lo valentón; objetáronle algunos el no pintar á lo suave y pulido, en que podía imitar al Ticiano, y satisfizo galantemente que quería más ser el primero en aquella grosería que segundo en la delicadeza.

Extiéndase el ejemplo á todo empleo, y todo varón raro entienda bien la treta; que en la eminente novedad sobra hallar extravagante rumbo para la grandeza.

PRIMOR VIII

QUE EL HÉROE PREFIERA LOS EMPEÑOS PLAUSIBLES

Dos patrias produjeron dos héroes: á Hércules Tebas, á Catón Roma; fué Hércules aplauso del orbe, fué Catón enfado de Roma. Al uno admiraron todas las gentes, al otro esquivaron los romanos.

No admite controversia la ventaja que llevó Catón á Hércules, pues le excedió en prudencia, pero ganóle Hércules á Catón en fama.

Más de arduo y primoroso tuvo el asunto de Catón, pues se empeñó en domeñar monstruos de costumbres, si Hércules de naturaleza; pero tuvo más de famoso el del tebano.

La distancia consistió en que Hércules emprendió hazañas plausibles y Catón odiosas; la plausibilidad del empleo llevó la gloria del Alcides á los términos del mundo y pasará adelante si ellos se alargaran. Lo desapacible del empleo circunscribió á Catón dentro de las murallas de Roma.

Con todo esto prefieren algunos, y no los menos juiciosos, el asunto primoroso al más plausible, y puede más con ellos la admiración de pocos que el aplauso de muchos, si vulgares.

Milagros de ignorantes llaman á los empeños plausibles.

Lo arduo, lo primoroso de un superior asunto pocos lo perciben, pero eminentes, y así lo acrediten raros. La facilidad del plausible permítese á todos vulgarizarse, y así el aplauso tiene de ordinario lo que de universal.

Vence la intención de pocos á la numerosidad de un vulgo entero.

Pero destreza es topar con los empleos plausibles. Punto es de discreción sobornar la atención común en el asunto plausible; manifiéstase á todos la eminencia, y á votos de todos se graduó la reputación.

Débense estimar en más los más. Es palpable la excelencia en tales hazañas, y si con evidencia plausible las primorosas tienen mucho de metafísico, dejando la celebridad en opiniones.

Empleo plausible llamó aquel que se ejecuta

á vista de todos y á gusto de todos, con el fundamento siempre de la reputación, por excluir aquéllos, tan faltos de crédito cuan sobrados de ostentación. Rico vive de aplauso un histrión, y perece de crédito.

Ser, pues, eminente en hidalgo, asunto expuesto al universal teatro; eso es conseguir augusta plausibilidad.

¿Qué principes ocupan los catálogos de la fama, sino los guerreros? A ellos se les debe en propiedad el renombre de magnos. Llenan el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas, porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico.

Entre los jueces se entresacan los justicieros á inmortales, porque la justicia sin crueldad siempre fué más acepta al vulgo que la piedra remisa.

En los asuntos del ingenio triunfó siempre la plausibilidad. Lo suave de un discurso plausible recrea el alma, lisonjea el oído, que lo seco de un concepto metafísico los atormenta y enfada.

PRIMOR IX

DEL QUILATE REY

Dudo si llame inteligencia ó suerte al topar un héroe con la prenda relevante en sí, con el atributo rey de su caudal.

En unos reina el corazón, en otros la cabeza, y es punto de necedad querer uno estudiar con el valor y pelear otro con la agudeza.

Conténtese el pavón con su rueda; préciese el águila de su vuelo, que sería gran monstruosidad aspirar el avestruz á remontarse, expuesta á ejemplar despeño; consuélese con la bizarria de sus plumas.

No hay hombre que en algún empleo no hubiera conseguido la eminencia, y vemos ser tan pocos que se dominan raros, tanto por lo único como por lo excelente, y como el fénix, nunca salen de la duda.

Ninguno se tiene por inhábil para el mayor empleo; pero lo que lisonjea la pasión desengaña tarde el tiempo.

Excusa es no ser eminente en el mediano por ser mediano en el eminente; pero no la hay en ser mediano en el infimo, pudiendo ser primero en el sublime.

Enseñó la verdad, aunque poeta, aquél. Tú no emprendas asunto en que te contradiga Minerva; pero no hay cosa mas difícil que desengañar de capacidad.

¡Oh, si hubiera espejos de entendimiento como los hay de rostro! El lo ha de ser de sí mismo y falsificase fácilmente. Todo juez de sí mismo halla luego textos de escapatoria y sobornos de pasión.

Grande es la variedad de inclinaciones, pro-

digio deleitable de la naturaleza; tanta como en rostros, voces y temperamentos.

Son tan muchos los gustos como los empleos. A los más viles y aun infames no faltan apasionados. Y lo que no pudiera recabar la poderosa providencia del más político rey, facilita la inclinación.

Si el monarca hubiera de repartir las mecánicas tareas, sed vos labrador y vos sed marinero, rindiérase luego á la imposibilidad. Ninguno estuviera contento aun con el más civil empleo, y ahora la elección propia se ciega aun por el más villano.

Tanto puede la inclinación, y si se auna con las fuerzas, todo lo sujetan; pero lo ordinario es desavenirse.

Procure, pues, el varón prudente alargar el gusto y atraerle sin violencias de despotiquez á medirse con las fuerzas, y reconocida una vez la prenda relevante, empléela felizmente.

Nunca hubiera llegado á ser Alejandro español y César indiano el prodigioso marqués del Valle, D. Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos: cuando más, por las letras hubiera llegado á una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó á la cumbre de la eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes.

PRIMOR X

QUE EL HÉROE HA DE TENER TANTEADA SU FORTUNA AL EMPEÑARSE

La fortuna, tan nombrada cuan poco conocida, no es otra, hablando á lo cuerdo y aun católico, que aquella gran madre de contingencias y gran hija de la suprema Providencia, asistente siempre á sus causas, ya queriendo, ya permitiendo.

Esta es aquella reina tan soberana, inexcrutable, inexorable, risueña, con unos esquiva, con otros ya madre, ya madrastra, no por pasión, sí por la arcanidad de inaccesibles juicios.

Regla es muy de maestros en la discreción política tener observada su fortuna y la de sus adherentes. El que la experimentó madre logre el regalo, empéñase con bizarría que, como amante, se deja lisonjear de la confianza.

Tenía bien tomado el pulso á su fortuna el César cuando, animando al rendido barquero, le decía: «No temas, que agravias á la fortuna de César.» No halló más segura áncora que su dicha. No temió los vientos contrarios el que llevaba en popa los alientos de su fortuna. ¿Qué importa que el aire se perturbe, si el cielo está

sereno? ¿Que el mar brame, si las estrellas se ríen?

Pareció en muchos temeridad un empeño, pero no fué sino destreza, atendiendo al favor de su fortuna. Perdieron otros, al contrario, grandes lances de celebridad por no tener comprensión de su dicha. Hasta el ciego jugador consulta al arrojarse.

Gran prenda es ser un varón afortunado, y al aprecio de muchos lleva la delantera. Estiman algunos más una onza de ventura que arrobas de sabiduría, que quintales de valor; otros, al contrario, que fundan crédito en la desdicha como en la melancolía. Ventura repiten de necio y meritos de desgraciado.

Suple con oro la fealdad de la hija el sagaz padre, y el universal dora la fealdad del ingenio con ventura.

Deseó Galeno á su médico afortunado, al capitán Vejecio y Aristóteles á su monarca. Lo cierto es que á todo héroe le apadrinaron el valor y la fortuna, ejes ambos de una heroicidad.

Pero quien de ordinario probó agrios de madrastra amaine en los empeños, no terquee, que suele ser de plomo el disfavor.

Disimúleseme en este punto hurtarle el dicho al poeta de las sentencias, con obligación de restituirlo en consejo á los amantes de la prudencia. Tú no hagas ni digas cosa alguna teniendo á la fortuna por contraria.

El Benjamín hoy de la felicidad es, con evidencia de su esplendor, el heroico, invicto y serenísimo señor Cardenal Infante de España, don Fernando, nombre que pasa á blasón ó corona nominal de tantos héroes.

Atendía todo el orbe suspenso á su fortuna, satisfecho asaz de su valor, y declaróle esta gran princesa por su galán en la primera ocasión; digo, en aquella tan inmortal para los suyos como mortal para sus enemigos, batalla de Norlinguen, con progresos de finezas en Francia y Flandes, y con el resto de todo su favor en Jerusalén.

Parte es este político primor, saber discernir los bien y mal afortunados, para chocar ó ceder en la competencia.

Previno Solimán la gran felicidad de nuestro católico Marte, quinto de los Carlos, para que estuviera en su esfera. Temió más á sola ella que á todos los tercios de Poniente, contemplación de otros.

Amainó aún á tiempo y valióle, ya no la reputación, pues se retiraba de ella la corona.

No así el primer Francisco de Francia, que afectó ignorar su fortuna y la del César, y así, por delincuente de prudencia, fué condenado á prisión.

Péganse de ordinario la próspera y adversa fortuna á los del lado. Atienda, pues, el discreto á ladearse, y en el juego de este triunfo, sepa encartarse y descartarse con ganancia.

PRIMOR XI

QUE EL HÉROE SEPA DEJARSE, GANANDO CON LA FORTUNA

Todo móvil instable tiene aumento y declinación. Añaden otros estado donde no hay estabilidad.

Gran providencia es saber prevenir la infalible declinación de una inquieta rueda. Sutileza de tahur saberse dejar con ganancia donde la prosperidad es de juego y la desdicha tan de veras.

Mejor es tomarse la honra que aguardar á la rebatiña de la fortuna, que suele en un tumbo alzarse con la ganancia de muchos lances.

Faltarle de constante lo que le sobra de mujer, sienten algunos escocidos. Y añadió el marqués de Mariñano, para consuelo del emperador sobre Metz, que no sólo tiene instabilidad de mujer, sino liviandad de joven en hacer cara á los mancebos.

Mas yo digo que no son livianas variedades de mujer, sino alternativas de una justísima providencia.

Acierte el varón á serlo en esto; recójase al sagrado de un honroso retiro, porque tan glo-

riosa es una bella retirada como una gallarda acometida.

Pero hay hidrópicos de la suerte, que no tienen ánimo para vencerse á sí mismos si les está bailando el agua la fortuna.

Sea augusto ejemplar de este primor aquel gran mayorazgo de la fortuna y de la suerte, el máximo de los Carlos y aun de los héroes. Coronó este gloriosísimo emperador con prudente fin todas sus hazañas. Triunfó del orbe con la fortuna y al cabo triunfó de la misma fortuna. Supo dejarse, que fué echar el sello á sus proezas.

Perdieron otros, al contrario, todo el caudal de su fama en pena de su codicia. Tuvieron monstruoso fin grandes principios de felicidad, que á valerse de esta treta, pusieran en cobro la reputación.

Pudiera asegurar un anillo arrojado al mar y restituído en el arca de un pescado, arras de inseparabilidad entre Policrates y la fortuna. Pero fué poco después el monte Micalense trágico teatro del divorcio.

Cegó Belisario para que abriesen otros los ojos, y eclipsóse la luna de España para dar luz á muchos.

No se halla arte de tomarle el pulso á la felicidad, por ser anómalo su humor; previénenos algunas señales de declinación.

Prosperidad muy apriesa, atropellándose unas

á otras las felicidades, siempre fué sospechosa, porque suele la fortuna cercenar del tiempo lo que acumula del favor.

Felicidad envejecida ya pasa á caduquez, y desdicha en los extremos, cerca está de mejoría.

Estaba Abul, moro, hermano del rey de Granada, preso en Salobreña, y para desmentir sus confirmadas desdichas, púsose á jugar al ajedrez, propio ensayo del juego de la fortuna. Llegó en esto el correo de su muerte, que siempre ésta nos corre la posta. Pidió Abul dos horas de vida; muchas le parecieron al comisario, y otorgóle sólo acabar el juego comenzado. Díjole la suerte, y ganó la vida y aun el reino, pues antes de acabarlo llegó otro correo con la vida y la corona, que por muerte del rey le presentaba Granada.

Tantos subieron del cuchillo á la corona como bajaron de la corona al cuchillo. Cómense mejor los buenos bocados de la suerte con el agridulce de un azar.

Es corsaria la fortuna, que espera á que carguen los bajeles. Sea la contratreta anticiparse á tomar puerto.

PRIMOR XII

GRACIA DE LAS CENTES

Poco es conquistar el entendimiento si no se gana la voluntad, y mucho rendir con la admiración la afición juntamente.

Muchos con plausibles empresas mantienen el crédito, pero no la benevolencia.

Conseguir esta gracia universal algo tiene de estrella, lo más de diligencia propia. Discurrirán otros al contrario, cuando á igualdad de méritos corresponden con desproporción los aplausos.

Lo mismo que fué en uno imán de las voluntades, es en otro conjuro. Mas yo siempre le concederé aventajado el partido al artificio.

No basta eminencia de prendas para la gracia de las gentes, aunque se supone. Fácil es de ganar el afecto, sobornado el concepto, porque la estimación muñe la afición.

Ejecutó los medios felizmente para esta común gracia, aunque no así para la de su rey, aquel infaustamente inclito duque de Guisa, á quien hizo grande un rey favoreciéndole, y mayor otro emulándole: el tercero, digo, de los Henricos franceses. Fatal nombre para príncipes en toda monarquía, que en tan altos sujetos hasta los nombres descifran oráculos.

Preguntó un día este rey á sus contiguos: «¿Qué hace Guisa, que así hechiza las gentes?» Respondió un extravagante áulico, por único en estos tiempos: «Sire, hacer bien á todas manos; al que no llegan derechamente sus benévolos influjos, alcanzan por reflexión, y cuando no obras, palabras. No hay boda que no festeje, bautismo que no apadrine, entierro que no honre; es cortés, humano, liberal, honrador de todos, murmurador de ninguno, y en suma, él es el rey en el afecto, si vuestra majestad en el efecto.»

Feliz gracia si la hermanara con la de su rey, que no es de esencia el excluirse, por más que encarezca Bayaceto que la plausibilidad del ministro causa recelo al patrón.

Y de verdad que la de Dios, del rey y de las gentes son tres gracias más bellas que las que fingieron los antiguos. Danse la mano una á otra, enlazándose apretadamente todas tres, y si ha de faltar alguna, sea por orden.

El más poderoso hechizo para ser amado es amar. Es arrebatado el vulgo en proseguir, si furioso en perseguir.

El primer móvil de su séquito, después de la opinión, es la cortesía y la generosidad; con éstas llegó Tito á ser llamado delicias del orbe.

Iguala la palabra favorable de un superior á la obra de un igual, y excede la cortesía de un príncipe al don de un ciudadano.

Con sólo olvidarse por breve rato de su majestad el magnánimo don Alonso, apeándose del caballo para socorrer á un villano, conquistó las guarnecidas murallas de Gaeta, que á fuerza de bombardas no mellara en muchos días. Entró primero en los corazones, y luego con triunfo en la ciudad.

No le hallan algunos destempladamente críticos al grande de los capitanes y gigante entre héroes otros méritos para su antonomasia, sino la benevolencia común.

Diría yo que entre la pluralidad de prendas merecedora cada una del plausible renombre, ésta fué felicísima.

Hay gracia de historiadores también, tan de codicia cuan de inmortalidad, porque son sus plumas las de la fama. Retratan, no los aciertos de la naturaleza, sino los del alma. Aquel fénix Corvino, gloria de Hungría, solía decir, y practicar mejor, que la grandeza de un héroe consistía en dos cosas: en alargar la mano á las hazañas y á las plumas, porque caracteres de oro vinculan eternidad.

PRIMOR XIII

DEL DESPEJO

El despejo, alma de toda prenda, vida de toda perfección, gallardía de las acciones, gracia de las palabras y hechizo de todo buen gusto, li-

sonjea la inteligencia y extraña la explicación.

Es un realce de los mismos realces y es una belleza formal. Las demás prendas adornan la naturaleza; pero el despejo realza las mismas prendas. De suerte que es perfección de la misma perfección, como transcendente beldad, con universal gracia.

Consiste en una cierta airosidad, en una indecible gallardía, tanto en el decir como en el hacer, hasta en el discurrir.

Tiene de innato lo más, reconoce la observación. Lo menos hasta ahora nunca se ha sujetado á precepto superior, siempre á toda arte.

Por robador del gusto le llamaron garabato; por lo imperceptible, donaire; por lo alentado, brío; por lo galán, despejo; por lo fácil, desenfado. Que todos estos nombres le han buscado el deseo y la dificultad; de declararle.

Agravio se le hace en confundirle con la facilidad; déjala muy atrás y adelántase á bizarría. Bien que todo despejo supone desembarazo, pero añade perfección.

Tienen su Lucina las acciones, y débesele al despejo el salir bien, porque él las partea para lucimiento.

Sin él la mejor ejecución es muerta, la mayor perfección desabrida. Ni es tan accidente que no sea el principal alguna vez; no sólo sirve al ornato, sino que apoya lo importante.

Porque si es el alma de la hermosura, es es-

píritu de la prudencia; si es aliento de la gala, es vida del valor.

Campea igualmente en un caudillo al lado del valor el despejo, y en un rey á par de la prudencia.

No se le reconoce menos en el día de una batalla á la despejada intrepidez que á la destreza y el valor. El despejo constituye primero á un general señor de sí, y después de todo.

No alcanza la ponderación, no basta á apreciar el imperturbable despejo de aquel gran vencedor de reyes, émulo mayor de Alcides, don Fernando de Ávalos. Vocéelo el aplauso en el teatro de Pavía.

Es tan alentado el despejo en el caballo como majestuoso en el dosel; hasta en la cátedra da bizarría á la agudeza.

Heroico fué el desembarazo de aquel Teseo francés, Henrico IV, pues con el hilo de oro del despejo supo desligarse de tan intrincado laberinto.

También es político el despejo, y en fe de él aquel monarca espiritual del orbe llegó á decir: «¿Hay otro mundo que gobernar?»

PRIMOR XIV

DEL NATURAL IMPERIO

Empéñase este primor en una prenda tan sutil, que corriera riesgo por lo metafísico si no la afianzaran la curiosidad y el reparo.

Brilla en algunos un señorío innato, una secreta fuerza de imperio, que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasión.

Cautivo César de los isleños piratas era más señor de ellos; mandábales vencido y servíanle ellos vencedores. Era cautivo por ceremonia y señor por realidad de soberanía.

Ejecuta más un varón de éstos con un amago, que otros con toda su diligencia. Tienen sus razones un secreto vigor, que recaban más por simpatía que por luz.

Sujétaseles la más orgullosa mente sin advertir el cómo, y ríndeseles el juicio más exento.

Tienen éstos andado mucho para leones en humanidad, pues participan lo principal, que es señorío.

Reconocen al león las demás fieras en presagio de naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas.

Así á estos héroes, reyes por naturaleza, les

adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal.

Realce es este de corona, y si le corresponden la eminencia del entendimiento y la grandeza del corazón, no le falta cosa para construir un primer móvil político.

Vióse entronizada esta señoril prenda en don Hernando Álvarez de Toledo, señor más por naturaleza que por merced. Fué grande y nació para mayor, que aun en el hablar no pudo violentar este natural imperio.

Dista mucho de una mentida gravedad, de un afectado encono, quinta esencia de lo aborrecible, no tanto si es nativa, pero que está muy al canto del enfado.

Pero la mayor oposición mantiene con recelo de sí, con la sospecha del propio valor, y más cuando se abate á desconfianza, que es del todo rendirse al desprecio.

Fué aviso de Catón y propio parto de su severidad, que debe un varón respetarse á sí mismo, y aun temerse.

En que se pierde á sí propio, el miedo da licencia á los demás, y con la permisión suya facilita la ajena.

PRIMOR XV

DE LA SIMPATÍA SUBLIME

Prenda es de héroe tener simpatía con héroes. Alcanzarla con el sol basta á hacer á una planta gigantesca y á su flor la corona del jardín.

Es la simpatía uno de los prodigios sellados de la naturaleza; pero sus efectos son materia del pasmo, son asunto de la admiración.

Consiste en un parentesco de los corazones, si la antipatía en un divorcio de las voluntades.

Algunos las originan de la correspondencia en temperamentos, otros de la hermandad en astros.

Aspira aquélla á obrar milagros, y ésta monstruosidades. Son prodigios de la simpatía los que la común ignorancia reduce á hechizos y la vulgaridad á encantos.

La más culta perfección sufrió desprecios de la antipatía, y la más inculta fealdad logró finezas de la simpatía.

Hasta entre padre é hijos pretenden jurisdicción y ejecutan cada día su potencia, atropellando leyes y frustrando privilegios de naturaleza y política. Quita reinos la antipatía de un padre y dalos una simpatía.

Todo lo alcanzan méritos de simpatía, persuade sin elocuencia y recaba cuanto quiere, con presentar memoriales de armonía natural.

La simpatía realzada es carácter, es estrella de heroicidad, pero hay algunos de gusto imán, que mantienen antipatia con el diamante y simpatía con el hierro. Monstruosidad de naturaleza, apetecer escoria y asquear el lucimiento.

Fué monstruo real Luis XI, que más por naturaleza que por arte, extrañaba la grandeza y se perdía por las heces de la categoría política.

Gran realce es la simpatia activa, si es sublime, y mayor la pasiva, si es heroica. Vence en preciosidad á la gran piedra del anillo de Giges, y en eficacia á las cadenas del Tebano.

Fácil es la propensión á los varones magnos, pero rara la correlación. Da voces tal vez el corazón, sin escuchar eco de correspondencia. En la escuela del querer es esta la A, B, C, donde la primera lección es de simpatía.

Sea, pues, destreza en discreción, conocer y lograr la simpatia pasiva. Válgase el atento de este hechizo natural, y adelante el arte lo que comenzó naturaleza. Tan indiscreta cuan mal lograda es la porfía de pretender sin este natural favor y querer conquistar voluntades sin esta munición de simpatía.

Pero la real es la reina de las prendas, pasa los términos de prodigio, basa que levantó estatua siempre de inmortalidad sobre plintos de próspera fortuna.

Está á veces amortiguada esta augusta prenda por no alcanzarle los alientos del favor. No atrae

la calamita al hierro fuera de su distrito ni la simpatía obra fuera de la esfera de su actividad. Es la aproximación la principal de las condiciones, no así el entretenimiento.

Atención, aspirantes á la heroicidad, que en este primor amanece un sol de lucimiento.

PRIMOR XVI

RENOVACIÓN DE GRANDEZA

Son los primeros empeños examen del valor y un como salir á vistas la fama y el caudal.

No bastan milagros de progresos á realzar ordinarios principios, y cuando mucho, todo esfuerzo después es remiendo de antes.

Un bizarro principio, á más de que pone en subido traste el aplauso, empeña mucho el valor.

Es la sospecha en materia de reputación á los principios de condición de precita, que si una vez entra nunca más sale del desprecio.

Amanezca un héroe con esplendores del sol. Siempre ha de afectar grandes empresas, pero en los principios máximas. Ordinario asunto no puede conducir extravagante crédito, ni la empresa pigmea puede acreditar de jayán.

Son fianzas de la opinión los aventajados principios, y los de un héroe han de asestar cien estadios más altos que los fines de un común.

Aquel sol de capitanes y general de héroes, el conde heroico de Fuentes, nació al aplauso con rumbos de sol, que nace ya gigante de lucimiento.

Su primera empresa pudo ser *Non plus ultra* de un Marte; no hizo noviciado de fama, sino que el primer dia profesó inmortalidad.

Contra el parecer de los más cercó á Cambray, porque era extravagante en la comprensión como en el valor. Fué antes conocido por héroe que por soldado.

Mucho es menester para desempeñarse de una grande expectación. Concibe altamente el que mira, porque le cuesta menos de imaginar las hazañas que al que ejecuta de obrarlas.

Hazaña no esperada, pareció más que un prodigio prevenido de la expectación.

Crece más en la primera aurora un cedro, que un hisopo en todo un lustro, porque robustas primicias amagan gigantez.

Grandes son las consecuencias de una máxima en antecedente; declárase el valimiento de la fortuna, la grandeza del caudal, el aplauso universal y la gracia común.

Pero no bastan alentados principios, si son desmayados los progresos. Comenzó Nerón con aplausos de fénix y acabó con desprecios de basilisco.

Desproporcionados extremos, si se juntan, declaran monstruosidad.

Tanta dificultad arguye adelantar el crédito como el comenzarlo. Envejécese la fama y caduca el aplauso, así como todo lo demás, porque leyes del tiempo no conocen excepción.

Al mayor lucimiento, que es el del sol, achacaron vejeces los filósofos y descaecimiento en el brillar.

Es, pues, treta, tanto de águila como de fénix, el renovar la grandeza, el remozar la fama y volver á renacer al aplauso.

Alterna el sol horizontes al resplandor; varía teatros al lucimiento para que, en el uno la privación y en el otro la novedad, sustenten la admiración y el deseo.

Volvían los Césares de ilustrar el orbe al Oriente de su Roma y renacían cada vez á ser monarcas.

El rey de los metales, pasando de un mundo á otro, pasó de un extremo de desprecio á otro de estimación.

La mayor perfección pierde por cotidiana, y los hartazgos de ella enfadan la estimación, empalagan el aprecio.

PRIMOR XVII

TODA PRENDA SIN AFECTACIÓN

Toda prenda, todo realce, toda afectación, ha de gastar en sí un héroe, pero afectar ninguna.

Es la afectación el lastre de la grandeza.

Consiste en una alabanza de sí muda, y el alabarse uno es el más cierto vituperarse.

La perfección ha de estar en sí, la alabanza en los otros; y es merecido castigo que al que neciamente se acuerda de sí, discretamente le pongan en el olvido los demás.

Es muy libre la estimación, no se sujeta á artificio, mucho menos á violencia. Ríndese más presto á una elocuencia tácita de prendas, que á la desvanecida ostentación.

Impide poca estimación propia, mucho aplauso ajeno.

Juzgan los entendidos toda afectada prenda, antes por violenta que por natural, antes por aparente que por verdadera, y así de gran baja en la estimación.

Todos son necios los Narcisos, pero los de ánimo con incurable necedad, porque está el achaque en el remedio.

Pero si el afectar prendas es necedad de á ocho, no le quedará grado al afectar imperfecciones.

Por huir la afectación dan otros en el centro de ella, pues afectan el no afectar.

Afectó Tiberio el disimular, pero no supo disimular. Consiste el mayor primor de un arte en desmentirlo, y el mayor artificio en encubrirle con otro mayor.

Grande es dos veces el que abarca todas las perfecciones en sí, y ninguna en su estimación.

Con un generoso descuido despierta la atención común; y siendo él ciego para sus prendas, hace Argos á los demás.

Ésta, llámase milagro de destrezas, que si otras por extravagantes sendas guían á la grandeza, ésta por opuesta conduce al trono de la fama, al dosel de la inmortalidad.

PRIMOR XVIII

EMULACIÓN DE IDEAS

Carecieron por la mayor parte los héroes, ya de hijos, ya de hijos héroes; pero no de imitadores, que parece los expuso el cielo más para ejemplares del valor, que para propagadores de la naturaleza.

Son los varones eminentes textos animados de la reputación, de quienes debe el varón culto tomar lecciones de grandeza, repitiendo sus hechos y construyendo su hazañas.

Propóngase en cada predicamento los primeros, no tanto á la imitación cuanto á la emulación, no para seguirles, sí para adelantárseles.

Fué Aquiles heroico desvelo de Alejandro, y durmiendo en su sepulcro, despertó en él la emulación de su fama. Abrió los ojos el alentado Macedón al llanto y al aprecio por igual, y

lloró, no á Aquiles sepultado, sino á sí mismo, no bien nacido á la fama.

Empeñó después Alejandro á César, y lo que fué Aquiles para Alejandro, fué Alejandro para César; picóle en lo vivo, en la generosidad del corazón, y adelantóse tanto, que puso la fama en controversia y la grandeza en parangón; pues si Alejandro hizo teatro augusto de sus proezas el Oriente, César el Occidente de las suyas.

Decía el magnánimo don Alonso de Aragón y Nápoles, que no así el clarín solicita al generoso caballo, como le inflamaba á él la trompa de la fama cesárea..

Y nótese cómo se van heredando estos héroes con la emulación la grandeza y con la grandeza la fama.

En todo empleo hay quien ocupa la primera clase, y la infama también. Son unos milagros de la excelencia, son otros antípodas de milagros. Sepa el discreto graduarlos, y para esto tenga bien repasada la categoría de los héroes, el catálogo de la fama.

Hizo el sílabo de los jubilados Plutarco en sus paralelas, de los modernos Paulo Jovio en sus elogios.

Deséase aún una crisis integérrima, pero ¿qué ingenio la presumirá? Fácil es señalarles lugar en tiempo, pero difícil en aprecio.

Pudiera ser idea universal si no pasara á milagro, dejando ociosa toda imitación, ocupando

toda admiración. El monarca de los héroes, primera maravilla de las animadas del orbe y el cuarto de los Filipos de España, que al sol de Austria se le debia la cuarta esfera.

Sea espejo universal quien representa todas las maximidades, no digo ya grandezas.

Llámese el émulo común de todos los héroes quien es centro de todas sus proezas y equivóquese el aplauso en blasones con eminente pluralidad. El afortunado por su felicidad; el animoso por su valor; el discreto por su ingenio; el catolicismo por su recelo; el despejado por su airosidad, y el universal por todo.

PRIMOR XIX

PARADOJA CRÍTICA

Aunque seguro el héroe del ostracismo de Atenas, peligra en el criticismo de España.

Extravagante aquél le desterrará luego, y pudiera á los distritos de la fama, á los confines de la inmortalidad.

Paradojo éste, le condena á que peca en no pecar. Es primor critico deslizar venialmente en la prudencia y en el valor, para entretener la envidia, para cebar la malevolencia.

Juzgan éstos por imposible el salvarlas, aunque sea un gigante de esplendor, porque son tan

arpias que cuando no hallan presa vil suelen atreverse á lo mejor.

Hay intenciones con metafísica ponzoña que saben sutilmente transformar las prendas, malear las perfecciones y dar siniestra interpretación al más justificado empeño.

Sea, pues, treta política permitirse algún venial desliz que roa la envidia y distraiga el veneno de la emulación.

Y pase por triaca política, por contraveneno de prudencia, pues naciendo de un achaque tiene por efecto la salud. Rescate el corazón exponiéndose á la murmuración, atrayendo á sí el veneno.

A más de que una travesura de la naturaleza suele ser perfección de toda una hermosura. Un lunar tal vez da campo á los realces de la belleza.

Hay defectos sin defecto. Afectó algunos Alcibiades en el valor, Ovidio en el ingenio, llamándolos las fuentes de salud.

Ocioso me parece el primor, y más melindre de confiado que cultura de discreto.

¿Quién es el sol sin eclipses, el diamante sin raza, la reina de lo florido sin espinas?

No es menester arte donde basta la naturaleza. Sobra la afectación donde basta el descuido.

PRIMOR ÚLTIMO Y CORONA

VAYA LA MEJOR JOYA DE LA CORONA Y FÉNIX DE LAS PRENDAS DE UN HÉROE

Todo lucimiento desciende del padre de ellos y si de padre á hijos. Es la virtud hija de la luz auxiliante, y así con herencia de esplendor. Es la culpa un monstruo que abortó á la ceguera y así heredada en obscuridad.

Todo héroe participó tanto de felicidad y de grandeza, cuanto de virtud, porque corren paralelas desde el nacer al morir.

Eclipsóse en Saúl la una con la otra y amanecieron en David á la par.

Fué Constantino entre los Césares el primero que se llamó Magno, y fué juntamente el primer emperador cristiano, superior oráculo de que con la cristiandad nació hermanada la grandeza.

Carlos, primer emperador de Francia, alcanzó el mismo renombre y aspiró al de santo.

Luis, gloriosísimo rey, fué flor de santos y de reyes.

En España Fernando, llamado comúnmente el Santo en Castilla, fué el Magno del orbe.

El conquistador de Aragón consagró tantos templos á la emperatriz del empíreo como conquistó almenas.

Los dos Reyes Católicos, Fernando é Isabel, fueron el *non plus ultra*, digo columnas de la fe.

El bueno, el casto, el pío, el celoso de los Filipos españoles, no perdiendo un palmo de tierra ganó á varas el cielo, y de verdad que venció más monstruos con su virtud que Alcides con su clava.

Entre capitanes, Godofre de Bullón, Jorge Castrioto, Rodrigo Díaz de Vivar, el gran Gonzalo Fernández, el primero de Santa Cruz y el pasmo de los turcos, el serenísimo señor don Juan de Austria, fueron espejos de virtud y templos de la piedad cristiana.

Entre los héroes sacrosantos, los dos primeros á quienes dió renombre la grandeza, Gregorio y León, les dió esplendor la santidad.

Aun en los gentiles é infieles reduce el sol de los ingenios, Augustino, toda la grandeza al fundamento de algunas virtudes morales.

Creció Alejandro hasta que menguaron sus costumbres. Venció Alcides monstruos de fortaleza hasta que se rindió á la misma flaqueza.

Fué tan cruel la fortuna, digo, justiciera, con ambos Nerones, cuanto lo fueron ellos con sus vasallos.

Monstruos fueron de la lascivia y flojedad Sardanápalo, Calígula y Rodrigo, y portentos del castigo.

En las monarquías pretende evidencia este primor. Floreció el que es flor de los reinos,

mientras que floreció la piedad y religión, y marchitóse con la herejía su belleza.

Pereció el fénix de las provincias en el fuego de Rodrigo, y renació en la piedad de Pelayo ó en el celo de Fernando.

Salió á ser maravilla de prosapias la augustísima casa de Austria, fundando su grandeza en la que es cifra de las maravillas de Dios. Y rubricó su imperial sangre con la de Cristo, Señor nuestro sacramentado.

¡Oh, pues, varón culto, pretendiente de la heroicidad! Nota el más importante primor, repara en la más constante destreza.

No puede la grandeza fundarse en el pecado, que es nada, sino en Dios, que lo es todo.

Si la excelencia mortal es de codicia, la eterna sea de ambición.

Ser héroe del mundo, poco ó nada es; serlo del cielo es mucho, á cuyo gran Monarca sea la alabanza, sea la honra, sea la gloria.

FIN DE EL HEROE

EL DISCRETO

EL DISCRETO

GENIO É INGENIO

ELOGIO

Estos dos son los dos ejes del lucimiento discreto; la naturaleza los alterna y el arte los realza. Es el hombre aquel célebre microcosmos, y el alma, su firmamento. Hermanados el genio y el ingenio, en verificación de Atlante y de Alcides, aseguran el brillar, por lo dichoso y lo lucido, á todo el resto de prendas.

El uno sin el otro fué en muchos felicidad á medias, acusando la envidia ó el descuido de la suerte.

Plausible fué siempre lo entendido, pero infeliz sin el realce de una agradable genial inclinación; y al contrario, la misma especiosidad del genio hace más censurable la falta del ingenio.

Juiciosamente algunos, y no de vulgar voto, negaron poderse hallar la genial felicidad sin la valentía del entender; y lo confirman con la misma denominación de genio, que está indicando originarse del ingenio; pero la experiencia nos desengaña fiel, y nos avisa sabia, con repetidos

monstruos, en quienes se censuran barajados totalmente.

Son culto ornato del alma, realces cultos; mas lo entendido, entre todos corona la perfección. Lo que es el sol en él mayor, es en el mundo menor el ingenio. Y aun por eso fingieron á Apolo dios de la discreción. Toda ventaja en el entender lo es en el ser; y en cualquiea exceso de discurso no va menos que el ser más ó menos persona.

Por lo capaz se adelantó el hombre á los brutos, y los ángeles al hombre, y aun presume constituir en su primera formalísima infinidad á la misma divina esencia. Tanta es la eminente superioridad de lo entendido.

Un sentido que nos falte, nos priva de una gran porción de vida y deja como manco el ánimo. ¿Qué será faltar en muchos un grado en el concebir y una ventaja en el discutir, que son diferentes eminencias?

Hay á veces entre un hombre y otro casi otra tanta distancia como entre el hombre y la bestia, si no en la substancia, en la circunstancia; si no en la vitalidad, en el ejercicio de ella.

Bien pudiera de muchos exclamar crítica la vulpeja: ¡Oh, testa hermosa, mas no tiene interior! En ti hallo el vacuo que tantos sabios juzgaron imposible. Sagaz anatomía mirar las cosas por dentro; engaña de ordinario la aparente hermosura, dorando la fea necedad; y si callare,

podrá desmentir el más simple de los brutos á la más astuta de ellos, conservando la piel de su apariencia. Que siempre curaron de necios los callados, ni se contenta el silencio con desmentir lo falto, sino que lo equivoca en misterioso.

Pero el galante genio se vió sublimado á deidad en aquel, no solamente cojo, sino ciego tiempo, para exageración de su importancia á precio de su eminencia; los que más moderadamente erraron, lo llamaron inteligencia asistente al menor de los universos. Cristiano ya el filosofar, no le distingue de una tan feliz cuanto superior inclinación.

Sea, pues, el genio singular, pero no anómalo; sazonado, no paradoxo; en pocos se admira como se desea, pues ni aun el heroico se halla en todos los príncipes, ni el culto en todos los discretos.

Nace de una sublime naturaleza, favorecida en todo de sus causas; supone la sazón del temperamento para la mayor alteza de ánimo, débesele la propensión á los bizarros asuntos, la elección de los gloriosos empleos, ni se puede exagerar su buen delecto.

No es un genio para todos los empleos, ni todos los puestos para cualquier ingenio, ya por superior, ya por vulgar. Tal vez se ajustará aquél y repugnará éste, y tal vez se unirán entrambos, ó en la conformidad ó en la desconveniencia.

Engaña muchas veces la pasión, y no pocas la

obligación, barajando los empleos á los genios; vistiera prudente toga el que desgraciado arnés; acertado aforismo el de Chiló, conocerse y aplicarse.

Comience por si mismo el discreto á saber, sabiéndose; alerte á su Minerva, así genial como discursiva, y dele aliento si es ingenua. Siempre fué desdicha el violentar la cordura, y aun urgencia alguna vez, que es un fatal tormento, porque se ha de remar entonces contra las corrientes del gusto, del ingenio y de la estrella.

Hasta en los países se experimenta esta connatural proporción, ó esta genial antipatía; más sensiblemente en las ciudades, con fruición en unas, con desazón en otras; que suele ser más contrario el porte al genio que el clima al temperamento. La misma Roma no es para todos genios ni ingenios, ni á todos se dió gozar de la culta Corinto. La que es centro para uno, es para el otro destierro; y aun la gran Madrid algunos la reconocen madrastra. ¡Oh, gran felicidad topar cada uno y distinguir su centro! No anidan bien los grajos entre las musas, ni los varones sabios se hallan entre el cortesano bullicio, ni los cuerdos en el áulico entretenimiento.

En la variedad de las naciones es donde se aprueban y aun se apuran al contraste de tan varios naturales y costumbres. Es imposible combinar con todas, porque, ¿quién podrá tole-

rar la aborrecible soberbia de ésta, la despreciable liviandad de aquélla, lo embustero de la una, lo bárbaro de la otra, si no es que la conformidad nacional en los mismos achaques haga gusto de lo que fuera violencia?

Gran suerte es topar con hombres de su genio y de su ingenio; arte es saberlos buscar; conservarlos, mayor: fruición es el conversable rato, y felicidad la discreta comunicación, especialmente cuando el genio es singular, ó por excelente ó por extravagante; que es infinita su latitud, aun entre los dos términos de su bondad ó su malicia, la sublimidad ó la vulgaridad, lo cuerdo ó lo caprichoso; unos comunes, otros singulares.

Inestimable dicha cuando diere lugar lo precioso de la suerte á lo libre de la elección, que ordinariamente aquélla se adelanta y determina la mansión, y aun el empleo; y lo que más se siente, la misma familiaridad de amigos, sirvientes y aun corteses, sin consultarlo con el genio; que por esto hay tantos quejosos de ella, penando en prisión forzosa y arrastrando toda la vida ajenos yerros.

Cuál sea preferible en caso de carencia ó cuál sea ventajoso en el de exceso, el buen genio ó el ingenio hace sospechoso el juicio. Puede mejorarlos la industria ó rechazarlos el arte. Primera felicidad participarlos en su naturaleza heroicos, que fué sortear alma buena. Malogra-

ron esta dicha muchos magnates, errando la vocación de su genio y de su ingenio.

Compítense de extremos uno y otro, para ostentar á todo el mundo, y aun á todo el tiempo, un coronado prodigio en el príncipe, nuestro señor, el primero Baltasar y el segundo Carlos, porque no tuviese otro segundo, que á sí mismo y él solo se fuese primero. ¡Oh, gloriosas esperanzas, que en tan florida primavera nos ofrecen católico Julio de valor, y aun Augusto de felicidad!

DEL SEÑORÍO EN EL DECIR Y EN EL HACER

DISCURSO ACADÉMICO

Es la humana naturaleza aquella que fingió Hesiodo Pandora. No la dió Palas la sabiduría, ni Venus la hermosura; tampoco Mercurio la elocuencia, y menos Marte el valor; pero sí el arte, con la cuidadosa industria, cada día la van adelantando con una y con otra perfeccion. No la coronó Júpiter con aquel majestuoso señorío en el hacer y en el decir, que admiramos en algunos; dióselo la autoridad conseguida con el crédito, y el magisterio alcanzado con el ejercicio.

Andan los más de los hombres por extremos. Unos tan desconfiados de sí mismos, ó por na-

turaleza propia ó por malicia ajena, que les parece que en nada han de acertar, agraviando su dicha y su caudal, siquiera en no probarlo; en todo hallan qué temer, descubriendo antes los topes que las conveniencias; y ríndense tanto á esta demasía de poquedad, que no atreviéndose á obrar por sí, hacen procura á otros de sus acciones y aun quereres. Y son como los que no se osan arrojar al agua sino sostenidos de aquellos instrumentos, que comúnmente tienen de viento lo que les falta de substancia.

Al contrario, otros tienen una plena satisfacción de sí mismos; vienen tan pagados de todas sus acciones, que jamás duraron, cuanto menos condenaron alguna Muy casados con sus dictámenes, y más cuanto más erróneos; enamorados de sus discursos, como hijos más amados cuanto más feos; y como no saben de recelo, tampoco de descontento. Todo les sale bien, á su entender; con esto viven contentísimos de sí, y mucho tiempo, porque llegaron á una simplicísima felicidad.

Entre estos dos extremos de imprudencia se halla el seguro medio de cordura; y consiste en una audacia discreta, muy asistida de la dicha.

No hablo aqui de aquella natural superioridad, que señalamos por singular realce al héroe, sino de una cuerda intrepidez, contraria al deslucido encogimiento, fundada, ó en la comprensión de las materias, ó en la autoridad de los años, ó en

la calificación de las dignidades, que en fe de cualquiera de ellas puede uno hacer y decir con señorío.

Hasta las riquezas dan autoridad. Dora las más veces el oro las necias razones de sus dueños, comunica la plata su argentado sonido á las palabras, de modo que son aplaudidas las necedades de un rico, cuando las sentencias de un pobre no son escuchadas.

Pero la más ventajosa superioridad es la que se apoya en la adecuada noticia de las cosas, del continuo manejo de los empleos. Hácese uno primero señor de las materias, y después entra y sale con despejo; puede hablar con magistral potestad, y decir como superior á los que atienden, que es fácil señorearse de los ánimos después de los puntos primeros.

No basta la mayor especulación para dar este señorio; requiérese el continuado ejercicio en los empleos; que de la continuidad de los actos se engendra el hábito señoril.

Comienza por la naturaleza y acaba de perfeccionarse con el arte. Todos los que lo consiguen se hallan las cosas hechas, la superioridad misma les da facilidad, que nada les embaraza; de todo salen con lucimiento. Campean al doble sus hechos y sus dichos; cualquiera medianía, socorrida del señorío, pareció eminencia, y todo se logra con ostentación.

Los que no tienen esta superioridad entran

con recelo en las ocasiones, que quita mucho del lucimiento, y más si se diere á conocer; del recelo nace luego el temor, que destierra criminalmente la intrepidez, con que se deslucen y aun se pierden la acción y la razón. Ocupa el ánimo de suerte que le priva de su noble libertad, y sin ella se ataja el discurrir, se hiela el decir y se impide el hacer, sin poder obrar con desahogo, de que pende la perfección.

El señorío en el que dice, concilia luego respeto en el que oye; hácese lugar en la atención del más crítico, y apodérase de la aceptación de todos. Ministra palabras y aun sentencias al que dice, así como el temor las ahuyenta, que un encogimiento basta á helar el discurso, y aunque sea un raudal de elocuencia, lo embarga la frialdad de un temor.

El que entra con señorío, ya en la conversación, ya en el razonamiento, hácese mucho lugar y gana de antemano el respeto; pero el que llega con temor, él mismo se condena de desconfiado y se confiesa vencido; con su desconfianza da pie al desprecio de los otros, por lo menos á la poca estimación.

Bien es verdad que el varón sabio ha de ir deteniéndose, y más donde no conoce; entra con recato sondando los fondos, especialmente si presiente profundidad, como lo encargaremos en nuestros *Avisos al Varón atento*.

Con los príncipes, con los superiores y con

toda gente de autoridad, aunque conviene y es preciso reformar esta señoril audacia; pero no de modo que dé en el otro extremo de encogimiento. Aquí importa mucho la templanza, atendiendo á no enfadar por lo atrevido, ni deslucirse por lo desanimado; no ocupe el temor de modo que no acierte á parecer, ni la audacia se haga sobrasalir.

Hay condiciones de personas que es menester entrarles con superioridad, no sólo en caso de mandar, sino de pedir y de rogar; porque si estos tales conciben que se les tiene respeto, no digo ya recelo, se engrien á intolerables; y éstos comúnmente son de aquellos que los humilló bien naturaleza y los levantó mal su suerte. Sobre todo, Dios nos libre de la vil soberbia de remozos de palacio, insolentes de puerta y de saleta.

Brilla este superior realce en todos los sujetos, y más en los mayores. En un orador es más que circunstancia. En un abogado, de esencia. En un embajador, es lucimiento. En un caudillo, ventaja; pero en un príncipe es extremo.

Hay naciones enteras majestuosas, así como otras sagaces y despiertas.

Realza grandemente todas las humanas acciones, hasta el semblante, que es el trono de la decencia. El mismo andar, que en las huellas suele estamparse el corazón, y allí suelen rastrearlo los juiciosos en el obrar y en el hablar con eminencia; que la sublimidad de las acciones

la adelanta al doble la majestad en el obrarlas.

Nácense algunos con un señorío universal en todo cuanto dicen y hacen, que parece que ya la naturaleza los hizo hermanos mayores de los otros; nacieron para superiores, si no por dignidad de oficio. de mérito. Infúndeseles en todo un espiritu señoril, aun en las acciones más comunes; todo lo vencen y sobrepujan. Hácense luego señores de los demás, cogiéndoles el corazón, que todo cabe en su gran capacidad; y aunque tal vez tendrán los otros más ventajosas prendas de ciencia, de nobleza y aun de entereza, con todo eso prevalece en éstos el señorío, que los constituye superiores, si no en el derecho, en la posesión.

Salen otros del torno de su barro ya destinados para la servidumbre de unos espíritus serviles, sin género de brío en el corazón, inclinados al ajeno gusto, y ceder el propio á cuantos hay. Estos no nacieron para si, sino para otros; tanto, que alguno fué llamado el de todos. Otros dan en lisonjeros, aduladores, burlescos, y peores empleos si los hay. ¡Oh, cuántos hizo superiores la suerte en la dignidad, y la naturaleza esclavos en el caudal!

Este coronado realce, como es el rey de los demás, lleva consigo gran séquito de prendas; síguele el despejo, la bizarria de acciones, la plausibilidad y ostentación, con otras muchas de este lucimiento. Quien las quisiere admirar todas

juntas, hallarlas ha en el excelentísimo señor don Fernando de Borja, hijo del Benjamín de aquel gran duque santo; heredado en los bienes de su diestra, digo, en su prudencia, en su entereza y en su cristiandad, que todas ellas le hicieron amado, no virrey, sino padre en Aragón, venerado en Valencia, favorecido del grande de los Filipos en lo más, que es confiarle á su prudente, majestuosa y cristiana disciplina, un príncipe único, para que le enseñe á ser rey y á ser héroe, á ser fénix, émulo del celebrado Aquiles, en fe de su enseñanza.

Y aunque todos estos realces la veneran reina, atiende mucho esta gran prenda á que no la desluzcan algunos defectos, que como sabandijas siguen de ordinario la grandeza; puede tal vez degenerar por exceso, en afectación, en temeridad imprudente, en el aborrecible entretenimiento, vana satisfacción y otros tales, que todos son grandes padrastros de la discreción y de la cordura.

HOMBRE DE ESPERA

ALEGORÍA

En un carro y en un trono, fabricado éste de conchas de tortugas, arrastrado aquél de rémoras, iba caminando la Espera por los espaciosos

campos del Tiempo al palacio de la Ocasión.

Procedía con majestuosa pausa, como tan hechura de la madurez, sin jamás apresurarse ni apasionarse; recostada en dos cojines que la presentó la Noche, Sibilas mudas del mejor consejo en el mayor sosiego. Aspecto venerable, que lo hermosean más los muchos días; serena y espaciosa frente, con ensanches de sufrimiento, modestos ojos entre cristales de disimulación; la nariz grande, prudente desahogo de los arrebatamientos de la irascible y de las llamaradas de la concupiscible; pequeña boca con labios de vaso atesorador, que no permiten salir fuera el menor indicio del reconcentrado sentimiento porque no descubra cortedades del caudal; dilatado el pecho, donde se maduran y aun proceden los secretos, que se malogran comúnmente por aborto; capaz estómago, hecho á grandes bocados y tragos de la fortuna, de tan gran buche que todo lo digiere; sobre todo, un corazón de un mar, donde quepan las avenidas de pasiones y donde se contengan las más furiosas tempestades, sin dar bramidos, sin romper sus olas, sin arrojar espumas, sin traspasar un punto los límites de la razón. Al fin, toda ella de todas maneras grande: gran ser, gran fondo y gran capacidad.

Su vestir no era de gala, sino de decencia; más cumplido cuanto más ajustado, que lo aliñó el decoro. Tiene por color propio suyo el de la

esperanza, y lo afecta en sus libreas sin que haya jamás usado otro, y entre todos aborrece positivamente el rojo, por lo encendido de su cólera primero y de su empacho después. Ceñía sus sienes por vencedora y por reina, que quien supo disimular supo reinar, con una rama del moral prudente.

Conducía la prudencia el grave séquito. Casi todos eran hombres, y muy mucho algunas raras mujeres. Llevaban todos báculos por ancianos y peregrinos; otros se afirmaban en los cetros, cayados, bastones y aun tiaras, que los más eran gente de gobierno. Ocupaban el mejor puesto de los italianos, no tanto por haber sido señores del mundo, cuanto porque lo superior ser españoles, franceses, algunos alemanes y polacos, que á la admiración de no ir todos satisfizo la política juiciosa con decir que aquella su detenida común causa procede más de lo helado de su sangre que de lo detenido de su espíritu. Quedaba un grande espacio de vacío, que se decía haber sido de la prudentísima nación inglesa; pero que desde Enrico VIII acá faltaban al triunfo de la cordura y de la entereza. Sobresalían por su novedad y por su traje los políticos chinos.

Iban muy cerca del triunfante carro algunos grandes hombres, que los hizo famosos esta coronada prenda, y ahora en llevarlos á su lado mostraba su estimación. Allí iba el tardador Fabio Máximo, que con su mucha espera desva-

neció la gallardía del mejor cartaginés y restauró la gran república romana. A su lado campeaba el bastón de los franceses, consumiendo sus numerosas huestes con la detención y acabando con la vida y con la paciencia de Filipo. El Gran Capitán, muy conocido por su empresa, que sacó en Barleta aquella que con grande ingenio enseñaba á tener juicio y le valió un reino, conquistado más con la cordura que con la braveza. Antes de él, el magnánimo aragonés, forjando á fuego lento, de las cadenas de su prisión una corona. Iban muchos filósofos y sabios y catedráticos de ejemplo y maestros de experiencia.

Gobernaba el Tiempo la autorizada pompa, que el mismo ir tropezando con sus muletas era lo que mejor le salía. Cerraba la Sazón por retaguardia, ladeada del Consejo, del Pensar, de la Madurez y del Seso.

Era esto una muy tarde, cuando vivamente les comenzó á tocar arma un furioso escuadrón de monstruos, que lo es todo extremo de pasión, el indiscreto empeño, la aceleración imprudente, la necia facilidad y el vulgar atropellamiento; la inconsideración, la prisa y el ahogo, toda gente del vulgacho de la imprudencia.

Conoció su grande riesgo la Espera, por no llevar armas ofensivas, faltar el polvorín, que es munición velada en su milicia, por estar reformado el ímpetu y desarmado el furor.

Mandó hacer alto á la Detención, y ordenó á

la Disimulación que los entretuviese mientras sonsultaba lo hacedero. Discurrióse con prolijidad muy á la española, pero con igual provecho

Decia el sabio Biante, gran benemérito de esta gran señora de sí misma, que imitase á Júpiter, el cual no tuviera ya rayos si no tuviera espera. Luis XI de Francia votó que se disimulase con ellos, que él no había enseñado ni más gramática ni más política á su sucesor. El rey D. Juan II de los aragoneses (que hay naciones de espera, y ésta lo es por extremo, y de la prudencia) la dijo que advirtiese que hasta hoy más había obrado la tardanza española que la cólera francesa. El grande Augustino coronó su voto y sus aciertos con el *Festina lente.* El duque de Alba volvió á repetir su razonamiento en la jornada sobre Lisboa.

Díjeron todos mucho en breve. Dilatóse más el Católico rey don Fernando, como príncipe de la política, y eslo mucho la Espera. «Sea uno, decía, señor de sí, y lo será de los demás. La detención sazona los aciertos y madura los secretos; que la aceleración siempre pare hijos abortivos sin vida de inmortalidad. Hase de pensar despacio y ejecutar de presto; ni es segura la diligencia que nace de la tardanza. Tan presto como alcanza las cosas se le caen de las manos; que á veces el estampido del caer fué aviso del haber tomado. Es la Espera fruta de grandes corazones y muy fecunda de aciertos. En los

hombres de pequeño corazón ni caben el tiempo ni el secreto.» Concluyó con este oráculo catalán: *Deu no pega de bastó, sino de saó.*

Pero el gran triunfador de reyes, Carlos V, aquel que en Alemania, con más espera que gente, quebrantó las mismas penas, las duras y las graves, la aconsejó que si quería vencer pelease á su modo, esto es, que esgrimiese la muleta del Tiempo, mucho más obradora que la acerada clava de Hércules. Ejecutólo tan felizmente, que pudo al cabo frustrar el ímpetu y enfrenar el orgullo á aquellas mas furias que las infernales, y quedó victoriosa, repitiendo: «El Tiempo y yo á otros dos.» Este suceso contó el Juicio al Desengaño, como quien se halló presente.

DE LA GALANTERÍA

MEMORIAL Á LA DISCRECIÓN

Tienen su bizarría las almas harto más relevante que la de los cuerpos: gallardía del espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazón: llévanse los ojos del alma bellezas interiores, así como los del cuerpo la exterior; y son más aplaudidas aquélla del juicio que lisonjeada ésta del gusto.

Soy realce nada común, y aunque universal en los objetos, en los sujetos soy muy singular.

No quepo en todos, porque supongo magnanimidad: y con tener tantos pechos un villano, para la galantería no la tiene.

Tuve por centro el corazón de Augusto, que excusándose conmigo venció la vulgar murmuración y triunfó galante de los públicos convicios, quedando más memorable grandeza de haberlos despreciado que la romana libertad de haberlos dicho.

Así que mi esfera es la generosidad, blasón de grandes corazones y grande asunto mío, hablar bien del enemigo y aun obrar mejor, máxima de la divina fe, que apoya tan cristiana galantería.

Mi mayor lucimiento libro en los apretados lances de la venganza; no se los quito, sino que se los mejoro, convirtiéndola cuando más ufana en una impensada generosidad con aclamaciones de crédito.

Por este camino consiguió la inmortal reputación Luis XII, que siempre fueron galantes los franceses, digo, los nobles. Temíanle rey los que le injuriaron duque; mas él, transformando la venganza en bizarría, pudo asegurarles con aquel más repetido que asaz apreciado dicho: «He, que no venga el rey de Francia los agravios hechos al duque de Orliens»; pero, ¿qué mucho quepan estas bizarrías en un rey de hombres, cuando campean en el de las fieras? Puede el león enseñar á muchos galantería; que las fie-

ras se humanan cuando los hombres se enfierecen; y si degeneraron tal vez, fué (á ponderación de Marcial) por haberse maleado entre los hombres.

No estimo tanto las victorias que consigo de la envidia, si bien mi amor emula; solicítolas, pero no las blasono; nunca afecto vencimiento, porque nada afecto; y cuando los alcanza el merecimiento los disimula la ingenuidad.

Pierdo tal vez de mi derecho, para adelantarme más, y cuando parece que me olvido del decoro en el ceder, me levanto con la reputación en el exceder. Transformo en gentileza lo que fuera en vulgar desaire; pero no cualquiera; que las quiebras de infamia con ningún artificio se sueldan.

Fué siempre grande sutileza hacer gala de los desaires y convertir en realces de la industria los que fueron disfavores de la naturaleza y de la suerte. El que se adelanta á confesar el defecto propio, cierra la boca á los demás; no es desprecio de sí mismo, sino heroica bizarría; y al contrario de la alabanza, en boca propia se ennoblece.

Soy escudo bizarro en los agravios, socorriendo con notable destreza en las burlas y en las veras. Con un cortesano desliz, ya de un mote y ya de una sentencia, doy salida muchas veces á muchos graves empeños, y saco airosamente del más confuso laberinto.

Gran consorte del despejo y muy favorecida de él, adelantando siempre las acciones, porque las espaciosas en sí las realzo más, y las sospechosas las doro á título del despejo, y á excusa de bizarría. Desembarázame tal vez de un recato majestuoso á lo humano, de un encogimiento religioso á lo cortés, de un melindre femenil á lo discreto; y lo que se condenara por descuido del decoro se disimula por galantería de condición; pero siempre con templanza, no deslice á demasía, por estar muy á los confines de la liviandad.

Tengo grandes contrarios, para que sean más lucidas mis victorias; atropello muchos vicios para valer por muchas virtudes; de sola la vileza triunfo con algo de afectación, que jamás la supe hacer, y aborrezco de oposición toda poquedad, ya de envidia, ya de miseria. Préciome de muy noble y lo soy, hidalga de condición y de corazón. Tengo por empresa al gavilán, el galante de las aves, aquel que perdona por la mañana al pajarillo que le sirvió de calentador toda la noche, si pudo darle calor la sangre helada del miedo; y prosiguiendo con la comenzada gentileza, vuela á la contraria parte que él voló, por no encontrarle y poner otra vez su generosidad en contingencia.

Todo grande hombre fué siempre muy galante, y todo galante héroe, porque ó supongo ó comunico la bizarría de corazón y de condición.

Toda prenda campea mucho en el varón grande, y más cuanto mayor, porque juntas entonces la grandeza del realce y la del sujeto, doblan la perfección.

Pareceré á algunos realce nuevo, pero no á aquellos que ha mucho me admiran en aquella mayor esfera de mi lucimiento, el excelentísimo conde de Aranda; aquel, digo, que ha hecho tantos y tan relevantes servicios á su Dios en culto, á su rey en donativo y á su patria en celo; aquel á quien debe más esplendor su real casa de Urrea, que á todos juntos sus antepuestos soles; aquel que ha eternizado juntamente su piedad cristiana y su nobilísima grandeza en conventos, en palacios y en hazañas, y todo esto con grande galantería, consiguiendo el inmortal renombre de bizarro, de galante, de magnánimo y héroe máximo de Aragón, á sombra de cuyo patrocinio llego yo á darte, ¡oh gran rey de lo discreto!, este memorial de mis méritos, con pretensiones de que me admitas al plausible cortejo de tus heroicas, inmortales y válidas prendas.

HOMBRE DE PLAUSIBLES NOTICIAS

RAZONAMIENTO ACADÉMICO

Más triunfos le consiguió á Hércules su discreción que su valor. Más plausible le hicieron las brillantes cadenillas de su boca que la formi-

dable clava de su mano: con ésta remedia monstruos, con aquéllas aprisionaba entendidos, condenándolos á la dulce suspensión de su elocuencia; y al fin, más se le rindieron al tebano discreto que valiente.

Luce, pues, en algunos una cierta sabiduría cortesana, una conversable sabrosa erudición, que los hace bien recibidos en todas partes y aun buscados de la eterna curiosidad.

Un modo de ciencia es este que no lo enseñan los libros ni se aprende en las escuelas; cúrsase en los teatros del buen gusto y en el general tan singular de la discreción.

Hállanse unos hombres apreciadores de todo sazonado dicho, y observadores de todo galante hecho; noticiosos de todo lo corriente en cortes y en campañas. Estos son los oráculos de la curiosidad y maestros de esta ciencia del buen gusto.

Vase comunicando de unos á otros en la erudita conversación, y la tradición puntual va entregando estas sabrosísimas noticias á los venideros entendimientos, como tesoros de la curiosidad y de la discreción.

En todos los siglos hay hombres de alentado espíritu, y en el presente los habrá no menos valientes que los pasados, sino que aquéllos se llevan la ventaja de primeros; y lo que á los modernos les ocasiona envidia, á ellos autoridad: la presencia es enigma de la fama. El mayor

prodigio por alcanzado cayó de su estimación: la alabanza y el desprecio van encontrando en el tiempo y en el lugar, aquélla siempre de lejos y éste siempre de cerca.

La primera y más gustosa parte de esta erudición plausible es una noticia universal de todo lo que en el mundo pasa, transcendiendo á las cortes más extrañas, á los emporios de la fortuna. Un práctico saber de todo lo corriente, así de efectos como de causas, que es cognición entendida, observando las acciones mayores de los príncipes, los acontecimientos raros, los prodigios de la naturaleza y las monstruosidades de la fortuna.

Goza de los suavísimos frutos del estudio, registrando lo ingenioso en libros, lo curioso en avisos, lo juicioso en discursos y lo picante en sátiras. Atiende á los aciertos de una monarquía con felicidad, á los desaciertos de la otra con desdicha. Ni perdona á los estruendos marciales en armadas por la mar, en ejércitos por tierra, suspensión del mundo, empleo mayor de la fama, ya engañada, ya engañosa.

Su mayor realce es una juiciosa comprensión de los sujetos, una penetrante cognición de los principales personajes de esta actual tragi-comedia de todo el universo; da su definición á cada príncipe y su aplauso á cada héroe. Conoce en cada reino y provincia los varones eminentes por sabios, valerosos, prudentes, galantes, en-

tendidos, y sobre todo santos, astros todos de primera magnitud y majestuoso lucimiento de las repúblicas. Dale su lugar á cada uno quilatando las eminencias y apreciando su valor. Pone también en su juiciosa nota lo paradoxo de un príncipe, lo extravagante del otro señor, lo afectado de éste, lo vulgar de aquél, y con esta moral anatomía puede hacer concepto de las cosas y ajustar el crédito á la verdad. Esta cognición superiormente culta sirve para mejor apreciar los dichos y los hechos, procurando siempre sacar la enseñanza, si no la admiración, y por lo menos la noticia.

Sobre todo tiene una tan sazonada como curiosa copia de todos los buenos dichos y galantes hechos, así heroicos como donosos: las sentencias de los prudentes, las malicias de los críticos, los chistes de los áulicos, las sales de Alenquer, los picantes del Toledo, las donosidades del Zapata y aun las galanterías del Gran Capitán, dulcísima munición toda para conquistar el gusto.

Mas subiendo de punto y tiempo, tiene con letras de aprecio las sentencias de Felipe II, los apotegmas de Carlos y las profundidades del rey Católico. Si bien los más frescos, y corriendo donaire, son los que tiene más sal y los más apetitosos; los flamantes hechos y modernos dichos, añadiendo á lo excelente la novedad, recambian el aplauso; porque sentencias rancias,

hazañas carcomidas, es tan cansada como propia erudición de pedantes y gramáticos.

Más sirvió á veces esta ciencia usual, más honró este arte de conversar, que todas juntas las liberales. Es arte de ventura, que si la da el cielo, poco de aquéllas basta, digo, para lo provechoso, que no para lo adecuado. No excluye las demás graves ciencias, antes las supone por basa de su realce; así como la cortesía asienta muy bien sobre el tener, así esta parte de discreción sobre alguna otra grande eminencia, cae como esmalte. Lo que dice es que ella es la hermosura formal de todas, realce del mismo saber, ostentación del alma, y que tal vez aprovechó más saber el escribir una carta, acertar á decir una razón, que todos los Bártulos y Baldos.

Varones hay eminentes en esta galante facultad; pero tan raros son como selectos tesoros de la curiosidad, emporios de la erudición cortesana, que si no hubiera habido quien observara primero y conservara después los heroicos dichos del Macedón y su padre los Césares romanos y Alfonsos aragoneses, los sentenciosos de los siete de la fama, hubiéramos carecido del mayor tesoro del entendimiento, verdadera riqueza de la vida superior.

Cuando encontrares con algún valiente genio de éstos, que entre millares será alguno, aunque lo busques con la antorcha del mediodía,

logra la ocasión, disfruta las sazonadas delicias de la erudición; que si con hambre solicitamos los libros ingeniosos y discretos, con fruición se han de lograr los mismos oráculos de lo discreto, de lo juicioso, sazonado y entendido.

Siempre nos lleva á buscar á otro la concupiscencia propia, ya interesal, ya desvanecida; mas aqui gustosa por lo agradable del saber, por lo apetitoso del notar. No seas tú de aquellos que bárbaramente se envidian á si mismos el gusto del saber, por deslucirle al otro el aplauso del enseñar.

Vuelven algunos de los emporios del mundo, tan á lo bárbaro como se fueron: que quien no llevó la capacidad no la puede traer llena de noticias; llevaron poco caudal, y asi hicieron corto empleo de observaciones; mas el discreto, como la gustosa abeja, viene libando el noticioso néctar que entresacó de más florido, que es lo más granado. No es la ambrosia para el gusto del necio, ni se hallan estas estimables noticias en gente vulgar; que en éstos nunca salen de su rincón ni el gusto ni el conocimiento; no dan ni un paso más adelante de lo que tienen presente.

Ponen otros su felicidad en su vientre, sólo toman de la vida el comer, que es lo más vil; de las potencias superiores no se valen ni las emplean; ocioso vive el discurso, desaprovechado muere el entendimiento. De aquí es que muchos de los señores no llevan ventaja á los demás, sino en

los objetos de los sentidos, que es lo ínfimo del vivir, quedando tan pobres de entendimiento, como ricos de pobres bienes. No vive vida de hombre sino el que sabe. La mitad de la vida se pasa conversando. La noticiosa erudición es un delicioso banquete de los entendimientos, y destínase este realce de la mayor discreción al mejor gusto del excelentísimo marqués de Colares, don Jerónimo de Ataide, pues se ideó de su noticiosa erudición. Será algún día desempeño de mi veneración el docto lucimiento de su asunto, la inmortalidad de sus obras.

NO SEA DESIGUAL

CRISIS

No se acreditan los vicios por hallarse en grandes sujetos, antes bien ofende más la mancha en el brocado que en sayal. Es la desigual achaque de grandes y aun de príncipes, en algunos por naturaleza, en los más por afectación.

Es de mar su condición y aun para marear, que hoy lisonjea lo que mañana abomina, y en dos inmediatos instantes no levanta en el uno hasta las estrellas, sino para abatir en el otro hasta los abismos.

En tan anómalo proceder suelen perderse los bisoños, cuando ganarse los expertos; que hay

grandes maestros del arte de marear en palacio; á éstos les es materia de risa, como á escarmentados, lo que á aquéllos de confusión; anímanse unos con lo mismo que otros desmayan, porque saben que la misma mudanza que hoy atormenta con el desvío, mañana rogará con el favor. Está el remedio en el mismo origen del mal, que es la ordinaria desigualdad.

¡Oh, el prudente! ¡Qué tranquilo costea las puntas y los esteros! ¡Qué señor mide los golfos! Ni se paga de sus finezas, ni se rinde á sus sequedades; porque no se le hace nueva cualquiera mudanza en sus extremos.

Ni se funda tan monstruosa desigualdad en la razón, que toda es acasos y los menos acordados. No depende de causas ni de méritos, que el mudarse con las cosas aún sería excusable, y tal vez cordura. Lo que hoy es el blanco de su sí mañana es el negro de su no, y ahora gusto lo que después desabrimiento, uno y otro sin por qué, para proseguir ó perseguir de balde.

Es trivial achaque de soberanos lo antojadizo que como tienen tan exento el gusto, da en vaguear. En los mayores suele niñear más, y le parece que es ejercitar el señorío en ya querer, ya no querer.

El varón cuerdo siempre es igual, que es crédito de entendido, ya que no en el poder en el querer, de suerte que la necesidad violente las fuerzas, pero no los afectos, y aun entonces pre-

ceden á su mudanza en todas las circunstancias en su abono, atestiguando que no es variedad, sino urgencia.

No sólo son éstos altibajos con las personas, pero con las virtudes, para llevarlo todo parejo. Notable desigualdad la de Demetrio, bien censurada de muchos. Era cada día otro de sí mismo, y en la guerra muy diferente que en la paz, porque en aquélla era centro de todas las virtudes y en ésta de todos los vicios; de suerte, que en la guerra hacía paces con las virtudes y volvía á hacerles guerra en la paz; tanto pueden mudar á un hombre el ocio ó el trabajo.

Pero, ¿qué desigualdad más monstruosa que la de Nerón? No se venció á sí mismo, sino que se rindió; algunos asimismo buenos, se compiten mejores, que es gran victoria de la perfección; pero otros no son vencedores de sí, sino vencidos, rindiéndose á la deterioridad.

Si la desigualdad fuera de lo malo á lo bueno, fuera buena, y si de lo bueno á lo mejor, mejor: pero comúnmente consiste en deteriorarse, que el mal siempre lo vemos de rostro y el bien de espaldas. Los males vienen y los bienes van.

Diránme que todo es desigualdades este mundo y que sigue á lo natural lo moral. La misma tierra que se empina en los montes se humilla después en los valles, solicitando su mayor hermosura en su mayor variedad. ¿Qué cosa más desigual que el mismo tiempo, ya coronándose

de flores, ya de escarchas? Y todo el universo es una universal variedad, que al cabo viene á ser armonía. Pues si el hombre es un otro mundo abreviado, ¿qué mucho que cifre en sí la variedad? No será fealdad, sino una perfecta proporción compuesta á desigualdades.

Pero no hay perfección en variedades del alma que no dicen con el cielo. De la luna arriba no hay mudanzas. En materia de cordura todo altibajo es fealdad. Crecer en lo bueno es lucimiento; pero crecer y descrecer es sutileza y toda vulgaridad desigualdad.

Hay hombres tan desiguales en las materias, tan diferentes de sí mismos en las ocasiones, que desmienten su propio crédito y deslumbran nuestro concepto; en unos puntos discurren que vuelan, en otros, ni perciben ni se mueven. Hoy todo les sale bien, mañana todo mal, que aun el entendimiento y la ventura tienen desiguales. Donde no hay disculpa es en la voluntad, que es crimen del albedrío, y su variar no está lejos del desvariar. Lo que hoy ponen sobre su cabeza, mañana lo llevan entre pies, por no tener pies ni cabeza. Hacen con esto tan enfadosa su familiaridad, que huyen todos de ellos, remitiéndolos al vulgar averiguador que los entienda. Sóbrale al mar de amargura lo que le falta de firmeza, pareciéndolos que se le fían sin estrella.

Mudó sin duda la fama á Gandía su *non plus ultra* de toda heroicidad, de toda cristiandad,

discreción, cultura, agrado, plausibilidad y grandeza en aquellos dos héroes consortes, el excelentísimo señor duque don Francisco de Borja y la excelentísima duquesa doña Artemisa de Oria y Colona, gran señora mía. Participando inclitamente entrambos de sus esclarecidos timbres el eterno blasón de su firmeza, en todo lo excelente, en todo lo lucido, en todo lo realzado, en todo lo plausible, en todo lo dichoso y en todo lo perfecto; siempre los mismos y siempre heroicos.

EL HOMBRE DE TODAS HORAS

CARTA Á DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

No siempre se ha de reir con Demócrito, ni siempre se ha de llorar con Heráclito (discretísimo Vincencio); dividiendo los tiempos el divino sabio, repartió los empleos. Haya vez para lo serio y también para lo humano, hora propia y hora ajena. Toda acción pide su sazón; ni se han de barajar, ni se han de singularizar; débese el tiempo á todas las tareas, que tal vez se logra y tal vez se pasa.

El varón de todos ratos es señor de todos los gustos y es buscado de todos los discretos. Hizo la naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural; haga lo mismo el arte de todo lo mo-

ral. Infeliz genio el que se declara por de una sola materia, aunque sea única, aun la más sublime; ¿pues qué si fuera vulgar, vicio común de los empleos? No sabe platicar el soldado sino de sus campañas, y el mercader de sus logros; hurtándole todos el oído al unísono, la atención al impertinente; y si tal vez se vencen, es en conjuración de fisga.

Siempre fué hermosamente agradable la variedad, y aquí lisonjera. Hay algunos, y los más, que para una cosa sola los habéis de buscar, porque no valen para dos; hay otros que siempre se les ha de tocar un punto y hablar de una materia, no saben salir de allí; hombres de un verbo, Sísifos de la conversación, que apedrean con un tema; tiembla de ellos con razón todo discreto, que si se echa un necio de éstos sobre su paciencia, llegará á verter el juicio por los poros; y por temor de contingencia tan penosa, codicia antes la estéril soledad y vive al siglo de oro interiormente.

Aborrecible item el de algunos, enfadoso macear, que todo buen gusto lo execra, deprecando, que Dios nos libre de hombre de un negocio en el hablarlo y en el solicitarlo, desquitándonos de ellos unos amigos universales, de genio y de ingenio, hombre para todas horas, siempre de sazón y de ocasión. Vale uno por muchos, que de los otros, mil no valen por uno; y es menester multiplicarlos, hora por amigo, con enfadosa

dependencia. Nace esta universalidad de voluntad y de entendimiento, de un espíritu capaz, con ambiciones de infinito; un gran gusto para todo, que no es vulgar arte saber gozar de las cosas y un buen lograr todo lo bueno; práctico gustar es el de jardines, mejor el de edificios, calificando el de pinturas, singular el de piedras preciosas; la observación de la antigüedad, la erudición y la plausible historia, mayor que toda la filosofía de los cuerdos; pero todas ellas son eminencias parciales, que una perfecta universalidad ha de adecuarlas todas.

No se ha de atar el discreto á un empleo solo, ni determinar el gusto á un objeto, que limitarlo con infelicidad; hízolo el cielo indefinito, criolo sin términos; no se reduzca él ni se limite.

Grandes hombres los indefinibles, por su grande pluralidad de perfecciones, que repite á infinidad. Otros hay tan limitados, que luego se les sabe el gusto, ó para prevenirlo ó para lisonjearlo, que ni se extiende ni se difunde.

Una vez que quiso el cielo dar un plato sazonó el maná, cifra de todos los sabores, bocado para todos paladares, en cuya universalidad proporcionó la del buen gusto.

Siempre hablar atento causa enfado; siempre chancear desprecio, siempre filosofar entristece y siempre satirizar desazona.

Fué el Gran Capitán idea grande de discretos; portábase en el palacio como si nunca hubiera

cursado las campañas y en campaña como si nunca hubiera cortejado.

No así aquel otro, no gran soldado, sino gran necio que, convidándole una gentil dama á danzar en su ocasión, digo en la de un sarao, excusó su ignorancia y descubrió su tontería, diciendo: «Que él no se entendía de mover los pies en el palacio, sino de menear las manos en la campaña.» Acudió ella, que lo era: «Pues señor, paréceme que sería bueno en tiempo de paz, metido en una funda, colgaros como arnés para su tiempo»; y aun le hizo cortesía de otro más vil y más merecido puesto.

No se estorban unas á otras las noticias ni se contradicen los gustos; todas caben en un centro y para todo hay sazón. Algunos no tienen otra hora que la suya y siempre apuntan á su conveniencia. El cuerdo ha de tener hora para sí y muchas para los selectos amigos.

Para todo ha de haber tiempo, sino para lo indecente, ni será bastante excusa la que dió uno en una acción muy liviana, que el que era tenido por cuerdo de día no sería tenido por necio de noche.

De suerte (mi cultísimo Vincencio) que la vida de cada uno no es otra que una representación trágica y cómica, que si comienza el año por el Aries también acaba en el Piscis, viniéndose á igualar las dichas con las desdichas, lo cómico con lo trágico; ha de hacer uno solo todos los

personajes á sus tiempos y ocasiones, ya el de risa, ya el de llanto, ya el del cuerdo y tal vez el del necio, con que se viene á acabar con alivio y con aplauso la apariencia.

¡Oh, discretísimo Proteo! Aquel nuestro gran apasionado, el excelentísimo de Lemos, en cuyo bien repartido gusto tienen vez todos los liberales empleos y en cuya heroica universalidad logran ocasión todos los eruditos, cultos y discretos; el docto y el galante, el religioso y el caballero, el humanista, el historiador, el filósofo, hasta el sutilísimo teólogo, héroe verdaderamente universal para todo tiempo, para todo gusto y para todo empleo.

EL BUEN ENTENDEDOR

Diálogo entre el Doctor Juan Francisco Andrés y el autor.

DOCTOR

Dicen que el buen entendedor, pocas palabras.

AUTOR

Yo diría que á pocas palabras buen entendedor, y no sólo á palabras, al semblante, que es la puerta del alma, sobrescrito del corazón; aún le ve apuntar al mismo callar que tal vez

exprime más para un entendido, que una prolijidad para un necio.

DOCTOR

Las verdades que más nos importan, vienen siempre á medio decir.

AUTOR

Así es; pero recíbanse del advertido á todo entender.

DOCTOR

Eso le valió á aquel nuestro Anfión aragonés, cuando perseguido de los propios, halló amparo y aun aplauso en los coronados Delfines extraños.

AUTOR

Tan poderosa es una armonía, y más de tan suaves consonancias, como fueron las de aquel prodigioso ingenio.

DOCTOR

Califícase ya el decir verdades con nombre de necedades.

AUTOR

Y aun por no parecer ó niño ó necio, ninguno la quiere decir, con que no se usa; solas quedan en el mundo algunas reliquias de ellas, y aun

esas se descubren como misterio, con ceremonia y recato.

DOCTOR

Con los príncipes siempre se les brujulea.

AUTOR

Pero discurran ellos, que va en ello el perderse ó el ganarse.

DOCTOR

Es la verdad una doncella tan vergonzosa cuanto hermosa, y por esto anda siempre tapada.

AUTOR

Descúbranla los príncipes con galantería, que han de tener mucho de adivinos de verdades y de zahoríes de desengaños. Cuanto más entredientes se les dicen, es dárselas mascadas, para que mejor se digieran y entren en provecho. Es ya político el desengaño, anda de ordinario entre dos luces, ó para retirarse á las tinieblas de la lisonja, si topa con la necedad, ó salir á la luz de la verdad, si topa con la cordura.

DOCTOR

¡Qué es de ver en una encendida competencia la detención de un recatado y la atención de un advertido! Aquél apunta, éste discurre, y más en desengaños.

AUTOR

Sí, que se ha de ajustar la inteligencia á las materias; en las favorables, tirante siempre la credulidad; en las odiosas, dar la rienda y aun picarla. Lo que la lisonja se adelanta en el que dice, la sagacidad lo desande en el que oye; que siempre fué la mitad menos lo real de lo imaginado.

DOCTOR

En materias odiosas, yo discurria al contrario, pues en un ligero amago, en un levísimo ceño, se le descubre al entendido mucho campo que correr.

AUTOR

Y que correrse tal vez; y entienda, que es mucho más lo que se le calla. En lo poco que se le dice, va el cuerdo en los puntos vidriosos con gran tiempo, y cuanto la materia es más liviana, da pasos de plomo en el apuntar, con lengua de plomo en el pasar.

DOCTOR

Muy dificultoso es darse uno por entendido en puntos de censura y de desengaño, porque se cree mal aquello que no se desea. No es menester mucha elocuencia para persuadirnos lo

que nos está bien, y toda la de Demóstenes no basta para lo que nos está mal.

AUTOR

Poco es ya el entender, menester es á veces adivinar; que hay hombres que sellan el corazón y se les podrecen las cosas en el pecho.

DOCTOR

Hacer entonces lo que el diestro físico, que toma el pulso en el mismo aliento; así el atento metafísico, en el aire de la boca ha de penetrar el interior.

AUTOR

El saber nunca daña.

DOCTOR

Pero tal vez da pena, y así como previene la cordura el qué dirán, la sagacidad ha de observar el qué dijeron. Saltea insidiosa esfinge el camino de la vida, y el que no es entendido, es perdido. Enigma es, y dificultoso, esto del conocerse un hombre; sólo un Edipo discurre, y aun ese con soplos auxiliares.

AUTOR

No hay cosa más fácil que el conocimiento ajeno.

DOCTOR

Ni más dificultoso que el propio.

AUTOR

No hay simple que no sea malicioso.

DOCTOR

Y que siendo sencillo para sus faltas, no sea doblado para las ajenas.

AUTOR

Las motas percibe en los ojos del vecino.

DOCTOR

Y las vigas no divisa en los propios.

AUTOR

El primer paso del saber, es saberse.

DOCTOR

Ni puede ser entendido el que no es entendedor. Pero ese aforismo de conocerse á sí mismo, presto es dicho y tarde hecho.

AUTOR

Por encargarlo fué uno contado entre los siete sabios.

DOCTOR.

Por cumplirlo ninguno hasta hoy. Cuanto más saben algunos de los otros, de sí saben

menos; y el necio más sabe de la casa ajena que de la suya, que ya hasta los refranes andan al revés. Discurren mucho algunos èn lo que nada les importa, y nada en lo que mucho les convendría.

AUTOR

¡Qué! ¿hay ocupación peor aún que el ocio?

DOCTOR

Sí, la inútil curiosidad.

AUTOR

¡Oh, cuidados de los hombres! y ¡cuánto hay en las cosas sin substancia!

DOCTOR

Hase de distinguir también; entre lo detenido de un recado y lo desatentado de un fácil, exageran unos, disminuyen otros: discierna, pues, el atento entendedor, que á tantos han condenado las credulidades como las incredulidades.

AUTOR

Por eso dijeron sabiamente los bárbaros citas al joven Peleo, que son los hombres rios; lo que aquéllos corren se van deteniendo éstos, y comúnmente tienen más de fondo los que mayor sosiego, y llevan más agua los que menos ruido.

DOCTOR

Materias hay también en que la sospecha tiene fuerza de prueba: que la mujer de César (dijo él mismo) ni aun la fama, y cuando en el interesado llega á ser duda, en los demás ya pasa y aun corre por evidencia.

AUTOR

Tienen más ó menos fondo las palabras, según las materias.

DOCTOR

Por no calarlas se ahogaron muchos, son de las del entendido entendedor, y advierta que la gala del nadar es saber guardar la ropa.

AUTOR

Y más si es púrpura; y con esto vamos uno á su historia, digo, á la *Zaragoza antigua*, tan deseada de la curiosidad cuanto ilustrada de la erudición, y yo á mi filosofía del *Varón atento*.

NO ESTAR SIEMPRE DE BURLAS

SÁTIRA

Es muy seria la prudencia, y la gravedad concilia veneración de dos extremos; más seguro es el genio majestuoso. El que siempre está de burlas, nunca es hombre de veras, y hay algunos que siempre lo están, tiénenlo por ventaja de discreción y le afectan; que no hay monstruosidad sin padrino; pero no hay mayor desaire que el continuo donaire. Su rato han de tener las burlas; todos los demás las veras. El mismo nombre de sales está avisando cómo se han de usar. Hase de hacer distinción de tiempos, y mucho más de personas. El burlarse con otro es tratarle de inferior, y á lo más de igual, pues se le aja el decoro y se le niega la veneración.

Estos tales nunca se sabe cuándo hablan de veras, y así los igualamos con los mentirosos, no dándoles crédito á los unos por recelo de mentira, y á los otros de burla. Nunca hablan en juicio, que es tanto como no tenerle, y más culpable, porque no usar de él por no querer más, es que por no poder; y así no se diferencia de los faltos sino en ser voluntarios, que es doblada monstruosidad. Obra en ellos la liviandad

lo que en los otros el defecto; un mismo ejercicio tienen, que es entretener y hacer reir, unos de propósito, otros sin él.

Otro género hay aún más enfadoso por lo que tiene de perjudicial, y es de aquellos que en todo tiempo y con todos están de fisga. Aborrecibles monstruos, de quienes huyen todos más que del bruto de Esopo, que cortejaba á coces y lisonjeaba á bocados. Entre fisga y gracia van glosando la conversación, y lo que ellos tienen por punto de galanteria es un verdadero desprecio de lo que los otros dicen; y no sólo no es graciosidad, sino una aborrecible frialdad. Lo que ellos presumen de gracia es un prodigioso enfado de los que tercian. Poco á poco se van empeñando hasta ser murmuradores cara á cara. Por decir una gracia os dirán un convicio, y éstos son de quien Cicerón abominaba, que por decir un dicho pierden un amigo ó lo entibian; ganan fama de decidores y pierden el crédito de prudentes. Pásase el gusto del chiste, y queda la pena del arrepentimiento: lloran por lo que hicieron reir. Estos no se ahorran, ni con el más amigo ni con el más compuesto; y es notable que jamás se les ofrece la prontitud en favor, sino en sátira; tienen siniestro el ingenio.

Este, con otros defectos infelices, nace de poca substancia y acompaña la liviandad. En hombres de gran puesto se censuran más y aunque los hace en algún modo gratos al vulgo por la

llaneza, pone á peligro el decoro de la felicidad; que como ellos no la guardan á los otros, ocasionan el recíproco atrevimiento.

Es connatural en algunos el donoso genio. Dotóles de esta gracia la naturaleza; y si con la cordura se templase, sería prenda y no defecto. Un grano de donosidad es plausible realce en el más autorizado; pero dejarse vencer de la inclinación en todo tiempo es venir á parar en hombre de dar gusto por oficio, sazonador de dichos y aparejador de la risa: si en una cómica novela se condena por impropiedad el introducirse siempre chanceando á Davo, y que entre lo grave de la enseñanza ó lo serio de la reprensión del padre al hijo mezcle él su gracejo, ¿qué será, sin ser Davo, en una grave conversación estar chanceando? Será hacer farsa con risa de sí mismo.

Hay algunos que, aunque le pese á Minerva, afectan la graciosidad, y como en ellos es postiza, ocasiona antes enfado que gusto; y si consiguen el hacer reir, más es fisga de su frialdad que agrado de su donaire. Siempre la afectación fué enfadosa, pero en el gracejo, intolerable, porque sumamente enfada, y queriendo hacer reir, queda ella por ridícula; y si comúnmente viven desacreditados los graciosos, ¿cuánto más los afectados, pues con su frialdad doblan el precio?

Hay donosos y hay burlescos, que es mucha la diferencia. El varón discreto juega también

en esta pieza del donaire, no la afecta, y esto en su sazón; déjase caer como al descuido un grano de esta sal, que se estimó más que una perla, raras veces, haciéndole salva á la cordura y pidiéndole al decoro la venia. Mucho vale una gracia en su ocasión. Suele ser el atajo del desempeño. Sazonó esta sal muchos desaires. Cosas hay que se han de tomar de burlas, y tal vez las que el otro más de veras. Unico arbitrio de cordura, hacen juego del más encendido fuego.

Pesado es el extremo de los muy serios, y poco plausible Catón con su bando, pero venerado; rígida será la de los compuestos y cuerdos; pocos la siguen, muchos la reverencian, y aunque causa la gravedad pesadumbre, pero no desprecio.

Que es de ver uno de estos destemplados de agudeza, siniestros de ingenio, chancear aun en la misma muerte; que si los sabios mueren como cisnes, éstos como grajos, gracejando mal y porfiando. De esta suerte un Carvajal mostró cuán rematada había sido su vida.

Los hombres cuerdos y prudentes siempre hicieron muy poca merced á las gracias, y una sola bastaba para perder la real del Católico prudente. Súfrense mejor unos á otros los necios, ó porque no advierten ó porque se semejan. Mas el varon prudente no puede violentarse, si no es que tercie la dependencia.

HOMBRE DE BUENA ELECCIÓN

ENCOMIO

Todo el saber humano (si en opinión de Sócrates hay quien sepa), se reduce hoy al acierto de una sabia elección. Poco ó nada se inventa, y en lo que más importa se ha de tener por sospechosa cualquiera novedad.

Estamos ya á los fines de los siglos. Allá en la edad de oro se inventaba: añadióse después, ya todo es repetir. Vense adelantadas todas las cosas, de modo que ya no queda que hacer, sino elegir. Vívese de elección, uno de los más importantes favores de la naturaleza, comunicado á pocos, porque la singularidad y la excelencia doblen el aprecio.

De aquí es que vemos cada día hombres de ingenio sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos también, que en llegando á la elección se pierden. Escogen siempre lo peor, páganse de lo menos acertado; gustan de lo menos plausible, con nota de los juiciosos y desprecio de los demás. Todo les sale infelizmente, y no sólo no consiguen aplauso, pero ni aun agrado. Jamás hicieron cosa insigne, y todo ello por faltarles el grande don del saber elegir; de suerte que no bastan ni el estudio ni el ingenio, donde falta la elección.

Es transcendental su importancia, porque no sea menos su extensión que su intención. Solicitan su voto todos los empleos, y los mayores con afectación; porque ella es el complemento de la perfección, origen del acierto, sello de la felicidad, y donde ella falta, aunque sobren el artificio, el trabajo y las cosas todas se deslucen y todas se malogran.

Ninguno conseguiría jamás el crédito de consumado en cualquier empleo, sin el realce de un plausible gusto. Sólo el realce en elegir pudo hacer célebres á muchos reyes eminentes en sus elecciones, así de empresas como de ministros; que un yerro en las llaves de la razón de estado basta á perderlo todo con descrédito, y un acierto, á ganarlo todo con inmortal reputación. Erraron unos en el delecto de los asuntos, y otros en el de los instrumentos, destruyendo todos con tan fatales yerros el preciosísimo oro de sus coronas.

Hay algunos empleos, que su principal ejercicio consiste en elegir; y en éstos es mayor la dependencia de su dirección. Como son todos aquellos que tienen por asunto el enseñar agradando. Prefiera, pues, el orador los argumentos más plausibles y más graves. Atienda el historiador á la dulzura y al provecho. Case el filósofo lo especioso con lo sentencioso, y atiendan todos al gusto ajeno universal, que es la norma del elegir, y tal vez se ha de preferir al crítico y sin-

gular, ó propio ó extraño; porque en un convite más querría dar gusto á los convidados que á los sazonadores, dijo el más sabroso de nuestra patria y de elección. ¿Qué importa que sean muy al gusto del orador las cosas, si no lo son al del auditorio, para quien se sazonan? Preferirá aquél una sutileza, y aplaudirá éste á una semejanza, ó al contrario.

En las vulgares artes tiene también lugar; á proporción vimos ya dos eminentes artífices, que se compitieron la fama; el uno por lo delicado y primoroso, tanto, que parecía cada una de sus obras de por sí el último esfuerzo del artificio, y todas juntas no satisfacían. Al contrario, el otro jamás pudo acabar cosa con última delicadeza, ni llevarla á la total perfección; con todo eso tuvo este realce de la eleccion tan en su punto, que se alzó con el aplauso universal.

Nace, en primer lugar, del gusto propio, si es bueno, calificado con la prueba, con que se asegura el ajeno, que es ventaja poder hacer norma de él y no depender de los extraños: con esto se puede uno confiar que lo que le agrada á él en los otros, también es agradará á ellos en él. Efecto es de su sazón el buen delecto, todo sale bien de ella, que es la mayor felicidad; y si algo se acertó en falta suya, fué más contingencia que seguridad.

Al contrario, un mal gusto todo lo desazona; y las mismas cosas excelentes por su perfección.

las malogra por su mala disposición; y los hay tan exóticos, que siempre escogen lo peor, que parece que hacen estudio en el errar; el peor discurso guardan para la mejor ocasión, y en la mejor expectación salen con la mayor impertinencia, casándose siempre con su necedad.

Extremada elección la de la abeja, y qué mal gusto el de una mosca, pues en un mismo jardín solicita aquélla la fragancia y ésta la hediondez.

Lo peor es que estos tales enfermos de gusto, ó por ignorancia ó por capricho, lisiados de juicio, añadiendo el segundo al primer desacierto, que es más célebre, querrían pegar su mal á todos los demás; pretenden que su paradojo voto sea norma de los otros, y aun se admiran de que su desabrimiento no les sea sainete, y apetito su frialdad, desacertadores en todo.

Hállanse otros que tienen destemplado el gusto en unas cosas, y en otras muy en su punto; pero lo ordinario es que el que tiene depravada la raíz, lleve desazonado todo el fruto.

Supone, además de lo extremado del gusto, una adecuada comprensión de todas las circunstancias que se requieren para el acierto individual. Su primera atención es á la ocasión, que es la primera regla del acertar. No se paga en las cosas de la eminencia á solas, sino de conveniencia también; que tal vez lo más excelente fué lo menos á propósito para la sazón, si bien cuando concurren en los medios, lo realzado del

ser y lo sazonado de la conveniencia, concluyen felicidad. Regúlase con el tiempo, atiende al puesto, hacen distinción de personas, y ajustarse adecuadamente á la ocasión, con que viene á ser perfectísimo el delecto.

Es la pasión enemiga declarada de la cordura, y, por el consiguiente, de la elección; nunca atiende á la conveniencia, sino á su afecto; y estima más salir con su antojo, que con el acierto. Todos sus favorecidos son buenos, no más de porque lo desea, no porque en la realidad lo son, y afecta el engañarse voluntariamente; y así, todo mal intencionado sale peor ejecutado.

Los asuntos de la elección son muchos y sublimes. Elígense en primer lugar los empleos y los estados, delecto de toda una vida, donde se acierta ó se yerra para siempre; que es un echarse á cuestas una irremediable infelicidad. El mal es que las resoluciones más importantes se toman en la primera edad, destituída de ciencia y experiencia, cuando aún no fueran bastantes la mayor prudencia y la más sazonada madurez.

Ni es el menor empeño el escoger los amigos que han de ser de elección, y no de acaso; acción muy de la prudencia, y en lo más de la contingencia. Elígense también los familiares, que son ayudantes del vivir, las más veces enemigos excusados.

Mas si en los hijos tuviera lugar el delecto, fuera la primera de las dichas. Ello hay tales

caprichos en el mundo, que eligieran los peores; y así, favor fué de la naturaleza el prevenirlos, pues aun los que le dió el cielo buenos, ellos, ó con su ejemplo ó con su descuido, vienen á hacerlos malos; que son muchos los que malogran favores de la naturaleza y de la fortuna.

No hay perfección donde no hay elección. Dos ventajas incluye el poder elegir y elegir bien. Donde no hay delecto, es un tomar á ciegas lo que el acaso ó la necesidad ofrecen. Pero al que le faltare el acierto, búsquelo en el consejo ó en el ejemplo, que se ha de saber ó se ha de oir á los que saben, para acertar.

NO SER MARAVILLA

SÁTIRA

Achaque es todo lo muy bueno, que su mucho uso viene á ser abuso. Codícianlo todos por lo excelente, con que se viene á hacer común, y perdiendo aquella primera estimación de raro, consigue el desprecio de vulgar; y es lástima que su misma excelencia le cause su ruina. Truécase aquel aplauso de todos en un enfado de todos.

Esta es la ordinaria carcoma de las cosas, muy plausibles en todo género de eminencia, que naciendo de su mismo crédito y cebándose

en su misma ostentación, viene á derribar y aun á abatir la más empinada grandeza; basta á hacer una demasía de lucir de los mismos prodigios vulgaridades.

Gran defecto es ser un hombre para nada; pero también lo es ser para todo, ó quererlo ser. Hay sujetos que sus muchas prendas los hacen ser buscados de todos. No hay negocio, aunque sea repugnante á su instituto y genio, que no se remita, ó á su dirección ó á su manejo; todos se pronostican la felicidad de cuanto ponen éstos mano, y aunque no sean entrometidos de sí, su misma excelencia los descubre, y la conveniencia ajena los busca y los placea; de suerte que en ellos su mucha opinión obra lo que en otros su mucho entretenimiento. Pero esto es ya azar, si no defecto, y una como sobra de valor, pues vienen á rozarse y aun perder por mucho ganar. ¡Oh, gran cordura la de un buen medio! Pero, ¿quién supo ó pudo contenerse y caminar con esta seguridad?

Pensión es de las pinturas muy excelentes, de las tapicerías más preciosas, que en todas las fiestas hayan de salir, y como todo lo andan, reciben muchos encuentros, con que presto vienen á ser inútiles ó comunes, que es peor.

Hay algunos, ni pocos ni cuerdos, sobresalidos, amigos de que todos los llamen y busquen; dejarán el dormir y aun el comer, por no parar; no hay presente para ellos como un negocio, ni

mejor día que el más ocupado; y las más veces no aguardan á que los llamen, que ellos se ingieren en todo, y añadiendo al entretenimiento la audiencia, que es forzar la necedad, se exponen á grandes empeños; pero bien ó mal consiguen que todos hablan de sus cabellos, que es lo mismo que quitarlos la lengua para la murmuración y desprecio.

Aunque no hubiese otro desaire que aquel continuo topar con ellos, oir siempre hablar de ellos causa un tan enfadoso hartazgo, que vienen á ser después tan aborrecidos como fueron antes deseados.

No todo sale de sus manos con igual felicidad, y tal vez la que comenzó á ser una hazañosa vasija, deslizándose la rueda (ya sea la de la suerte), viene á rematar en un bellísimo vaso de su ignominia y descrédito. Métense á querer dar gusto á todos, que es imposible, y vienen á disgustar á todos, que es más fácil.

No escapan los que mucho lucen de envidiados ó de odiados, que á más lucimiento, más emulación. Tropiezan todos en el ladrillo que sobresale á los demás; de modo que no es aquélla eminencia, sino tropiezo; así en muchos el querer campear no viene á ser realce, sino tope. Es delicado el decoro, y aun de vidrio, por lo quebradizo; y si muy placeado, se expone á más encuentros; mejor se conserva en su retiro, aunque sea en el hecho de su humildad.

Quieren algunos ser siempre los gallos de la publicidad, y cantan tanto que enfadan; bastaría una voz ó un par, para consejo ó desvelo; que lo demás es cantar mal y porfiar.

El manjar más delicioso, á la segunda vez pierde mucho de aquel primer agrado; á tres veces ya enfada; mejor fuera conservarse en las primicias del gusto, solicitando el deseo. Y si esto pasa en lo material, ¿cuánto más en el verdadero pasto del alma, delicias del entendimiento y del gusto? Y es éste delicado y mal contentadizo, cuanto mayor; más vale una excelente caridad, que siempre fué lo dificultoso estimado.

Al paso que un varón excelente, ya en valor, y ya en saber, ó sea en entereza, ó sea en prudencia, se retira, se hace codiciable; porque él á detenerse, y todos á desearle con mayor crédito y aun felicidad; toda templanza es saludable, y más de apariencia, que conserva la vida á la reputación.

Rózanse de estas malillas en todo género de eminencias. Las hay también de la belleza, cuyo ostentarse, además del riesgo, tiene luego el castigo de la desestimación, y más adelante el desprecio.

¡Qué bien conoció este vulgar riesgo, y qué bien supo prevenirlo la celebrada Popea de Nerón! La que mejor supo lograr la mayor belleza, siempre la brujuleaba, que nunca hartó, ni los ojos de ella, avara con todos, envidiándo-

la á sí misma. Franqueaba un día los ojos y la frente, y en otro la boca y las mejillas, sin echar jamás todo el resto de su hermosura, y ganó con esto la mayor estimación.

Gran lección es esta del saberse hacer estimar, de saber vender una eminencia, afectando el encubrirla, para conservarla, y aun aumentarla con el deseo, que en los *Avisos al varón atento* se discurrirá con enseñanza. Célebre confirmación la de las esmeraldas del indiano, y que declara esta sutileza con buen gusto. Traía gran cantidad de ellas en calidad igual. Expuso la primera al aprecio de un perito lapidario, que la pagó en admiración. Sacó la segunda, aventajada en todo, guardando el orden de agradar; pero bajóle éste por mitad la estimación, y con esta proporción fué prosiguiendo con la tercera y con la cuarta; al paso que ellas iban excediéndose en quilates, iba cediendo el aprecio. Admirado el dueño de semejante desproporción, oyó la causa con enseñanza nuestra; que la misma abundancia de preciosidad se hacía daño á sí misma, y al paso que se perdía la raridad, se disminuía la estimación.

Oh, pues, el varón discreto, si quisiere ganar la inmortal reputación, juegue antes del basto que de la malilla. Sea un extremo en la perfección; pero guarde un medio en el lucimiento.

HOMBRE DE BUEN DEJO

CARTA AL DOCTOR DON JUAN ORENCIO DE LASTANOSA, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA, SINGULAR AMIGO DEL AUTOR.

Si yo creyera á lo vulgar que había fortuna, también creyera (amigo canónigo y señor) que su casa era la casa con dos puertas, muy diferentes la una de la otra y encontradas en todo; porque la una está fabricada de piedras blancas, dignas de la más dichosa urna en el mejor día; y la otra su contraria, de piedras negras, que en su deslucimiento agüeran su infelicidad; majestuosamente alegre aquélla, y ésta lúgubremente humilde. Allí asisten el contento, el descanso, la honra, la hartura y las riquezas, con todo género de felicidad. Aquí la tristeza, el trabajo, el hambre, el desprecio y la pobreza, con todo el linaje de la desdicha; por el tanto, la una se se llama del placer y la otra del pesar. Todos los mortales frecuentan esta casa, y entran por una de estas dos puertas; pero es ley inviolable, y que con sumo rigor se observa, que el que entra por la una haya de salir por la otra; de modo que ninguno puede salir por la que entró, sino por la contraria; el que entró por el placer, sale siempre por el pesar, y el que entró por el pesar, sale siempre por el placer.

Desaire común es de afortunados tener muy felices las entradas y muy trágicas las salidas. El mismo aplauso de los principios hace más ruidoso el murmullo de los fines. No está el punto en el vulgar consentimiento de una entrada, que esas todas las tienen plausibles; pero sí en el sentimiento general de una salida, que son raros los deseados.

¡Oh, cuantos soles habemos visto entrambos nacer con risa de la aurora y también nuestra, y sepultarse después con llanto del ocaso! Saludáronlos al amanecer las lisonjeras aves con sus cantos, al fin quiebros, y despidiéronlos al ponerse nocturnos pájaros con sus aúllos.

Todas las fachadas de los cargos son ostentosas, mas las espaldas humildes. Corónanse de víctores las entradas de las dignidades, y de maldiciones las salidas. ¡Qué aplaudido comienza un mando! Ya por el vulgar gusto del mudar, ya por la concebida esperanza de los favores particulares y de los aciertos comunes; pero ¡qué callado fina! Que aun el silencio le sería favorable aclamación.

¡Qué adorado, ó de la esperanza ó del temor, entra un valimiento, si él mismo no se desmintiera á la mitad de la dicción dividida, que aunque se varíe en privanza, no puede escapar al principio ó al fin de una pronosticada infelicidad. Todos los fines son desvíos, y todos los cargos paran en cargos, si no de la justicia, de la ven-

gada murmuración. Transfórmase el contento de comenzar, en muchos descontentos al acabar. Aunque no haya otro azar más que el ponerse, que aun en un sol el caer ocasiona desvíos, obscurécese el esplendor y resfríase el afecto. Pocas veces acompaña la felicidad á los que salen, ni dura la aclamación hasta los fines; lo que se muestra de cumplida con los que vienen, de descortés con los que van.

Hasta las amistades se traban con el gusto y se pierden con la quiebra. Súbese volando al favor, y bájase de él rodando; y comúnmente en todos los empleos, y aun estados, se suele entrar por la puerta del contento y de la dicha, y se sale por la del disgusto y de la desdicha.

Gala viste de extremos la fortuna, y hace gala de igualar; los pechos cubre de blanco, y de negro las espaldas, que el no esperarlas es dar en el blanco, ó gran extremo de la prudencia la atención á los extremos al acabar bien, poniendo más la mira en la felicidad de la salida que en el aplauso de la entrada; que no gobierna el despierto Palinuro su bajel por la proa, sino por la popa; allí asiste al gobernarle en el viaje de la vida.

Tienen algunos muy felices los principios en todo, y aun plausibles; entran en un cargo con aceptación, llegan á un puesto con aplauso, comienzan una amistad con favor; todo comenzar es con felicidad. Pero suelen tener estos tales

comúnmente muy trágicos los fines, y los dejos muy amargos; quédase para la postre toda la infelicidad, como en vaso de purga la amargura.

Gran regla de comenzar y de acabar dió el romano cuando dijo que todas las dignidades y los cargos los había conseguido antes de desearlos, y todos los había dejado antes que otros los deseasen. Más es esto que lo primero, aunque todo mucho; aquello fué favor de la suerte, estotro fué asunto de una singular prudencia. Es tal vez castigo de la intemperancia la desdicha, y gran gloria la del anticiparse. Consuelo es de sabios haber dejado las cosas antes que ellas los dejasen, y consejo el prevenirlas.

Puédese regular también la dicha, acompañándola con el buen modo hasta el buen dejo, y conservándola en la gracia de las gentes con tal arte, que la común aclamación del entrar se convierta en universal sentimiento del salir.

Nunca se ha de acabar con rompimiento, ya sea amistad, ya sea favor, empleo ó cargo; que toda quiebra ofende la reputación, demás de la pena que causa.

Pocos de los afortunados se escaparon los finales reveses de la fortuna, que suele tener malos dejos la gran dicha. Sí aquellos que con tiempo los retiró, ó la misma suerte ó la cordura. A otros, á los héroes, previno el mismo cielo de remedio, realzando misterioso su fin, como en Moysén desaparecido y en Elías arrebatado,

haciendo triunfo del fenecer. Aun allá en la fabulosa gentilidad un Rómulo dudosamente acabó, transformándose la malicia de los senadores en misterio, qué le ocasionó mayor veneración.

Otros, aunque eminentes y aun héroes, borraron, como el dragón, con la infelicidad de sus fines, la gloria de sus hazañas. Hiló Hércules, hecho Parca de su propia inmortalidad, y puso, no colofón, sino colón á sus proezas, que así se usa. Materia fué de sentimiento á los valerosos y de desengaño á los sabios.

Sola la virtud es el fénix, que cuando parece que acaba, entonces renace, y eterniza en veneración lo que comenzó por aplauso.

HOMBRE DE OSTENTACIÓN

APÓLOGO

Prodigiosos son los ojos de la envidia, mucho tienen del sentir, no querrían ver tanto como ven; con ser los más perspicaces, nunca se vieron serenos; y si bien de ellos no pudo decir que tuvieron siempre buena vista, nunca más propiamente que cuando por los ojos de todas las aves miraron aquel portento alabado de la belleza, el pavón de Juno. Mirábanle sol de pluma amanecer con rayos, cuantos descoge plumajes en su bizarra rueda.

Del mirar se pasa al admirar, donde no hay pasión, que si la hay, luego degenera; y cuando no puede llegar á emulación, se convierte en la poquedad de la envidia. Cegáronse, pues, con tanto ver. Comenzó la corneja á malear, como más vil, después que quedó pelada con afrenta: íbase de unas á otras, solicitándolas á todas; ya las águilas en sus riscos, los cisnes en sus estanques, los gavilanes en sus alcandoras, los gallos en sus muladares, sin olvidarse de los buhos y lechuzas en sus lóbregos desvanes.

Comenzaba con una bien solapada alabanza, y acababa en una declarada murmuración. Hermoso es y galán, decía el pavón, no puede negarse; pero todo lo pierde cuando lo afecta, que el mayor merecimiento, el día que se conoce á sí mismo, no digo aun darse á conocer, cae de su nobleza y baja á liviandad; la alabanza en boca propia es el más cierto vituperio; siempre los que merecen más hablan de sí menos. Hermosa era fábula, donairosa y entendida, y sobre todo, muchacha, y todo lo dejó de ser; cantó el cisne de Bilbilis cuando trató de engreirse. Para mí tengo que si el águila ostentase sus reales plumas, que se llevaría los aplausos por lo majestuoso y por lo grave. He que el mismo fénix, único pasmo del orbe, aborrece esta vulgarísima ostentación, y vive más estimado en aquel su tan cuerdo como acreditado retiro.

De esta suerte no paraba de sembrar envidia.

y más en pequeños corazones, que de todo se llenan fácilmente. Es la envidia pegajosa, siempre halla de qué asir, hasta de lo imaginado. Fiera cruelísima, que con el bien ajeno hace tanto mal á su dueño propio. Comenzó á cebarse en las entrañas, ó para mayor tormento ó para desterrar de ellas toda humanidad. Conjuráronse todas para obscurecerle, ya que no destruirle su belleza. Produjeron astucia, sutilizaron su malicia en no declararse contra su hermosura, sino contra su ufanía. Porque si esto conseguimos, dijo la picaza, que él no pueda hacer aquel odiosísimo alarde de sus plumas, le eclipsamos de todo punto su belleza.

Lo que no se ve, es como si no fuese; y como dijo aquel avechucho satírico, nada es tu saber, si los demás ignoran que tú sabes; y dense por entendidas todas las demás prendas, aunque habló de la reina de todas. Las cosas comúnmente no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Son muchos más los necios que los entendidos, páganse aquéllos de la apariencia, y aunque atienden éstos á la substancia, prevalece el engaño y estímanse las cosas por de fuera.

Fueron á hacerle el cargo de parte de toda la república ligera, el cuervo, la corneja y la picaza, con otras de este porte; que las demás todas se excusaron, el águila por lo grave, el fénix por lo retirado, la paloma por lo sencillo, el faisán por lo peligroso y el cisne por lo callado, que

piensa siempre, para cantar dulcemente una vez.

Volaron en su busca al majestuoso palacio de la riqueza. Encontraron luego con un papagayo, que estaba en un balcón y en una jaula, propia esfera de la locuacidad. Dijoles con facilidad grande cuanto supo, que fué cuanto quisieron. Enviáronle un recado con un gimio, holgóse mucho el pavón de su llegada, que logra las ocasiones de ostentarse. Recibiólos en un espacioso patio, teatro augusto de su ostentosa bizarría y paseado palenque de su competencia, galante con el mismo sol plumas á rayos y rueda á rueda.

Pero salióle mal la ostentativa, cuanto más airosa; que aun lo muy excelente depende de circunstancias y no siempre tiene vez. Achaques de arpía son los de la envidia, que todo lo inficiona, y á fuer de basilisco, su mirar es matar; y aunque no suele hechizar la hermosura, aquí las irritó más, y trocando los aplausos en agravios, vulgarmente enfurecidas, le dijeron: «¡Qué bien que viene esto, oh, loco y desvanecido pájaro! con la embajada que te traemos de parte de todo el alígero senado. En verdad que cuando la oigas, que amaines la plumajería y que reformes la soberbia.

»Sabe que están muy ofendidas todas las aves de esta tu insufrible hinchazón, que así llaman á esa gran balumba de plumas, y con mucho fundamento; porque es una odiosísima singula-

ridad querer tú solo, entre todas las aves, despiegar esa vanísima rueda; cosa que ninguna otra presume, pudiendo tantas también mejor que tú; pues ni la garza tremola sus airones, ni el avestruz placea sus plumajes, ni el mismo fénix vulgariza sus zafiros y esmeraldas, que no las llamo ya plumas. Mándante, pues, é inapelablemente ordenan, que de hoy más no te singularices: y esto es mirar por tu mismo decoro, pues si tuvieras más cabeza y menos rueda, repararás en que cuando más quieres placear la hermosura de tus plumas, entonces descubres la mayor de tus fealdades, que tales son tus extremos.

»Siempre fué vulgar la ostentación, nace del desvanecimiento. Solicita la aversión, y con los cuerdos está muy desacreditada. El grave retiro, el prudente encogimiento, el discreto recato, viven a lo seguro, contentándose con satisfacerse á sí mismos; no se pagan de engaño las apariencias, ni las venden. Bástase á sí misma la realidad, no necesita de extrínsecos engañados aplausos; y, en una palabra, tú eres el símbolo de las riquezas, no es cordura, sino peligro el publicarla.»

Quedó suspenso el bellísimo pájaro de Juno, y cuando recordó de la turbación ó de la profundidad, exclamó así: «¡Oh alabanza, que siempre vienes de los extraños! ¡Oh, desprecio, que siempre llegas de los propios! ¿Es posible que

cuando me llevo los ojos de todos tras mi belleza, que eso denotan estos materiales de mis plumas, que así ande yo en lenguas de picazas y cornejas? Que condenáis en mí la ostentación, y no la hermosura; el cielo, que me concedió ésta, me aventajó con aquélla; que cualquiera á solas fuera en balde de que sirviera la realidad sin la apariencia. La mayor sabiduria, hoy encargan políticos que consiste en hacer parecer. Saber y saberlo mostrar es saber dos veces. De la ostentación diría yo lo que otros de la ventura, que vale más una onza de ella, que arrobas de caudal sin ella. ¿Qué aprovecha ser una cosa relevante en sí, si no lo parece?

»Si el sol no amaneciera haciendo lucidísimo alarde de sus rayos; si la rosa entre las flores se estuviera siempre encarcelada en su capullo, y no desplegara aquella fragante rueda de rosicleres; si el diamante, ayudado del arte, no cambiara sus fondos, visos y reflejos, ¿de qué sirvieran tanta luz, tanto valor y belleza, si la ostentación no los realzara? Yo soy el sol alado, yo soy la rosa de pluma, yo soy el joyel de la naturaleza; y pues me dió el cielo la perfección, he de tener también la ostentación.

»El mismo Hacedor de todo lo criado, lo primero á que atendió fué al alarde de todas las cosas, pues crió luego la luz, y con ella el lucimiento; y si bien se nota, ella fué la que mereció el primer aplauso, y ese divino; que, pues, la

luz ostenta todo lo demás, el mismo Criador quiso ostentarla á ella. De esta suerte, tan presto era el lucir en las cosas, como el ser; tan válida está con el primero y sumo gusto la ostención.»

Y diciendo y haciendo, volvió á desplegar aquella su gran rodela de cambiantes, tan defensiva de su gala, cuan ofensiva á la envidia. Aquí ésta acabó de perder la cordura, y en conjuración de malevolencia arremetieron todas, el cuervo á los ojos y las demás á las plumas. Vióse en grande aprieto el pájaro bellísimo, y en sumo riesgo su bizarría; y aun dicen que del susto le quedó aquella voz, que juntamente le denominaba, y significa pavoroso. No tuvo otra defensa que la ordinaria de la hermosura, de hablar alto; dió voces y muy agrias, invocando el favor del cielo y suelo. Voceaban también los contrarios por ahogarle hasta la voz, á cuyo grande estruendo acudieron por los aires muchas aves y por la tierra muchos brutos, aquéllas volando, éstos corriendo. Convocáronse las sabandijas todas de palacio, un león, un tigre, un oso y dos gimios á la famular defensa; y á los graznidos de los cuervos y los grajos, vinieron del campo el lobo y la vulpeja, creyendo eran clamores para dar sepultura á algún cadáver. Avisaron al águila también, que llegó muy asistida de sus guardas de rapiña. Interpuso el león su autoridad, que bastó á moderarlas, y

mostró gusto de enterarse de la contienda, encargando á entrambas partes, á la una la modestia y á la otra el silencio. A pocas razones conoció la sinrazón de la envidia y lo falso de su celo, y propuso por conveniencia se remitiese la causa á juicio de un tercero, y ese fuese la vulpeja por sabia, y también por desapasionada. Convocáronse las partes y sujetáronse al astuto arbitrio.

Aquí la vulpeja se valió de todo su artificio para cumplir con todos juntamente, lisonjear al león y no descontentar al águila, hacer justicia y no perder amistades; y así, muy á lo sagaz dijo de esta suerte..

«Política contienda es que importe más la realidad ó la apariencia. Cosas hay muy grandes en sí, y que no lo parecen; y al contrario, otras que son poco y parecen mucho; ¡ordinaria monstruosidad! Tanto puede la ostentación ó la falta de ella; mucho suple, mucho llena; y si en las cosas materiales califica, como es en el adorno, en el menaje y séquito, ¿qué será en las verdaderas prendas del ánimo, que son gala del entendimiento y belleza de la voluntad? Especialmente cuando le llega su vez á una prenda y la sazón lo pide, allí cae bien el ostentar. Lógrese la ocasión, que aquél es el día de su triunfo.

»Hay sujetos bizarros en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar hombres de ostentativa, que cuando se junta con la eminencia,

forman un prodigio; al contrario hombres vimos eminentes, que por faltarles este realce, no parecieron la mitad. Poco ha que aterraba todo el mundo un gran personaje en las campañas, y metido en una consulta de guerra, temblaba de todos, y el que era para hacer no lo era para decir. Hállanse también naciones ostentosas por naturaleza, y la española con superioridad; de suerte que la ostentación da el verdadero lucimiento á las heroicas prendas y como un segundo ser á todo.

»Mas esto se entiende cuando la realidad la afianza, que sin méritos no es más que un engaño vulgar; no sirve sino de placear defectos, consiguiendo un aborrecible desprecio, en vez del aplauso. Danse gran prisa algunos por salir y mostrarse en el universal teatro, y lo que hacen es placear su ignorancia, que la desmentía el retiro; no es ésta ostentación de prendas, sino un necio pregón de sus defetos; pretenden, en vez del timbre de su esplendor, una nota que infame sus desaciertos.

»Ningún realce pide ser menos afectado que la ostentación, y perece siempre de este achaque, porque está muy al canto de la variedad, y ésta del desprecio. Ha de ser muy templada y muy de la ocasión; que es aún más necesaria la templanza del ánimo que la del cuerpo; va en ésta la vida material, y la moral en aquélla; que aun á los yerros los dora la templanza.

»A veces consiste más la ostentación en una elocuencia muda, en un mostrar las eminencias al descuido; y tal vez un prudente disimulo es plausible alarde del valor, que aquel esconder los méritos es un verdadero pregonarlos, porque aquella misma privación pica más en lo vivo á la curiosidad.

»Válese, pues, de este arte con felicidad y se realza más con el artificio; gran treta suya no descubrirse toda de una vez, sino ir por brújula, pintando su perfección y siempre adelantándola, que un realce sea llamado de otro mayor, y el aplauso de una prenda nueva espectación de la otra, y lo mismo en las hazañas, manteniendo siempre el aplauso y cebando la admiración.

»Mas viniendo ya á nuestro punto, digo, y lo siento así, que sería una imposible violencia concederle al pavón la hermosura y negarle el alarde. Ni la naturaleza sabia vendrá en ello, que sería condenar su providencia, y contra su fuerza no hay preceptos donde no tercie la política razón, y aun entonces, lo que la horca destierra con su miedo, la naturaleza lo revoca de potencia.

»Más práctico será el remedio, tan fácil como eficaz, y sea éste: que se le mande seriamente al pavón, y criminalmente se le ordene, que todas las veces que despliegue al viento la variedad de su bizarría, haya de recoger la vista á la fealdad de sus pies, de modo que el levantar

plumajes y el bajar los ojos todo sea uno; que yo aseguro que esto sólo baste á reformar su ostentación.» Aplaudieron todas el arbitrio, obedeció él y deshízose la junta, despachando una de las aves á suplicar al donosamente sabio Esopo se dignase de añadir á los antiguos este moderno y ejemplar suceso.

NO RENDIRSE AL HUMOR

INVECTIVA

Rey es de los montes el celebrado Olimpo, no porque se descuella sobre los más erguidos, obligación de la superioridad; no porque se ostenta á todas partes, objeto de imitación la grandeza; no porque es el primero que esplendoriza los solares rayos, centro de lucimiento la majestad; no porque se corona de estrellas, ápice de la felicidad la primacía; no porque llega á dar ó á tomar nombre al mismo cielo, asunto de la fama el mando. Sí, empero, porque nunca se sujeta á vulgares peregrinas impresiones; que es el mayor señorío el de sí mismo. Cuando mucho, llegan á besarle el pie los vientos, á ser su alfombra las nubes, y no pasan de ahí; con esto nunca se inmuta, que es una inapasionable eminencia.

Una gran capacidad no se rinde á la vulgar

alternación de los humores, ni aun de los afectos; siempre se mantiene superior á tan material destemplanza. Es efecto grande de la prudencia de reflexión sobre sí, un reconocer su actual disposición, que es un proceder como señor de su ánimo; indignamente tiraniza á muchos el humor que reina, ordinaria vulgaridad, y llevados de él dicen y hacen desaciertos. Apoyan hoy lo que ayer contradecían, arriman á veces la razón y aun la atropellan, quedando perenales en juicio, que es la más calificada necedad.

A estos tales no hay que tomarles en razón la que no tienen, porque de hoy á mañana contradictoriamente se empeñan; y siendo contrarios primero de sí mismos, contradicen después á cuantos hay; mejor es, conociendo su desabrimiento, dejarlos en su confusión, que cuanto más empeñan, más se desempeñan.

Todo lo contradicen con Saturno, y todo lo otorgan con Júpiter, sin salir de su casa de la luna. No sólo gasta la voluntad esta civilidad, sino que se atreve al juicio; todo lo altera el querer y el entender, así como toda pasión, si no se previene.

Importará mucho conocer esta destemplanza de humor para vencerla, y aun entonces convendrá declinar al otro extremo, si ha de dejar alguna vez la acertada medianía para ajustar el fiel de la prudencia.

Gran superioridad de caudal arguye prevenir

su humor y corregirlo, que es indisposición de ánimo, y hase de portar el sabio en ella, como en las del cuerpo, que no condenan por amargo el almíbar, por más que el gusto enfermo lo acuse corrígelo el juicio; así pues, se ha de proceder en las alteraciones superiores.

Hay algunos tan extremados impertinentes que siempre están de algún humor, siempre cojean de pasión, intolerables á los que los tratan, padrastros de la conversación y enemigos de la afabilidad, que malogran todo rato de buen gusto. Son de ordinario grandes contradecidores de todo lo bueno y padrinos de toda la necedad; á cada razón tienen su contra, oponiéndose luego á lo que el otro dice, no más de porque se adelantó; si no les hubiera ganado de mano, triunfaran ellos con lo mismo, y si el otro discreto cede, y aun se hace de su banda, por no atajar el decoro, al punto ellos se pasan á la contraria, con que se halla atajada la mayor discreción; sin duda que son más irremediables que los verdaderos locos, porque con éstos vale e hacerse de su tema, pero que con aquéllos es peor; ni valen razones, porque como no la tienen no la admiten.

Quien no tiene usado el genio de esta gente, que hay naciones enteras tocadas de este achaque, admírase á los principios de tan exótica monstruosidad; pero en sondando el extravagante porte, hace graciosísimo deporte, que el cuer-

do de todo sale airoso por el atajo de la galantería.

Mas cuando dos de una misma mal humorada impertinencia topan y se empeñan, estése á la mira el varón cuerdo, no tercie, que yo le afianzo el mejor rato con tal que asegure su partido y mire desde la talanquera de su cordura los toros de la necedad ajena.

Que alguna rara vez y con sobra de ocasión se destemple y aun se desazone uno, no será vulgaridad, que el nunca enojarse es querer ser bestia siempre. Pero la perenal destemplanza y con todo género de personas es una intolerable grosería. El sinsabor que ocasionó el esclavo no ha de ser desabrimiento de la ingenuidad; mas quien no tiene capacidad para conocerse, menos tendrá valor para enmendarse.

De aquí nace que estos tales, muy pagados de su paradoxia, solicitan la ocasión y andan á caza de empeños, van á la conversación como á contienda, levantan las porfías, y hechos arpías insufribles del buen gusto, todo lo arañan con sus acciones y todo lo desazonan con sus palabras. ¿Pues qué, si les coge este picante humor algo leídos, aunque sepan las cosas á lo necio, que es mal sabidas? Se pasan luego de bachilleres de presunción á licenciados de malicia, monstruos de la impertinencia.

TENER BUENOS REPENTES

PROBLEMA

Érase el rayo el arma más cierta del fabuloso Júpiter, en cuya instantánea potencia libraba sus mayores vencimientos. Con rayos triunfó de los rebelados gigantes; que la presteza es madre de la dicha. Ministrábalos el águila porque realces de prontitud salieron siempre de remontes de ingenio.

Hombres hay de excelentes pensados y otros de extremados repentes; éstos admiran, aquéllos satisfacen.

«Harto presto si harto bien», dijo el sabio; nunca examinamos en las obras la presteza ó la tardanza, sino la perfección; por aquí se rige la estimación, son aquéllos accidentes que se ignoran ó se olvidan, y el acierto permanece. Antes bien, lo que luego se hizo luego se deshará, y se acaba presto, porque presto se acabó. Cuanto más tiernos sus hijos, se los traga Saturno con más facilidad, y lo que ha de durar una eternidad ha de tardar otra en hacerse.

Pero si á todo acierto se le debe estimación, á los repentinos aplauso; doblan la eminencia por lo pronto y por lo feliz piensan mucho algunos para errarlo todo después, y otros lo aciertan todo, sin pensarlo antes. Suple la vivacidad del

ingenio la profundidad del juicio. y previene el ofrecimiento á la consultación. No hay acasos para éstos, que la lealtad de su prontitud substituye á la providencia.

Son los prestos lisonjas del buen gusto y los repentes hechizo de la admiración, y por esto tan plausibles; salen más las medianas impensadas que los superlativos prevenidos. No decía mucho, aunque bien, el que deía: «El tiempo y yo, á otros dos; el sin tiempo y yo, á cualquiera.» Esto sí que es decir, y más hacer. Quien dice tiempo todo lo dice: el consejo, la providencia, la sazón, la madurez, la espera, fianzas todas del acierto; pero el repente sólo se encomienda á su prontitud y á su ventura.

Después que la providencia previene, la prudencia dispone y la sazón asiste, suele abortar la ejecución; pues que una prontitud á solas saque á luz sus aciertos, apláudasele su dicha y su valor; campee el acertar de una presteza á vista del errar de un reconsejo.

Atribuyen algunos estos aciertos á sola la ventura, y debieran también á una perspicacia prodigiosa; á quien no reconoce deuda este realce de héroes es al arte; todo lo agradece á la naturaleza y á la dicha. No cabe artificio donde apenas la advertencia socorre la facilidad del concebir, donde no hay lugar para discurrir, y la facilidad del ofrecerse donde no hubo tiempo para pensarse, ayúdase del señorío contra el ahogo y

del despejo contra la turbación y con esto, muy señora la prontitud de la dificultad y de sí misma, no llega, ve y vence, sino que vence, y después ve y llega.

Hace examen de su vivacidad en los más apretados lances y obra deposición su inteligencia. Suele un aprieto aumentar el valor, así una dificultad la perspicacia. Cuanto más apretados hay algunos que discurren más, y con el acicate de la mayor urgencia vuelan; á mayor riesgo mayor desempeño, que hay también superior antiparistasi, que aumenta la intensión á la inteligencia, y sutilizando el ingenio engorda substancialmente la prudencia.

Bien es verdad que se hallan monstruos de cabeza, que de repente todo lo aciertan y todo lo yerran de pensado. Hay algunos que lo que no se les ofrece luego no se les ofrece más; no hay que esperar al consejo ni apelar á después. Pero ofrecérseles mucho, que recompensó la naturaleza próvida con la eminente prontitud la falta del pensar, y en fe de su acudir, no temen contingencias.

Son muy útiles sobre admirados estos repentes. Bastó uno á acreditar á Salomón del mayor sabio y le hizo más temido que toda su felicidad y potencia. Por otros dos merecieron ser primogénitos de la fama Alejandro y César. Célebre fué el de aquél al cortar el nudo Gordiano, y plausible el de éste al caer; á entrambos les va-

lieron dos partes del mundo dos repentes y fueron el examen de si eran capaces del mando del mundo.

Y si la prontitud en dichos fué siempre plausible, la misma en hechos merece aclamación; la presteza feliz en el efecto arguye eminente actividad en la causa; en los conceptos, sutileza; en los aciertos, cordura; tanto más estimable cuanto va de lo agudo á lo prudente, del ingenio al juicio.

Prenda es ésta de héroes que los supone y los acredita, arguye grandes fondos y no menores altos de capacidad. Muchas veces la reconocimos con admiración y la ponderamos con aplauso en aquel tan grande héroe, como patrón nuestro, el excelentísimo duque de Nochera, D. Francisco María Carrafa, á cuya prodigiosa contextura de prendas y de hazañas, bien pudo cortarla el hilo la suerte, pero no mancharla con el fatal licor de aquellos tiempos. Era máximo el señorío que ostentaba en los casos más desesperados la imperturbabilidad con que discurría, el despejo con que ejecutaba, el desahogo con que procedía, la prontitud con que acertaba; donde otros encogían los hombros él desplegaba las manos. No había impensados para su atención, ni confusiones en su vivacidad, emulándose lo ingenioso y lo cuerdo, y aunque le faltó al fin la dicha no la fama.

En generales y campeones ésta es la ventaja

mayor, tan urgente cuan sublime, porque casi todas sus acciones son repentes y sus ejecuciones prestezas; no se pueden llevar allí estudiadas á las contingencias ni prevenidos los acasos; hase de obrar á la ocasión, en que consiste el triunfo de una acertada prontitud, y sus victorias en ella.

En los reyes dicen mejor los pensados, porque todas sus acciones son eternas; piensan por muchos, válense de prudencias auxiliares y todo es menester para el universal acierto. Tienen tiempo y lecho donde se maduren las resoluciones, pensando las noches enteras para acertar los días, y al fin ejercitan más la cabeza que las manos.

CONTRA LA FIGURERÍA

SATIRICÓN

Reparo fué en los advertidos, si risa en los necios, el discurrir. Diógenes con la antorcha encendida al mediodía, rompiendo por el innumerable concurso de una calle, pasó á admiración cuando, preguntándole la causa, respondió. «Voy buscando hombres con deseo de encontrar alguno, y no le hallo.» «¿Pues y éstos—le replicaron ellos—, no son hombres?» «No—respondió el filósofo—; figuras de hombres, sí; verdaderos hombres, no.»

Así como hay prendas plausibles, así también hay defectos muy salidos, y si aquéllas consiguen la gracia de los exquisitos, éstos el desprecio universal. Es éste de los más notables, y famoso con propiedad, ya por sí, ya por los sujetos en quien se halla; él es tan vario, que es análogo, y ellos tantos, que no se pueden especificar.

Son muchos los terreros de la risa y aquéllos, afectadamente, lo quieren ser, que por diferenciarse de los demás hombres siguen una extravagante singularidad y lo observan en todo. Señor hay que pagaría el poder hablar por el colodrillo por no hablar con la boca como los demás; y ya que no es posible eso, transforman la voz, afectan el tonillo, inventan idiomas y usan graciosísimos bordones para ser de todas maneras peregrinos. Sobre todo martirizan su gusto, sacándolo de sus quicios; él es común con los demás hombres, y aun con los brutos, y quiérenlo ellos desmentir con violencias de singularidad, que son más castigo de su afectación que elevaciones de su grandeza. Beberán á veces lejía y la celebrarán por néctar; dejan al generoso rey de los licores por antojadizas aguas que repiten á jarabes, y ellos las bautizan por ambrosía, y tienen de frialdad lo que les falta de generosidad. De esta suerte inventan cosas cada día para llevar adelante su singularidad, y realmente lo consiguen, porque el común de los hombres no halla

en estas cosas el verdadero gusto y la real bondad que ellos exageran; no las apetece, y quédanse ellos con su extravagancia; llámanla otros impertinencia.

De este modo, ó tan sin él, se portan en todo lo demás. Si bien la necesidad y aun el gusto tal vez desmiente su capricho, por más que procuren engañarlo. Sábeles bien uno y alaban otro, como le sucedió á un gran valedor de esta secta de excepciones que, bebiendo un caduco vino, no pudiendo contenerse, exclamó y dijo: «¡Oh, preciosísimo néctar, que vences á los bálsamos y alquermes! Lástima es que seas tan vulgar; ídolo fueras de príncipes, si ellos solos te bebieran.»

Lo célebre es que en los vulgares vicios no se corren de asemejar, no digo ya á los más viles de los hombres, pero á los mismos brutos, y á las cosas humanas quieren dictar divinidades.

En las acciones heroicas dicen bien la singularidad, ni hay cosa que concilien más que veneración en las hazañas. En la alteza del espíritu y en los altos pensamientos consiste la grandeza. No hay hidalguía como la del corazón, que nunca se abate á la sutileza. Es la virtud carácter de heroicidad, en que dice muy bien la diferencia. Han de vivir con tal lucimiento de prendas los príncipes, con tal esplendor de virtudes, que si las estrellas del cielo, dejando sus celestes esferas, bajaran á morar entre nosotros, no vivieran de otra suerte que ellos.

¿Qué aprovecha la fragancia de los ámbares, si la desmiente la hediondez de las costumbres? Bien pueden embalsamar el cuerpo, pero no inmortalizar el alma. No hay olor como el del buen nombre, ni fragancia como la de la fama, que se percibe de muy lejos, que conforta los atentos y va dejando rastro de aplauso por el teatro del mundo, que durará siglos enteros.

Pero así como á los unos los hace aborrecibles, y aun intratables, esta enfadosa afectación, que todos los cuerdos la silban, así á otros los hace singulares el no querer serlo y menos padecerlo. Este vivir á lo práctico, un acomodarse á lo corriente, un casar lo grave con lo humano, hizo tan plausible al excelentísimo conde de Aguilar y marqués de la Hinojosa, segundo Mecenas nuestro; hacíase á todos, y así era á modo de todos; que hasta los enemigos le aplaudieron vivo y le lloraron muerto. Oí decir de él á muchos y muy cuerdos: «Éste sí que sabe ser señor sin figurerías»; elogio digno de un tan gran héroe.

Otro género hay de éstos, que no son hombres, y son aún más figuras; pues si los primeros son enfadosos, éstos son ya ridículos; aquellos, digo, que ponen el diferenciarse en el traje y singularizarse en el porte: aborrecen todo lo práctico, y muestran una como antipatía con el uso; afectan ir á lo antiguo, renovando vejedades. Otros hay que en España visten á lo francés

y en Francia á lo español, y no falta quien en la campaña sale con golilla y en la corte con valona, haciendo de esta suerte celebrados matachines, como si necesitase de sainetes la fisga.

Nunca se ha de dar materia de risa ni á un niño, cuanto menos á los varones cuerdos y juiciosos; y hay muchos que parece que ponen todo su cuidado en dar qué reir, y que estudian cómo dar entretenimiento á sus hablillas. El día que no salen con alguna ridícula singularidad, lo tienen por vacío; pero ¿de qué pasaría la fisga de los unos, sin la figurería de los otros? Son unos vicios materia de otros; de esta suerte la necedad es pasto de la murmuración.

Pero si la singularidad frívola en la corteza del traje es una irrisión, ¿qué será la del interior, digo, del ánimo? Hay algunos que parece que les calzó la naturaleza el gusto y el ingenio al revés, y lo afectan por no seguir el corriente. Exóticos en el discurrir, paradoxos en el gustar y anómalos en todo; que la mayor figurería es sin duda la del entendimiento.

Ponen otros su capricho en una vanísima hinchazón, nacida de una loca fantasía y forrada de necedad; con esto afectan una enfadosa gravedad en todo y con todos, que parece que honran con mirar y que hablan de merced. Hay naciones enteras tocadas de este humor: que si para uno de éstos no tiene espera la risa, ¿qué será en tan ridícula pluralidad?

Sea el decir con juicio, el obrar con decoro. las costumbres graves, las acciones heroicas; que esto hace á un varón venerable, que no fantásticas presunciones. Ni da de censura este crítico discurso la verdadera gravedad, que atiende siempre á su decoro; aquel nunca rozarse en conservar la flor del respeto, y como en la funda de su fondo de la estimación. Condena, sí. el exceso de una vana singularidad, que toda viene á parar en inútiles afectaciones.

Pero ¿qué remedio habría tan eficaz, que curase á todos éstos de figuras, y los volviese al ser de hombres? Pues de verdad que lo hay, y es infalible. Dejo la cordura, que es el remedio común de todos males, y voy al singular de la singularidad. El remedio de todos éstos es poner la mira en otro semejante afectado, paradoxo, extravagante, figurero; mirarse y remirarse en este espejo de yerros, advirtiendo la risa que causa y el enfado que solicita, ponderando lo feo, lo ridículo, lo afectado de él, ó por mejor decir, propio en él; que esto sólo bastará para hacer aborrecer eficazmente todo género de figurería, y aun temblar del más leve asomo, del más mínimo amago de ella.

EL HOMBRE EN SU PUNTO

Diálogo entre el doctor don Manuel Salinas y Lizana, canónigo de la santa iglesia de Huesca, y el autor.

AUTOR

Notable singularidad la de los persas, no querer ver sus hijos hasta que tenian siete años. El mismo paternal amor, que es el mayor, sin duda no era bastante á desmentir, ó por lo menos disimular, las imperfecciones de la común niñez. No los tenian por hijos hasta que los veían discurrir.

CANÓNIGO

Pero si un padre no puede sufrir á un ignorante hijuelo, y espera siete años la hermosísima razón para admitirle á su comunicación ya capaz, ¿qué mucho que un varón entendido no pueda tolerar un necio extraño, y que lo extrañe á su culta familiaridad?

AUTOR

No conduce la natraleza, aunque tan próvida, sus obras á la perfección el primer día, ni tampoco la industriosa arte; vanlas cada día adelantando, hasta darles su complemento.

CANÓNIGO

Así es que, todos los principios de las cosas son pequeños, aun de las muy grandes, y vase poco á poco llegando al mucho mucho del perfecto ser. Las cosas que presto llegan á su perfección, valen poco y duran menos; una flor, presto es hecha y presto desecha; mas un diamante, que tardó en formarse, apela para eterno.

AUTOR

Sin duda que esto mismo sucede en los hombres, que no de repente se hallan hechos. Vanse cada día perfeccionando, al paso que en lo natural en lo moral, hasta llegar al deseado complemento de la sindéresis, á la sazón del gusto y á la perfección de una consumada utilidad.

CANÓNIGO

Es tan cierto eso, que á cada paso vemos, y lo censuramos en algunos, que realmente saben y discurren; pero se conoce que aún no están del todo hechos, que aún les falta un algo, y á veces lo mejor; y hay más y menos en esto, que va también por grados la discreta intensión. Unos están muy á los principios de lo entendido, pero se harán. Otros hay más adelantados en todo, y algunos que han ya llegado al com-

plemento de prendas; que es menester mucho para llegar á ser un varón totalmente consumado.

AUTOR

Al modo, diría yo, que el generoso licor que es bueno, y más si es bueno el vino; tiene cuando comienza una ingratísima dulzura, una insuave rigidez, como no está aún hecho; pero en comenzando á hervir, comienza á desecarse, pierde con el tiempo aquella crudeza primitiva, corrige aquella enfadosa dulzura y cobra una suavísima generosidad, que hasta con el color lisonjea y con su fragancia solicita, y ya en su punto es pasto de hombres y aun celebrado néctar. Conque entiendo por qué de Júpiter fingieron que introdujo el abortivo hijuelo Baco, no en la boca desapacible al gusto por lo imperfecto, sino en la rodilla, reservando para la discreta Palas el cerebro.

CANÓNIGO

A ese modo, en el vaso frágil del cuerpo se va perfeccionando de cada día el ánimo. No luego está en su punto. Tienen todos los hombres á los principios una enfadosa dulzura de la niñez, una suave rudeza de la mocedad; aquel resabio á los deleites, aquella inclinación á cosas poco graves, empleos juveniles, ocupaciones frívolas, y aunque tal vez en algunos, y bien raros, se

anticipe la madurez, conócese que es antes de tiempo en lo desazonado: quiere desmentir en otros la seriedad, ó natural ó afectada, estas imperfecciones de la edad, mas luego se descuida y desliza en juveniles desaires, dando á entender que aún no estaba en el punto de la entereza.

AUTOR

Gran médico es el tiempo por lo viejo y por lo experimentado.

CANÓNIGO

El sólo puede curar á uno de mozo, que verdaderamente es achaque. En la mayor edad son ya mayores y más levantados los pensamientos, reálzase el gusto, purifícase el ingenio, sazónase el juicio, deséase la voluntad; y al fin hombre hecho, varón en su punto, es agradable y aun apetecible al comercio de los entendidos. Conforta con sus consejos, calienta con su eficacia, deleita con su discurso, y todo él huele á una muy viril generosidad.

AUTOR

Pero antes de sazonarse, qué aspereza nos brindan en todo, qué insuavidad en el entendimiento, qué acedia en el trato, qué desazón en el porte!

CANÓNIGO

¡Pero qué tormento es para un hombre ya maduro y cuerdo, haberse de ajustar, ó por necesidad ó por conveniencia, á uno de estos desazonados y no hechos! Bien puede competir y aun exceder á aquel de Falaris, cuando ataba un vivo con un muerto mano á mano y boca á boca, por ser éste de las almas, donde se apura el entendimiento.

AUTOR

Revuelve después ya cuerdo sobre sus pasadas imperfecciones, reconoce ya con seso los borrones de su ignorancia ó imprudencia, acusa su mal gusto y ríese de sí mismo liviano, ahora grave, condenando con juiciosa refleja los apasionados desaciertos, en los elementos de su imperfección.

CANÓNIGO

El mal es que algunos nunca llegan á estar del todo hechos, ni llegarán jamás á ser cabales.

AUTOR

Es que les falta alguna pieza, ya en el gusto, que es harto mal, ya en el juicio, que es peor.

CANÓNIGO

Y muchas veces advertimos que les falta algo, y no acertamos á definir lo que es.

AUTOR

También tengo observado que anda muy desigual el tiempo en hacer los sujetos.

CANÓNIGO

Es que para unos vuela y para otros cojea; ya se vale de sus alas, ya saca sus muletas. Hay algunos que muy presto consiguen la perfección en cualquier materia, hay otros que tardan en hacerse, y á veces con daño universal, por serlo la obligación. Que no sólo en la perfección común de la prudencia se van haciendo los hombres, sino en las singulares de cada estado y empleo.

AUTOR

¿De modo que se hace un rey?

CANÓNIGO

Sí, que no se nace hecho; gran asunto de la prudencia y de la experiencia, que son menester mil perfecciones para que llegue á tan grande complemento. Hácese un general á costa de su sangre y de la ajena, un orador después de mu-

cho estudio y ejercicio; hasta un médico, que para levantar á uno de una cama echó ciento en la sepultura. Todos se van haciendo, hasta llegar al punto de su perfección.

AUTOR

Y pregunto: ese punto á que llegaron, ¿será fijo?

CANÓNIGO

Esa es la infelicidad de nuestra inconstancia. No hay dicha, porque no hay estrella fija de la luna acá; no hay estado, sino continua mutabilidad en todo. O se crece ó se declina, desvariando siempre con tanto variar.

AUTOR

De modo que sigue lo moral á lo natural, descaece con la edad la memoria y aun el entendimiento.

CANÓNIGO

Y aun por eso conviene lograrlo en su sazón y saber gozar de las cosas en su punto, y mucho más de los varones entendidos.

AUTOR

Mucho es menester para llegar al colmo de perfecciones y de prendas.

CANÓNIGO

Macea primero Vulcano, y después contribuye el numen; sobre los favores de la naturaleza asienta bien la cultura, digo la estudiosidad, y el continuo trato con los sabios, ya muertos, en sus libros, ya vivos, en su conversación; la experiencia fiel, la observación juiciosa, el manejo de materias sublimes, la variedad de empleos; todas estas cosas vienen á sacar un hombre consumado, varón hecho y perfecto; y conócese en lo acertado de su juicio, en lo sazonado de su gusto; habla con atención, obra con detención; sabio en dichos, cuerdo en hechos, centro de toda perfección.

AUTOR

Ahora digo que no hay bastante aprecio para un hombre en su punto.

CANÓNIGO

Hay logro, ya que no aprecio, buscándole para amigo, granjeándole para consejero, obligándole para patrón y suplicándole para maestro.

DE LA CULTURA Y ALIÑO

FICCIÓN HEROICA

Fué tu padre el artificio. Quiron de la naturaleza, naciste de su cuidado, para ser perfección de todo; sin ti, las mayores acciones se malogran y los mejores trabajos se deslucen. Ingenios vimos prodigiosos, ya por lo inventado, ya por lo discurrido; pero tan desaliñados, que antes merecieron desprecio que aplauso.

El sermón más grave y docto, fué desazonado sin tu gracia; la alegación más autorizada, fué infeliz sin tu aseo; el libro más erudito, fué asqueado sin tu ornato; y al fin, la inventiva más rara, la elección más acertada, la erudición más profunda, la más dulce elocuencia, sin el realce de tu cultura, fueron acusadas de una indigna vulgar barbaridad y condenadas al olvido.

Al contrario, otras vemos que, si con rigor se examinan, no se les conoce eminencia, ni por lo ingenioso ni por lo profundo; y con todo eso son plausibles, en fe de lo aliñado. Lo mismo acontece á todas las demás prendas, por ser transcendental su perfección; venció la fealdad á la belleza muchas veces socorrida del aliño, y malogróse otras tantas por descuidada la hermosura; fíase de sí la perfección, y siempre los con-

fiados fueron los vencidos. Cuanto mayor la gala, si desaliñada, es más deslucida; porque la misma bizarria está pregonando el perdido aseo: contigo, al fin, lo poco parece mucho, y sin ti lo mucho pareció nada.

Tuviste por madre á la buena disposición, aquella que da su lugar á cada cosa, aquella que todo lo concierta. Consiste mucho el aseo en estar cada parte en su puesto. Que fuera de su centro, todo lo natural padece violencia y todo lo artificial desconcierto. Una misma casa para una estrella es de exaltación, y para otra de detrimento; que según es el lugar, es el brillar. La turbación causa confusión, y ésta enfado. Lo que no está compuesto, no es más que una rudísima indigesta balumba, asqueada de todo buen gusto; las cosas bien compuestas, á más de lo que alegran con el desembarazo, deleitan con su concierto.

Frustrada quedaria lastimosamente la buena elección de las cosas, si después las malograse un bárbaro desaseo; y es lástima que lo que merecieron por excelentes y selectas, lo pierdan por una barbarie inculta. Cansóse en balde la invención sublime de los conceptos, la sutileza en los discursos, la estudiosidad en la varia y selecta erudición, si después lo desazona todo un tosco desaliño.

Hasta una santidad ha de ser aliñada, que edifica al doble cuando se hermana con una reli-

giosa urbanidad. Supo juntar superiormente entrambas cosas aquel gran patriarca arzobispo de Valencia, don Juan de Rivera; ¡qué aliñadamente que fué santo!, y aun eternizó su piedad y su cultura en un suntuosamente sacro colegio, vinculando en sus doctos y ejemplares sacerdotes y ministros la puntualidad en ritos, la riqueza en ornamentos, la armonía en voces, la devoción en culto y el aliño en todo.

No gana la santidad por grosera, ni pierde tampoco por entendida; pues vemos hoy cortesana la santidad y santa la cortesía en otro patriarca, aunque no otro de aquel sino muy intimador, el ilustrísimo señor don Alonso Pérez de Guzmán, que no se oponen la virtud y la discreción; y con el mismo aplauso se celebran en aquel gran espejo de prelados, tan cultamente santo y erudito, el ilustrísimo señor don Juan de Palafox, obispo de la Puebla de los Ángeles, y pudiera en singular por su ilustrísima, pues se llamó primero en profecía. De esta suerte se ve y se admira hoy tan culta la santidad y tan aliñada la perfección.

No solamente ha de ser aseado el entendimiento, sino la voluntad también. Sean cultas las operaciones de estas dos superiores potencias, y si el saber ha de ser aliñado, ¿por qué el querer ha de ser á lo bárbaro y grosero?

Tus hermanos fueron el despejo, el buen gusto y el decoro, que todo lo hermosean y todo lo

sazonan, no sola la corteza exterior del traje, sino mucho más el atavío interior, que son las prendas, los verdaderos arreos de la persona.

Pero ¿qué inculto, qué desaliñado tenía la común barbaridad el mundo todo? Comenzó la culta Grecia á introducir el aliño, al paso que su imperio. Hicieron cultas sus ciudades, tanto en lo material de los edificios, como en lo formal de sus ciudadanos. Tenían por bárbaras á las demás naciones, y no se engañaban. Ellos inventaron los tres órdenes de la arquitectura para el adorno de sus templos y palacios, y las ciencias para sus célebres universidades. Supieron ser hombres, porque fueron cultos y aliñados.

Mas los romanos, con la grandeza de su ánimo y poder, al paso que dilataron su monarquía, extendieron su cultura, no sólo la emularon á los griegos, sino que la adelantaron, desterrando la barbaridad de casi todo el mundo, haciéndole culto y aseado de todas maneras. Quedan aún vestigios de aquella grandeza y cultura en algunos edificios, y por blasón el ordinario encarecimiento de lo bueno, ser obra de romanos. Rastréase el mismo artificioso aliño en algunas estatuas, que en fe de la rara destreza de sus artífices, eternizan la fama de aquellos héroes que representan. Hasta en las monedas y en los sellos se admira esta curiosidad, que en nada perdonaban al aliño y en nada dejaban parar la barbarie.

¡Oh, célebre museo y plausible teatro de toda esta antigua, griega y romana cultura! Así en estatuas como en piedras; ya en sellos anulares, ya en monedas, vasos, urnas, láminas y camafeos, el de nuestro mayor amigo, el culto y erudito don Vincencio Juan de Lastanosa, honor de los romanos por su memoria; gloria de los aragoneses por su ingenio; quien quisiere lograr toda la curiosidad junta, frecuente su original museo; y quien quisiere admirar la docta erudición y rara de la antigüedad, solicite el que ha estampado de las monedas españolas desconocidas, asunto verdaderamente grande, por lo raro y por lo primero.

Donde se extrema la romana cultura y el decoro, es en las inmortales obras de sus prodigiosos escritores. Allí lucen lo ingenioso de los que escriben y lo hazañoso de quienes escriben, compitiéndose la valentía de los ánimos de unos y la de los ingenios de los otros.

Conservan aún algunas provincias este heredado aliño, y la que más, la culta Italia, como centro de aquel imperio. Todas sus ciudades son aliñadas, así en lo político, como en el económico gobierno. En España reina la curiosidad más en las personas que en lo material de las ciudades, no porque sea mayor alabanza, que la barbaridad aun en lo poco lo es y desacredita. En Francia está tan válido el aliño, que llega á ser bizarría, digo en la nobleza. Estímanse las

artes, venéranse las letras; la galantería, la cortesía, la discreción, todo está en su punto. Précianse los más nobles de más noticiosos y de leídos, que no hay cosa que más cultiven los hombres que el saber. Entre muchos varones eminentes luce hoy el prodigioso Francisco Filhol, presbítero y hebdomadario en la santa y metropolitana iglesia de San Esteban de Tolosa, varón de igual ingenio que gusto, como lo prueban sus dos bibliotecas, la primera de sus obras y la segunda de las ajenas.

Hijos son tuyos el agrado y el provecho, que si en un jardín lo que más lisonjea, después del buen delecto de las plantas y las flores, es la acertada disposición de ellas, ¿cuánto más en el jardín del ánimo merecerán el gusto, la fragancia de los dichos y la galantería de los hechos, realzados de la cultura?

Hállanse hombres naturalmente aliñados, en quienes parece que el aseo no es cuidado, sino fuerza; no perdonan al menor desorden en sus cosas; es en ellos connatural la gala, así interior como exterior; tienen un corazón impaciente al desaliño. Hasta en los ejércitos afectaba Alejandro la cultura, que parecían más, dijo el Curcio, órdenes de compuestos senadores, que hileras de desbaratados soldados. Hay otros de un corazón tan dejado de sí mismo, que no cupo jamás en él cuidado ni artificio, cuanto menos impaciencia; y así, todo cuanto obran lleva este des-

medro de tosco y este deslucimiento de bárbaro.

Es circunstancia el aliño que arguye tal vez mucha substancia, porque nace de capacidad, y porque lo tuvo en componer un fuego, acción tan servil y tan vulgar; el Taicosama fué primero argumento y ocasión, después de llegar á ser emperador del Japón, de siervo particular á ser amo universal; prodigiosa fortuna, que los leños aliñados por su mano le pusieron ó le trocaron en un cetro en ella misma.

Esta es (¡oh, cultísimo realce del varón discreto!) tu esplendorizada prosapia; ¿qué mucho que seas tan válido entre personas, que si no las supones, tú las haces? De esta suerte las tres Gracias informaban al aliño, asegurando que todo lo dicho lo habían copiado del culto, bizarro, galante, cortesano, lucido, práctico, erudito, y sobre todo discreto, el excelentísimo señor don Duarte Fernández Alvarez de Toledo, conde de Oropesa.

HOMBRE JUICIOSO Y NOTANTE

APOLOGÍA

Muy á lo vulgar discurrió Momo, cuando deseó la ventanilla en el pecho humano; no fué censura, sino desalumbramiento, pues debiera advertir que los zahoríes de corazones, que real-

mente los hay, no necesitan ni aun de resquicios para penetrar al más reservado interior. Ociosa fuera la transparente vidriera para quien mira con cristales de larga vista, y un buen discurso propio es la llave maestra del corazón ajeno.

Es varón juicioso y notante (hállanse pocos, y por eso más singulares), luego se hace señor de cualquiera sujeto y objeto. Argos al atender y lince al entender. Sonda atento los fondos de la mayor profundidad, registra cauto los senos del más doblado disimulo, y mide juicioso los ensanches de toda capacidad. No le vale ya á la necedad el sagrado de su silencio, ni á la hipocresía la blancura del sepulcro. Todo lo descubre, nota, advierte, alcanza y comprende, definiendo cada cosa por su esencia.

Todo grande hombre fué juicioso, así como todo juicioso grande; que realces en la misma superioridad de entendido, son extremos del ánimo. Bueno es ser noticioso, pero no basta; es menester ser juicioso; un eminente crítico vale primero en sí, y después da su valor á cada cosa; califica los objetos y gradúa los sujetos; no lo admira todo ni lo desprecia todo; señala sí, su estimación á cada cosa.

Distingue luego entre realidades ó apariencias, que la buena capacidad se ha de señorear de los objetos, no los objetos de ella, así en el conocer como en el querer. Hay zahories de entendimiento, que miran por dentro las cosas, no pa-

ran en la superficie vulgar, no se satisfacen de la exterioridad, ni se pagan de todo aquello que reluce; sírveles su critiquez de inteligente contraste, para distinguir lo falso de lo verdadero.

Son grandes descifradores de intenciones y de fines, que llevan siempre consigo la juiciosa contracifra. Pocas victorias blasonó de ellos el engaño y la ignorancia menos.

Esta eminencia hizo á Tácito tan plausible en lo singular y venerado á Séneca en lo común. No hay prenda más opuesta á la vulgaridad; ella sola es bastante á acreditar de discreto. El vulgo, aunque fué siempre malicioso, pero no juicioso, y aunque todo lo dice, no todo lo alcanza; raras veces discierne entre lo aparente y lo verdadero; es muy común la ignorancia y el error muy plebeyo. Nunca muerde sino la corteza, y así todo se lo bebe y se lo traga, sin acaso de mentira.

¡Que es de ver uno de estos censores del valor y descubridores del caudal! ¡Cómo emprenden dar alcance á un sujeto! ¡Pues qué, si recíprocamente dos juiciosos se embisten á la par, con armas iguales de atención y de reparo, deseando cada uno dar alcance á la capacidad del otro! ¡Con qué destreza se acometen! ¡Qué precisión en los tientos! ¡Qué atención á la razón! ¡Qué examen de la palabra! Van brujuleando el ánimo, sondando los afectos, pesando la prudencia. No se satisfacen de uno ni de dos aciertos,

que pudo ser ventura, ni de dos buenos dichos, que pudo ser armonía.

De esta suerte van haciendo anatomía del ánimo, examen del caudal, registrando y ponderando tanto los discursos como los afectos, que de la excelencia de entrambos se integra una superior capacidad. No hay halcón que haga más puntas á la presa, ni Argos que más ojos multiplique, como ellos atenciones á la ajena atención; de modo, que hacen anatomía de un sujeto hasta las entrañas y luego le definen por propiedades y esencia.

Es gran gusto encontrar con uno de éstos y ganarle, que si no es en fe de la amistad, no franquean su sentir; recátanse, que los que son prontos al censurar son recatados al hablarlo; observan inviolablemente aquella otra gran treta de sentir con los pocos y de hablar con los muchos, pero cuando en seguro de la amistad y á espaldas de la confianza desahogan su concepto. ¡Oh, lo que enseñan! ¡Oh, lo que iluminan! Dan su categoría á cada uno, su vivo á cada acción, su estimación á cada dicho, su calificación á cada hecho, su verdad á cada intento. Admírase en ellos ya extravagante reparo, ya la profunda observación, la sutil nota, la juiciosa crisis, el valiente concebir, el prudente discurrir, lo mucho que se les ofrece y lo poco que se les pasa.

Tiembla de su crisis la más segura eminencia y depone la propia satisfacción, porque sabe el rigor

de su acertado juicio, que es el crisol de la fineza; pero la prenda que sale con aprobación de su contraste, puede pasar y lucir dondequiera. Queda muy calificada y más que con toda la vulgar estimación, la cual, aunque sea extensa, no es segura, tiene á veces más de ruido que de aplauso; y así, no pudiendo mantenerse en aquel primer crédito, dan gran baja los ídolos del vulgo, porque no se apoyaron en la basa de la substancial entereza. Vale más un sí de un valiente juicio de éstos que toda la aclamación de un vulgo, que no sin causa llamaba Platón á Aristóteles toda su escuela y Antígono á Cenón todo el retrato de su fama.

Requiere, ó supónese este valientísimo realce, otros muchos en su esfera, lo comprensivo, lo noticioso, lo acre, lo profundo, y si supone unos condena á otros, como son la ligereza en el querer, lo exótico en el concebir, lo caprichoso en el discurrir, que todo ha de ser acierto y entereza.

Pero nótese que el censurar está muy lejos del murmurar, porque aquél dice indiferencia y éste predeterminación á la malicia. Un integérrimo censor, así como celebra lo bueno, así condena lo malo, con toda equidad de diferencia. No encarga este aforismo que sea maleante el discreto, sino entendido; no que todo lo condene, que sería aborrecible destemplanza de juicio, ni tampoco que todo lo aplauda, que es pedantería. Hay al-

gunos que luego topan con lo malo en cualquier cosa, y aun lo entresacan de mucho bueno; conciben como víboras y revientan por parir, proporcionando castigo á la crueldad de sus ingenios; una cosa es ser Momo de mal gusto, pues se cura en lo podrido, otra es un integérrimo Catón, finísimo amante de la equidad.

Son éstos como oráculos juiciosos de la verdad, inapasionables jueces de los méritos, pero singulares, que no se rozan sino con otros discretos, porque la verdad no se puede fiar, ni á la malicia ni á la ignorancia, aquélla por mal fin y ésta por incapaz; mas cuando por suma felicidad se encuentran dos de éstos y se comunican sentimiento, crisis, discursos y noticias, señálese aquel rato con preciosa piedra y dedíquese á las Musas, á las Gracias y á Minerva.

Ni es solamente especulativa esta discreción, sino muy práctica, especialmente en los del mando, porque á la luz de ella descubren los talentos para los empleos, sondan las capacidades para la distribución, miden las fuerzas de cada uno para el oficio y pesan los méritos para el premio, pulsan los genios y los ingenios, unos para de lejos, otros para de cerca, y todo lo disponen porque todo lo comprenden. Eligen con arte, no por suerte; descubren luego los realces y los defectos en cada sujeto, la eminencia ó la medianía, lo que pudiera ser más y lo que menos. No tiene aquí lugar la pía afición, que pri-

mero es la conveniencia, no la pasión ni el engaño, los dos escollos celebrados de los aciertos, que si éste es engañarse aquélla es un quererse engañar. Siempre integérrimos jueces de la razón, que sin ojos ven más y sin manos todo lo tocan y lo tantean.

Gran felicidad es la libertad de juicio, que no la tiranizan ni la ignorancia común ni la afición especial; toda es de la verdad, aunque tal vez por seguridad y por afecto lo quiere introducir al sagrado de su interior, guardando su secreto para sí.

Demás de ser deliciosa, que realmente lo es esta gran comprensión de los objetos, y más de los sujetos de las cosas y de las causas, de los efectos y afectos, es provechoso también su mayor asunto, y aun cuidado es discernir entre discretos y necios, singulares y vulgares, para elección de íntimos, que así como la mejor treta del jugar es saber descartarse, así la mayor regla del vivir es el saber abstraer.

De esta suerte discurría con el autor el juicioso, el comprensivo, el grande entendedor de todo, el excelentísimo señor duque de Hijar, sucesor en lo entendido y discreto del renombre de Salinas y Alenquer, no sólo en el título, sino en la eminente realidad, que es eco este discurso de tan magistral oráculo.

CONTRA LA HAZAÑERÍA

SÁTIRA

¡Oh gran maestro aquel que comenzaba á enseñar desenseñando! Su primera lección era de ignorar, que no importa menos que el saber. Encargaba, pues, Antístenes á sus Tirones desaprender siniestros para mejor después aprender aciertos.

Grande asunto es el conseguir singulares prendas, pero mayor es el huir vulgares defectos, porque uno solo basta á eclipsarlas todas, y todas juntas no bastan á desmentirlo solo. Por una pequeña travesura de una facción fué condenado todo un rostro á no parecer, y toda la belleza de las demás no es bastante á absolverle de feo.

Los defectos, que por descarados son más conocidos, fácilmente los declina cualquier medianamente discreto; pero hay algunos tan disimulados por revestidos de capa de perfección que pretenden pasar plaza de realces, especialmente cuando se ven autorizados.

Uno de éstos es la hazañería, que aspira, no á excelencia como quiera, sino de las muy plausibles, y halla favor para ello en grandes personajes, ingiriéndose ya en las armas, ya en las letras, hasta en la misma virtud, y aun se roza con

casi héroes; pero verdaderamente no lo son, pues con poco se llenan la boca y el estómago, no acostumbrado á grandes bocados de la fortuna.

Hacen muy del hacendado los que menos tienen porque andan á caza de ocasiones y las exageran, ya que las cosas valen menos que nada, ellos las encarecen. Todo lo hacen misterio con ponderación, y de cualquier poquedad hacen asombro. Todas sus cosas son las primeras del mundo y todas sus acciones hazañas; su vida toda es portentos y sus sucesos milagros de la fortuna y asuntos de la fama. No hay cosa en ellos ordinaria; todas son singularidades del valor, del saber y de la dicha, camaleones del aplauso, dando á todos hartazgos de risa.

Fué necio siempre todo desvanecimiento, mas la jactancia es intolerable. Los varones cuerdos aspiran antes á ser grandes que á parecerlo. Estos se contentan con sola la apariencia, y asi en ellos no es argumento de sublimidad el querer parecer, antes bien de una verdadera poquedad, que cualquiera cosa les pareció mucho.

Nace la hazañeria de una desvanecida poquedad y de una abatida inclinación, que no todos los ridículos andantes salieron de la Mancha, antes entraron en la de su descrédito. Parecen increíbles tales hombres, pero los hay de verdad, y tantos, que tropezamos con ellos y les oímos cada dia sus ridiculas proezas, aunque más las quisiéramos huir; porque si fué enfadosa

siempre la soberbia, aquí reída, y por donde buscan los más la estimación topan con el desprecio, cuando se presumen admirados, se hallan reídos de todos.

No nace alteza de ánimo, sino de vileza de corazón, pues no aspiran á la verdadera honra. sino á la aparente; no á las verdaderas hazañas, sino á la hazañería. De esta suerte hay algunos que no son soldados, pero lo desean ser, y lo afectan y lo procuran parecer, buscan las ocasiones y cualquiera niñería que se les ofrezca la celebran.

Muéstranse otros muy ministros, afectando celo y ocupación, grandes hombres de hacer siempre negocio del no negocio; no hay chico pleito para ellos; de las motas levantan polvaredas y de pocas cosas mucho ruido; véndense muy ocupados, hambreando reposo y tiempo; hablan de misterio en cada ademán ó gesto; encierran una profundidad entre exclamaciones y reticencias, de suerte que llevan más máquina que el artificio de Juanelo, de igual ruido y poco provecho.

Andan otros mendigando hazañas, hormiguillas del honor, que con un solo grano, que á veces más será paja, van afanados y satisfechos, que las valientes pias que tiran el plaustro de Ceres, el carro del lucimiento; y es muy de gallinas cacarear todo un día y al cabo poner un huevo. Andan de parto soberbios é hinchados

montes y abortan después un ridículo ratón.

Gran diferencia hay de los hazañosos á los hazañeros, y aun oposición, porque aquéllos cuanto mayor es su eminencia la afectan menos; conténtanse con el hacer y dejan para otros el decir, que cuando no, las mismas cosas hablan harto. Que si un César se comentó á sí mismo, excedió su modestia á su valor, no fué afectar la alabanza, sino la verdad; aquéllos dan las hazañas, éstos las venden y aun las encarecen, inventando trazas para ostentarlas; un acierto mecánico, después de mil yerros civiles y aun criminales, lo blasonan, lo pregonan, y no hallando hartas plumas en las de la fama, alquilan plumas de oro, para que escriban lodo con asco de la cordura.

Pero que estos desvanecidos hagan hazañería de su nada, excusa tienen en su pasión, que al fin ella y su necedad todo se cae en casa; pero que un gran necio de éstos haga tantos y mayores, dándoles á beber hasta hartar con sus disparates, y que estos idólatras de ignorancia veneren sus desatinos, es una inexcusable vulgarísima poquedad, no digo ya de los que políticos violentados de la dependencia no les entra de los dientes adentro la ignorancia, así como les sale de solos los dientes afuera la afectada alabanza, porque éstos son lisonjeros de malicia; y como no procede de engaño, quedan absueltos de ignorancia, condenados á adulación; pero que

haya necios en causa y provecho de otro, es caerse la necedad en casa propia y la vanidad en la ajena.

No fueron triunfos los de Domiciano, sino hazañerías; de lo que no hicieran reparo un César, un Augusto, hacían aplauso Calígula y Nerón; triunfaban tal vez por haber muerto un jabalí, que no era triunfo, sino porquería.

Las plumas de la fama no son de oro, porque no se alquilan; pero resuenan más que la sonora plata; no tienen precio; pero le dan á los méritos de aplausos.

DILIGENTE É INTELIGENTE

EMBLEMA

Dos hombres formó Naturaleza, la Desdicha los redujo á ninguno; la Industria después hizo uno de los dos. Cegó aquél, encojó éste, y quedaron inútiles entrambos. Llegó el Arte, invocada de la Necesidad, y dióles el remedio en el alternado socorro, en la recíproca independencia.

Tú, ciego, le dijo, préstale los pies al cojo; y tú, cojo, préstale los ojos al ciego. Ajustáronse, y quedaron remediados. Cogió en hombros el que tenía pies al que le daba ojos, y guiaba el que tenía ojos al que le daba pies. Este llamaba al otro su atlante, y aquél á éste su cielo.

Vió este prodigio de la Industria un varón juicioso, y reparando en él, codiciándole para un ingenioso emblema, preguntó bien, que cuál llevaba á cuál. Y fuéle respondido de esta suerte:

Tanto necesita la diligencia de la inteligencia como al contrario. La una sin la otra valen poco; juntas pueden mucho. Esta ejecuta pronta la que aquélla detenida medita, y corona una diligente ejecución los aciertos de una bien intencionada atención.

Vimos ya hombres muy diligentes, obradores de grandes cosas, ejecutivos, eficaces, pero nada inteligentes; y de uno de ellos dijo un crítico frescamente, alabando otros su diligencia: «Que si el tal fuera tan inteligente como era diligente, fuera sin duda un gran ministro del monarca grande.»

Pero á éstos nada se les puede fiar á solas, pues el mayor riesgo corre en su correr; yerran aprisa, si los dejan, y emplean toda su eficacia en desaciertos; no es aquello acabar los negocios, sino acabar con ellos, que parece que corren á la posta, digo, á caballo todo, sin caer jamás de su necedad. Es lo bueno que comúnmente estos tales aborrecen el consejo y lo truecan en ejecución.

Pasión es de necios el ser muy diligentes, porque como no descubren los topes, obran sin reparos; corren porque no discurren; y como no advierten, tampoco advierten que no advierten;

que quien no tiene ojos para ver, menos los tendrá para verse.

Hay sujetos que son buenos para mandados, porque ejecutan con felicísima diligencia; mas no valen para mandar, porque piensan mal y eligen peor, tropezando siempre en el desacierto. Hay hombres de todos gremios, unos para primeros y otros para segundos.

Pero no es menor infelicidad la de una grande inteligencia sin ejecución; marchítanse en flor sus concebidos aciertos, porque los comprendió el hielo de una irresolución y pérdida de aquella su fragante esperanza, se malogran con el dejamiento.

Resuelven algunos con extremada sindéresis, decretan con plausible elección y piérdense después en las ejecuciones, malogrando lo excelente de sus dictámenes con la ineficacia de su remisión; arrancan bien y paran mal, porque pararon; discurren mucho, que es lo más; hacen juicio y aun aprecio de lo que conviene, y por una ligera fatiga del ejecutarlo lo dejan todo perder. Otros hay poco aplicados á lo que más importa, y se apasionan por lo que menos conviene hasta llegar á tener antipatía con su obligación; que no siempre se ajustan el genio y el empleo, y topando más dificultad en lo que abrazan, el gusto todo lo vence; de suerte que nace la fuga más de horror que de temor, más de enfado que de trabajo. Es don, y grande, la buena aplicación, que

no siempre se casa ni con el oficio ni con el cargo, aunque sea soberano. ¡Qué de veces degenera de lo heroico y se destina á una vulgarísima nada!

Bien que todos los sabios son detenidos, que del mucho advertir nace el reparar; así como descubren todos los inconvenientes, querrían también prevenir todos los remedios; con esto raras veces recae la diligencia sobre la inteligencia. En los que gobiernan se desea aquélla, y ésta en los que pelean, y si concurren, hacen un prodigio.

Fué la mayor presteza en Alejandro madre de la mayor ventura; conquistolo todo (decía él mismo), dejando nada para mañana; ¿qué hiciera para otro año? Pues César, aquel otro ejemplar de héroes, decía que sus increíbles empresas antes las había concluido que consultado, ó por que su misma grandeza no le espantase, ó porque aun el pensarlas no le detuviese, gran palabra suya el vamos, y nunca el vayan los otros. Basta la presteza á hacer rey de las fieras al león, que aunque muchas de ellas le ganan, unas en armas, otras en cuerpo y otras en fuerzas, él las vence á todas en fe de su presteza.

Este es aquel excedido exceso que entre sí mantienen los valerosos españoles y los belicosos franceses, igualando el cielo la competencia, contrapesando la prudencia española á la presteza francesa. Opuso la detención de aquéllos á la cólera de éstos; lo que le falta al español de

prontitud, lo suple con el consejo; y al contrario, la temeridad en el francés es lustre de su increíble diligencia. Con esto andan equivocadas las victorias y paralelos los sucesos, según las contingencias y los tiempos. Tomóles el pulso César á entrambas naciones, y venció á la una previniendo, y á la otra esperando. A entrambas pudiera encargar el grande Augusto su *festina lente* en empresas, é hiciera un medio muy acertado.

Tiene lo bueno muchos contrarios, porque es raro, y los males muchos; para lo malo todo ayuda. El camino de la verdad y del acierto es único y dificultoso; para la perdición hay muchos médicos y pocos remedios. Contra lo conveniente todas las cosas se conjuran, las circunstancias se despintan, la ocasión pasando, el tiempo huyendo, el lugar faltando, la sazón mintiendo y todo desayudando; pero la inteligencia y la diligencia todo lo vence.

DEL MODO Y AGRADO

CARTA AL DOCTOR DON BARTOLOMÉ DE MORLANES, CAPELLÁN DEL REY, NUESTRO SEÑOR, EN LA SANTA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Por este gran precepto, señor mío, mereció Cleobulo ser el primero de los sabios; luego él será el primero de los preceptos. Mas si el enseñarlo basta á dar renombre de sabio, y el primero, ¿qué le quedará para el que lo observa? Que el saber las cosas y no obrallas, no es ser filósofo, sino gramático,

Tanto se requiere en las cosas la circunstancia como la substancia; antes bien lo primero con que topamos no son las esencias de las cosas, sino las apariencias; por lo exterior se viene en conocimiento de lo interior, y por la corteza del trato sacamos el fruto del caudal; que aun á la persona que no conocemos, por el porte la juzgamos.

Es el modo una de las prendas del mérito, y que cae debajo de la atención; puédese adquirir, y por eso la falta de ello es inexcusable; bien que en algunos tiene principio del buen natural, pero su complemento de la industria; en otros toda es del arte, que puede el cuidado de ésta

suplir los olvidos de aquélla, y aun mejorarlos; pero cuando se juntan hacen un sujeto agradable con igual facilidad y felicidad.

Es también de las bellezas transcendentales á todas las acciones y empleos. Fuerte es la verdad, valiente la razón, poderosa la justicia; pero sin un buen modo todo se desluce, asi como con él todo se adelanta. Cualquiera falta suple aun las de la razón, los mismos yerros dora, las fealdades afeita, desmiente los desaires y todo lo disimula.

¡Qué de materias graves é importantes se gastaron por un mal modo, y qué de ellas ya de desahuciadas se mejoraron y concluyeron por el bueno!

No basta el grande celo en un ministro, el valor en un caudillo, el saber en un docto, la potencia en un príncipe, si no lo acompaña todo esta importantísima formalidad. Es político adorno de los cetros, esmalte de las coronas; antes bien en ningún otro empleo es más urgente que en el mandar. Obliga mucho que los superiores más recaban humanos que despóticos. Ver en un príncipe que cediendo á la superioridad se vale de la humanidad, obliga, doblado; primero se ha de reinar en las voluntades y después en la posibilidad. Concilia la gracia de las gentes, y aun el aplauso, si no por naturaleza, por arte; que el que lo admira, no mira si es propio ó si es postizo, gózalo con aclamación.

Es tan útil como acepto. Cosas hay que valen poco por su ser, y se estiman por su modo. Pudo dar novedad á lo pasado y ayudarle á volver y aun tener vez. Si las circunstancias son á lo práctico, desmienten lo cansado de lo viejo. Siempre va el gusto adelante, nunca vuelve atrás; no se ceba en lo que ya pasó, siempre pica en la novedad; pero puédesele engañar con lo flamante del modillo. Remózanse las cosas con las circunstancias, y desmiéntesele el acaso de lo rancio y el enfado de lo repetido, que suele ser intolerable y más en imitaciones, que nunca pueden llegar ni á la sublimidad ni á la novedad de primero.

Vese esto más en los empleos del ingenio, que aunque sean las cosas muy sabidas, si el modo del decirlas en el retórico y del escribirlas en el historiador fuere nuevo, las hace apetecibles.

Cuando las cosas son selectas, no cansa el repetirlas hasta siete veces; pero aunque no enfadan, no admiran, y es menester guisallas de otra manera para que soliciten la atención; es lisonjera la novedad, hechiza el gusto, y con sólo variar de sainete se renuevan los objetos, que es gran arte de agradar.

¡Cuántas cosas muy vulgares y ordinarias las pudo realzar á nuevas y excelentes, y las vendió á precio de gusto y de admiración! Y al contrario, por escogidas que sean, sin este sainete no pican el gusto ni consiguen el agrado.

Préciase de discreto y lo es. Las mismas cosas dirá uno que otro, y con las mismas lisonjeará éste y ofenderá aquél. Tanta diferencia é importancia puede caber en el cómo, y tanto recaba un buen término y desazona el malo; y si la falta de él es tan notable, ¿qué será un modo positivamente malo y afectadamente desapacible, y más en personas de empleo universal? Y vimos en muchos, y aun censuramos, que la afectación, la soberbia, la sequedad, la grosería, la insufribilidad y otras monstruosidades paralelas, los hicieron inaccesibles. Pequeño desmán es, ponderaba un sabio, el sobrecejo en ti, y basta á desazonar toda la vida; al contrario, el agrado del semblante promete el del ánimo, y la hermosura afianza la suavidad de la condición.

Sobre todo se precia de dorar el no, de suerte que se estime más que un sí desazonado; azucara con tanta destreza las verdades, que pasan plaza de lisonjas, y tal vez, cuando parece que lisonjea, desengaña, diciéndole á uno, no lo que es, sino lo que ha de ser.

El es único refugio de cuantos les falta el natural, que entonces se socorren del modo, y alcanzan más con el cuidado que otros con la natural perfección; suple faltas esenciales, y con ventajas en todos los superiores é ínfimos empleos; lo bueno es que no se puede definir, porque no se sabe en qué consiste; ó si no, digamos

que son todas las tres Gracias juntas en un compuesto de toda perfección.

Y porque no apelemos siempre de prodigios á la antigüedad, ni menos lo heroico de lo pasado, veneró moderna la admiración y celebró el universal aplauso en su punto, digo en su extremo, esta galante prenda en la católica, en la heroica y también grande, la reina, nuestra señora doña Isabel de Borbón, aquella que no ya prosiguió, sino que adelantó la gloria del renombre y la felicidad de los aciertos de las Isabelas Católicas de España. Entre singulares muchos coronados realces sobreostentaba un tan bizarro modo, un tan soberano agrado, que de robar los corazones de sus vasallos, llegó á hechizar los afectos; más recababa una humanidad suya que toda una real divinidad. Obró mucho en poco tiempo, vivió plausible, murió llorada. Envidiáronla, ó la muerte el alzarse con el mundo, ó el cielo lo ángel y lo santo. Arrebatáronla entrambos á nuestra mejorada dicha, consiguiendo acá el renombre de deseada, que es el primero en las reinas, y allá la gloria, que es la última felicidad.

ARTE PARA SER DICHOSO

FÁBULA

Tiene la mentida fortuna muchos quejosos y ningún agradecido, llega éste descontento hasta las bestias, ¿pero á quién mejor? El más quejoso de todos es el más simple. Íbase éste cuajando de corrillo en corrillo, y hallaba, no sólo compasión, pero aplauso, especialmente en el vulgo.

Un día, pues, aconsejado de muchos y acompañado de ninguno, dicen que se presentó en la audiencia general del soberano Júpiter; aquí profundamente humilde que le es de agradecer á un necio, y otorgada la inestimable licencia de ser escuchado, pronunció mal esta peor trazada arenga:

«Integérrimo Júpiter, que justiciero y no vengador te deseo; aquí tienes ante tu majestuosa presencia el más infeliz, sobre ignorante, de los brutos, solicitando, no tanto la venganza de mis agravios cuanto el remedio de mis desdichas. ¿Cómo pasa, ¡oh numen eterno! tu entereza por la impiedad de la fortuna, sólo para mí ciega, tirana y aun madrastra? Ya que la naturaleza me hizo el más simple de los animales, que es decir cuanto se puede, ¿por qué esta cruel á tanta car-

ga ha de añadir la sobrecarga de desdichado, violando el uso y atropellando la costumbre. Me hace ser necio y vivir descontento, persigue la inocencia y favorece la malicia; el soberbio león triunfa; el tigre cruel vive, la vulpeja, que á todos engaña, de todos se ríe; el voraz lobo pasa, yo solo, que á ninguno hago mal, de todos le recibo; como poco, trabajo mucho, nada del pan, todo del palo; tráeme desaliñado y yo, que me soy feo, no puedo parecer entre gentes, y sirvo de acarrear villanos, que es lo que más siento.»

Conmovió grandemente esta lastimosa proclamación á todos los circunstantes; sólo Júpiter, severo, que no se inmuta así vulgarmente, alargó la mano sobre que había estado, no tanto recodado, cuanto reservando para la otra parte aquel oído, hizo ademán que llamasen para dar su descargo á la fortuna.

Partieron en busca de ella muchos soldados, estudiantes y pretendientes; anduvieron por muchas partes y en ninguna la hallaban. Preguntaban á unos y á otros y ninguno sabía dar razón. Entraron en la casa del poderoso Mando, y era tanta la confusión y la priesa con que todos, sin discurrir, se movían, que no hallaron quien les respondiese, ni aun les escuchase, aunque toparon con muchos. Discurrieron ellos que sin duda no debía de estar entre tanto desasosiego, y no se engañaron. Pasaron á la casa de la Riqueza, y aquí les dijo el Cuidado que había es-

tado, pero muy de paso, no más de para encomendar algunos haces de espinas y unos talegones de leznas. Entraron en la quinta de la Hermosura, que está muy cerca del sexto, para pagarlo por las setenas; toparon con la Necedad, y sin preguntaros más, pasaron á la de la Sabiduría; respondióles la Pobreza que tampoco estaba allí, pero que de día en día la aguardaba.

Sola les quedaba ya otra casa, que estaba sola á la derecha acera. Llamaron, por estar muy cerrada, y salió á responderles una tan hermosa doncella, que creyeron ser alguna de las tres Gracias, y así, le preguntaron, cuál era. Respondió con notable agrado que era la Virtud. En esto salía ya de allá dentro, y de lo más interior, la Fortuna, muy risueña; intimáronla el mandato, y obedeció ella, como suele, volando á ciegas.

Llegó muy reverente al sacro trono, y todos los del cortejo la hicieron muchas cortesías, y aun zalemas, por recambiarlas. ¿Qué es esto, oh, Fortuna, dijo Júpiter, que cada día han de subir á mí las quejas de tu proceder? Bien veo cuán dificultoso es el asunto de contentar, cuanto más á muchos, y á todos imposible; también me consta que á los más les va mal, porque les va bien, y en lugar de agradecer lo mucho que les sobra, se quejan de cualquier poco que les falte; es abuso entre los hombres nunca poner los ojos en el saco de las desdichas que los otros, si-

no en el de las felicidades, y al contrario en sí mismos; miran el lucimiento del oro de una corona, pero no el peso ó el pesar. Por tanto, yo nunca hago caso de sus quejas, hasta ahora; que las de éste, de todas maneras infeliz, traen alguna apariencia.

Mirósele la fortuna de reojo, iba á sonreirse, pero advirtiendo dónde estaba, mesurose, y muy caricompuesta dijo: «Supremo Júpiter, una palabra sola quiero que sea mi descargo, y sea ésta: si él es un asno, ¿de quién se queja?» Fué muy reída de todos la respuesta, y del mismo Jove aplaudida; y en confirmación de ella y enseñanza del necio acusador, más que consuelo, le dijo:

«Infeliz bruto, nunca vos fuérades tan desgraciado, si fuérades más avisado. Andad, y procurad ser de hoy en adelante despierto como el león, prudente como el elefante, astuto como la vulpeja y cauto como el lobo. Disponed bien los medios, y conseguiréis vuestros intentos; y desengáñense todos los mortales (dijo alzando la voz), que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia ó imprudencia.

CORONA DE LA DISCRECIÓN

PANEGIRIS

Caerían á la lengua los huesos del cuerpo humano, su tan numerada flaqueza; ponderaban aquella su liviandad, con que no repara en anticiparse al mismo entendimiento, y no acababan de exagerar los vulgares empeños de su ligereza.

Pero la lengua no faltándose á sí misma, defendíase con el corazón, que siendo principio de la vida y rey de los demás miembros, es también de carne todo él. Excusábase con el cerebro, que siendo asiento de la sindéresis, es muy más muelle que ella; pero no le valía, porque respondieron entrambos por sí, el corazón representando su valor, y el cerebro apoyando su mucha estabilidad.

Viendo la lengua lo que la apuraban, sacando fuerzas de su propia flaqueza, dijo: «¡Qué, tan débil os parezco! Pues advertir que si yo quiero, soy más fuerte que el más sólido de todos vosotros; y aquí donde me veis toda de carne, basto yo á qubrantar diamantes, que no digo ya huesos.» Riéronlo mucho todos, especialmente los dientes que hicieron amago de detenella, como suelen. «Sí, yo lo digo, repitió ella, y lo probaré con tal evidencia, que todos la confeséis con

aclamación. Sabed, y nótelo todo el mundo, que cuando yo digo la verdad, soy lo fuerte de lo fuerte; nadie entonces me puede contrastar, y en fe de ella, todo lo sujeto.

»Fuerte es un rey que todo lo acaba; más fuerte es una mujer, que todo lo recaba; fuerte es el vino, que ahoga la razón; pero más fuerte es la verdad y yo que la mantengo.» Verdad, verdad, exclamaron todos, y diéronse por vencidos. Quedó triunfante la lengua, haciéndose mil en repetir y en celebrar este victorioso suceso.

Tiene esta gran reina su retiro en el corazón y su tribunal en la lengua; aquí vienen á parar todas las causas, si no de primera instancia, por apelación de desengaño.

Así sucedió en aquella célebre contienda que tuvieron entre sí las más sublimes prendas de un varón consumadamente perfecto, sobre el ya globo de oro, para ápice de su inmortal corona. Contendían la alteza de ánimo, la majestad de espíritu, la estimación, la reputación, la universalidad, la ostentación, la galantería, el despejo, la plausibilidad, el buen gusto, la cultura, gracia de las gentes, la retentiva, lo noticioso, lo juicioso, lo inapasionable, lo desafectado, la seriedad, el señorío, la espera, lo agudo, el buen modo, lo práctico, lo ejecutivo, lo atento, la simpatía sublime, la incomprensibilidad, la indefinibilidad, con otras muchas de este porte y grandeza.

Comenzó al principio por una generosa emulación, y vino á parar después en un bando tan declarado cuan esclarecido; no sólo ya entre las mismas prendas, sino entre los valederos de ellas. Eran éstos, aunque pocos, singulares, los mayores hombres de los siglos, gigantes todos de la fama, prodigios de las eminencias; al fin, todos ellos inmortales héroes.

Competían como apasionados y diligenciaban como poderosos, adelantando cada uno su realce; los sabios por razón, los valerosos por fuerza y los poderosos por autoridad. Fué tal el tesón de inmortalidad, con tal infamación de aplauso que se vió arder todo el reino de la heroicidad en esta lucida guerra.

Discurría varia la fama y muy equívoca la fortuna, según los tiempos, los usos y los genios de las gentes; con que cada uno abundaba en su sentir, y nunca se declaraba la victoria. Considerando los varones sabios que el litigio fué hijo del caos y parto de la confusión, propusieron á los demás el llevar esto por tela de juijuicio y no de la contienda; convinieron todos, y remitiéronse al acierto de una sabia, prudente y justísima sentencia. Más de una dificultad, como se suele, dieron en otra mayor, y fué á qué tribunal acudirían.

Porque Astrea, muchos días ha que desahuciando el mundo, se retiró al cielo; ir á Momo, era condenarse todos; porque la murmuración

á nadie da justicia, ni aun arbitrio; todo lo condena. Sola quedaba la verdad, mas ella ha muchos siglos que dió en cuerda, retirándose á su interior, sintiéndose acatarrada y aun muda. Con todo eso, á ruego de sus amartelados sabios, y pidiendo primero salvoconducto á los reyes, que por esta sola vez se lo concedieron, dejóse ver más hermosa cuanto más de cerca, más galante cuanto más desnuda, que tomó de la primavera con el nombre la belleza; traía poco séquito, pero lucido; y aunque aborrecida de muchos, fué acatada de todos.

Sentóse en su tribunal á la luz del mediodía. Comenzaron á informar las partes, haciéndose encomios, al modo que quedan referidos. Alabólas á todas, y con tal singularidad á cada una, que parecía decantarse á ella, mas al cabo se declaró diciendo:

«Eminentísimos realces del varón culto, plausibles prendas del varón discreto; confieso ingenuamente que á todos os admiro y á todas os celebro, pero no puedo dejar de decir la verdad, por no faltarme á mí misma. Digo, pues, que brilla un sol de los realces, lucimiento de las prendas, esplendor de la heroicidad, y de la discreción complemento. Tiene en vez de esfera, religiosa ara en aquel cristiano Haro, don Luis Méndez, idea mayor de esta primera prenda. Llamóla Séneca el único bien del hombre, Aristóteles, su perfección; Salustio, blasón inmor-

tal; Cicerón, causa de la dicha; Apuleyo, semejanza de la divinidad; Sófocles, perpetua y constante riqueza; Eurípides, moneda escondida; Sócrates, vaso de la fortuna; Virgilio, hermosura del alma; Catón, fundamento de la autoridad; llevándola á ella sola, llevaba todo el bien Biante; Isócrates la tuvo por su posesión, Menandro por su escudo, y por su mejor aljaba Horacio; Valerio Máximo no la halló preci , Plauto la hizo premio de sí misma, y el plausible César la llamó fin de las demás; y yo, en una palabra, la entereza.

CULTA REPARTICIÓN

DE LA VIDA DE UN DISCRETO

Mide su vida el sabio, como el que ha de vivir poco y mucho. La vida sin estancias, es camino largo sin mesones; pues ¡qué si han de pasar en compañia de Heráclito! La misma naturaleza, atenta, proporcionó el vivir del hombre con el caminar del sol, las estaciones del año con las de la vida, y los cuatro tiempos de aquél con las cuatro edades de ésta.

Comienza la primavera en la niñez, tiernas flores, en esperanzas frágiles.

Síguese el estío caluroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo

ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones.

Entra después el deseado otoño de la varonil edad coronado de sazonados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el invierno helado de la vejez, cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza las edades y los tiempos.

Emula el arte, intenta repartir la moral vida, ingeniosamente varia. En una palabra la dijo Pitágoras, y aun menos, pues en una sola letra y en sus dos ramos cifró los dos caminos tan opuestos del mal y del bien. A este arriesgado vivió, dicen que llegó Alcides al amanecer; que la razón es aurora, y aquí fué su común perplejidad. Miraba el de la diestra con horror, y con afición el de la siniestra. Estrecho aquél y dificultoso, al fin cuesta arriba, y por el consiguiente desandado; espacioso éste, y fácil tan á cuesta abajo, cuan trillado. Paró aquí, reparando cuán superior mano le guió impulsiva por el camino de la virtud al paradero de heroicidad.

Donosamente discurrió uno, y dulcemente lo cantó otro; el falcón, que se convirtió en cisne. Diéronle al hombre treinta años suyos para gozarse y gozar, veinte después prestados del jumento para trabajar, otros tantos del perro para

ladrar y veinte últimos de la mona para caducar; excelentísima ficción de la verdad.

Mas ahorrando de erudita prolijidad. Célebre gusto fué el de aquel varón galante, que repartió la comedia en tres jornadas, y el viaje de su vida en tres estaciones. La primera empleó en hablar con los muertos. La segunda con los vivos. La tercera consigo mismo. Descifremos el enigma. Digo, que el primer tercio de su vida destinó á los libros, leyó, que fué más fruición que ocupación; que si tanto es uno más hombre cuanto más sabe, el más noble empleo será el aprender; devoró libros, pasto del alma, delicias del espíritu; gran felicidad, topar con los selectos en cada materia; aprendió todas las artes dignas de un noble ingenio, á distinción de aquellas que son para esclavas del trabajo.

Previnose para ellas con una tan precisa cuanto enfadosa cognición de lenguas, las dos universales, latina y española, que hoy son las llaves del mundo, y las singulares griega, italiana, francesa, inglesa y alemana, para poder lograr lo mucho y bueno que se eterniza en ellas.

Entregóse luego á aquella gran madre de la vida, esposa del entendimiento é hija de la experiencia, la plausible historia, la que más deleita y la que más enseña. Comenzó por las antiguas, acabó por las modernas, aunque otros practiquen lo contrario. No perdonó á las propias ni á las extranjeras, sagradas y profanas,

con elección y estimación de los autores, con distinción de los tiempos, eras, centurias y siglos; comprensión grande de las monarquías, repúblicas, imperios, con sus aumentos, declinaciones y mudanzas; el número, orden y calidades de sus príncipes; sus hechos en paz y en guerra, y esto con tan feliz memoria, que parecía un capacísimo teatro de la antigüedad presente.

Paseó los deliciosísimos jardines de la poesía, no tanto para usarla, cuanto para gozarla, que es ventaja y aun decencia: con todo eso, ni fué tan ignorante que no supiese hacer un verso, ni tan inconsiderado que hiciese dos. Leyó todos los verdaderos poetas, adelantando mucho el ingenio con sus dichos y el juicio con sus sentencias; y entre todos dedicó el seno al profundo Horacio y la mano al agudo Marcial, que fué darle la palma, entregándolos todos á la memoria y más al entendimiento. Con la poesía juntó la gustosa humanidad, y por renombre las buenas letras atesorando una relevante erudición.

Pasó á la filosofía, y comenzando por lo natural, alcanzó las causas de las cosas, la composición del universo, el artificioso ser del hombre, las propiedades de los animales, las virtudes de las hierbas y las calidades de las piedras preciosas. Gustó más de lo moral, pasto de muy hombres, para dar vida á la prudencia, y estudióla en los sabios y filósofos, que nos la vincu-

laron en sentencias, apotegmas, emblemas y apólogos. Gran discípulo de Séneca, que pudiera ser Lucilio; apasionado de Platón, como divino, de los siete de la fama, de Epitecto y de Plutarco, no despreciando al útil y donoso Esopo.

Supo con misterio la cosmografía, la material y la formal, midiendo las tierras y los mares, distinguiendo los parajes y los climas; las cuatro partes hoy del universo, y en ellas las provincias y naciones, los reinos y repúblicas, ya para saberlo, ya para hablarlo, y no ser de aquellos tan vulgares, ó por ignorantes ó por dejados, jamás supieron dónde tenian los pies.

De la astrología supo lo que permite la cordura. Reconoció los celestes orbes, notó sus varios movimientos, numeró sus astros y planetas, observando sus influencias y efectos.

Coronó su práctica estudiosidad con una continua grave lección de la sagrada Escritura, la más provechosa, varia y agradable al buen gusto y al ejemplo de aquel fénix de reyes, don Alfonso el Magnánimo, que pasó de cabo á cabo la *Biblia* catorce veces con comento, en medio de tantos y tan heroicos empleos.

Consiguió con esto una noticiosa universalidad, de suerte que la filosofía moral le hizo prudente; la natural, sabio; la historia, avisado; la poesía, ingenioso; la retórica, elocuente; la humanidad, discreto; la cosmografía, noticioso; la sagrada lección, pio, y todo él en todo géne-

ro de buenas letras consumado, que pudiera competir con el excelentísimo señor don Sebastián de Mendoza, conde de Coruña. Este fué el grande y primer acto de su vida.

Empleó el segundo en peregrinar, que fué gustoso peregrino; segunda felicidad para un hombre de curiosidad y buena nota. Buscó y gozó de todo lo bueno y lo mejor del mundo; que quien no ve las cosas no goza enteramente de ellas: va mucho de lo visto á lo imaginado: más gusta de los objetos el que los ve una vez que el que muchas; porque aquélla se goza y las demás enfadan: consérvase en aquellas primicias el gusto sin que las roce la continuidad: el primer día es una cosa para el gusto de su dueño; todos los demás para el de los extraños.

Adquiérese aquella ciencia experimental, tan estimada de los sabios, especialmente cuando el que registra atiende y sabe reparar, examinándolo todo ó con admiración ó con desengaño.

Trasegó, pues, todo el universo, y paseó todas sus políticas provincias, la rica España, la numerosa Francia, la hermosa Inglaterra, la artificiosa Alemania, la valerosa Polonia, la amena Moscovia y todo junto en Italia; admiró sus más célebres emporios, solicitando en cada ciudad todo lo notable, así antiguo como moderno; lo magnífico de sus templos, lo suntuoso de sus edificios, lo acertado de su gobierno, lo entendi-

do de sus ciudadanos, lo lucido de su nobleza, lo docto de sus escuelas y lo culto de su trato.

Frecuentó las cortes de los mayores príncipes, logrando en ellas todo género de prodigios de la naturaleza y del arte en pinturas, estatuas, tapicerías, librerías, joyas, armas, jardines y museos.

Comunicó con los primeros y mayores hombres del mundo, eminentes, ya en letras, ya en valor, ya en las artes, estimando toda eminencia; y todo esto con una juiciosa comprensión, notando, censurando, cotejando y dando á cada cosa su merecido precio.

La tercera jornada de tan bello vivir, la mayor y la mejor, empleó en meditar lo mucho que había leído y lo más que había visto. Todo cuanto entra por las puertas de los sentidos en este emporio del alma va á parar á la aduana del entendimiento; allí se registra todo. Él pondera, juzga, discurre, infiere y va sacando quintas esencias de verdades. Traga primero leyendo, devora viendo, rumia después meditando, desmenuza los objetos, desentraña las cosas averiguando las verdades, y aliméntase el espíritu de la verdadera sabiduría.

Es destinada la madura edad para la contemplación, que entonces cobra más fuerzas el alma cuando las pierde el cuerpo, reálzase la balanza de la parte superior lo que descaece la inferior. Hácese muy diferente concepto de las cosas.

y con la madurez de la edad se sazonan los discursos y los afectos.

Importa mucho la prudente reflexión sobre las cosas, porque lo que de primera instancia se pasó de vuelo, después se alcanza á la revista.

Hácese noticioso el ver, pero el contemplar hace sabios. Peregrinaron todos aquellos antiguos filósofos discurriendo primero con los pies y con la vista, para después con la inteligencia, con la cual fueron tan raros. Es corona de la discreción el saber filosofar, sacando de todo, como solícita abeja, ó la miel del gustoso provecho ó la cera para la luz del desengaño. La misma filosofía no es otro que meditación de la muerte, que es menester meditarla muchas veces antes para acertar á hacer bien una sola después.

BALTASAR GRACIAN

ESTUDIO CRÍTICO (1)

«¿Puéde llegar á más nuestra desdicha? O por mejor decir, ¿puede llegar á más nuestro oprobio que el que los mismos extranjeros nos den en rostro con la destimación de nuestros más escogidos autores?» Asi quejábase Fr. Benito Jerónimo Feijóo cuando, por el año 1751, leyendo el *Spectator* inglés, tuvo por vez primera noticia de Huarte, de quien hasta entonces no habia leido,

(1) Reimprímese aquí, con algunas modificaciones, un estudio publicado hace años en la *Revista crítica de historia y literatura españolas, portuguesas é hispano americanas.* (Año I, núm. 2), con ocasión de un libro tan notable como poco leído de Karl Borinski, *Baltasar Gracian und die Hofliteratur in Deutschland,* Halle. a. S. 1894. Con muchísimo gusto hubiera satisfecho el deseo del Sr. Rodríguez Serra, de añadir á estas páginas un estudio circunstanciado sobre el *Héroe* y el *Discreto* que, en linda reimpresión, no con el descuido y en el ruin papel de las ediciones anteriores, encomiéndanse ahora al público. La exhortación benévola me sorprendió en época bastante atareada; absorbido como estoy completamente por otros trabajos, en medio de mis tareas universitarias, y próximo á realizar nue-

ni oído siquiera, el nombre (1). Por este tiempo, preparaba Lessing para los alemanes una traducción fiel y genial del *Examen de ingenios para las ciencias*, que llamó *Prüfung der Kopfe durch die Wissenschaften*. Ninguna nación trató, probablemente con más descuido que España á sus grandes poetas, á sus profundos pensadores. Como llama que alumbra de improviso y luego desaparece y muere apenas le va faltando alimento, así brillaron en vida los ingenios españoles, llamados divinos é inmortales por los contemporáneos, hasta que, andando el tiempo, crecidas nuevas generaciones, se apagó su estrella, su memoria quedó ofuscada, sepultadas sus obras. Es verdaderamente lastimoso ver cómo los españoles del siglo pasado pensaban de sus grandes hombres del XVI y del XVII, y dejaban, sin vergüenza alguna, á los extranjeros, el apro-

---

vo viaje por España, tengo forzosamente que remitir á época de mayor sosiego el deseado estudio. Improvisar sin más ni más un discurso retórico, insertando palabras y no hechos, no es costumbre mía, ni tampoco paréceme era la de Gracián, que, antes de escribir, dos y más veces pensaba, escogiendo con ponderación del caudal de sus ideas.

Vaya, pues, con pocas alteraciones y sin añadiduras, mi pobre crítica, no inútil, sin embargo, si lograra procurar en mi querida España, patria de Gracián, algunos lectores más á las obras de este pensador original y agudo, siempre en continua efervescencia de ideas y que, en la soledad de mi vida, con sus chistes y su doctrina me ha consolado é ilustrado.

(1) Feijóo. *Cartas eruditas y curiosas*. T. III. (Madrid 1751.)—Carta XXVIII, pág. 350 y siguientes.

vechamiento y el estudio de sus tesoros nacionales. Tiempos más modernos llevaron muy poca luz á este caos deplorable. A los críticos de la nueva época faltaba penetración, entendimiento poético, artístico y filosófico, ánimo y constancia, para dar vida á lo que desde mucho tiempo atrás yacia olvidado. La historia de las letras españolas adelantó siempre cojeando de un pie, y á veces de dos. Los errores siguieron á los errores. Los favorecidos de un dia se dejaban fácilmente por otros de más mérito; la verdad quedó con su velo impenetrable. Así es que una historia imparcial, verdadera, de la civilización y de la literatura españolas, aún no se ha escrito por nadie y es tarea del porvenir.

Baltasar Gracián tuvo la desdicha de escribir un libro inferior á los otros genialísimos que su pluma le habia dictado, un libro pésimo tal vez, obscuro más que agudo. Gracias á las circunstancias y al gusto corrompido del tiempo, únicamente éste halló en España celebridad y propaganda, menoscabando asi la fama de su autor. A los pocos años de su muerte, y por el espacio de dos siglos, Gracián fué considerado como corruptor del idioma y extraviador de los espíritus, más bien que como reformador, creador del lenguaje y guía preciosa en el azaroso y triste camino de la vida. Cuando Francisco Aerssen de Sommelsdyck viajaba en 1656 por España, visitando Aragón y en especial Calatayud, patria

de Gracián, el gran moralista filósofo gozaba aún de no escasa nombradía en su patria. «C'est un ecrivain de ce temps fort renommé parmy les espagnols», decia nuestro viajero, á quien gustaban, sin embargo, muy poco los escritos de Gracián (1). Ya á fines del siglo XVII, la fama de Gracián había rápidamente disminuido. En todo el siglo XVIII se le nombra raras veces. Capmany, hombre de gusto acendrado y de erudición exquisita, hubiera podido muy bien, en su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, quebrar lanzas en favor de Gracián; pero no quiso hacerlo, y en el capítulo dedicado

(1) *Voyage d'Espagne... avec une Relation de l'Estat et Gouvernement de cette Monarchie; et une Relation particulière de Madrid.* Cologne 1667, págs. 294 y sigs. «Il a mis au jours divers petits traitez de Politique et de Morale et entre ses Ouvrages il y en a un qu'il intitule el Criticon, dont il n' y a que deux parties imprimées (sic) ou suivant les ages des hommes il fait une espece de Satyre de tout le monde assez ingénieuse á l'imitation de Barclay en son Euphormion. En cette pièce son stile est bien différent de celuy de ses petits traitez, ou il est si concis, si rompu et si estrangement coupé, qu'il semble qu'il ait pris l'obscurité a tasche; aussi le Lecteur a besoin d'en deviner le sens et souvent quand il l'a compris il trouve qu'il s'est estudié á faire une énigme d'une chose fort commune. Séneque et Tacite n'ont rien entendu de cette façon d'écrire au prix de luy et si l'on dit du premier que son stile est du sable sans chaux et que celuy du second est si mystérieux, qu'il contient plus qu'il n' exprime, on peut assurer, que celuy de Gracián a si peu de liaison en ses périodes, si tant de restriction en ses paroles que sa pensée y est comme un diamant mal enchassé dont le feu et le brillant ne paroist qu'a demy.»

á nuestro autor (T. V. Madrid, 1794, página 203 y siguientes), habló con preferencia de las extravagancias, de lo enigmático, artificioso, altisonante y remontado del estilo de Gracián, sembrado de agudezas de dos filos, no comprendiendo al parecer la profundidad, la riqueza prodigiosa de las ideas expresadas con suma concisión y originalidad. ¿Cómo hubiera podido llamar, si no, al *Oráculo Manual* más obscuro que el mismo Oráculo de Delfos, enigmático en cada proposición para hacer sudar, no al lector, sino á la misma Esfinge; al *Héroe*, lleno de metáforas violentas, sutilezas tenebrosas, claveteadas de antítesis, capaces de volver, no héroes, sino mártires á los lectores; al *Político Don Fernando*, pomposo y engalanado panegírico; al *Discreto*, lleno de sentencias triviales, de doctrinas comunes, realzadas con mucha erudición de clase y bastante pedantería, no exceptuando de la condenación general más que el *Criticón*, obra que llama inmortal por el ingenio, el chiste y el juicio, tejida de alegorías agradables, de saladísimos diálogos, sazonada toda de finísimos gracejos, refranes y equívocos? (1). Las pocas palabras sobre Gracián que trae la obra muy co-

(1) Capmany hubiera hablado sin duda de Gracián en su *Epítome de las vidas de varones ilustres;* pero esta obra, que contiene un buen artículo sobre Saavedra Fajardo, empezada en Madrid, quedó suspensa con la caída del conde de Floridablanca.—Recuerdo aquí una frase de un colector, no muy entendido, de los tesoros de la literatura

nocida de Ticknor (que es para muchos la única biblia literaria de España), demuestran, lo que no extraña en modo alguno: que Ticknor no había leído más allá de las primeras hojas de los libros que juzga. En la muy pobre, mal escogida y mal ordenada colección de *Obras escogidas de filósofos (Biblioteca de autores españoles*, volumen LXV), Gracián está representado tan modestamente, que es forzoso suponer en el colector comprensión harto escasa del alcance que tienen los pensamientos del gran moralista español. En un artículo de la *Fortnightly Review* (Londón 1877, Marzo. Vol. XXI, páginas 338 y siguientes.) Mountstuart Grant Duff, habló con mucha admiración de Gracián, pero no hizo más que repetir las alabanzas ya hechas por Schopenhauer, añadiendo al fin unos fragmentos de una traducción suya del *Oráculo*. En el *Ensayo* de Gallardo, nada hay más pobre que el artículo sobre Gracián. Menéndez y Pelayo, actualmente el mejor, más entendido y profundo historiador de la literatura de su país, dedicó en sus *Ideas estéticas* entusiastas páginas al grande escritor olvidado, y llamó á Gracián (tomo II, vol. II, página 535) un «talento de estilista de

---

española. En el prólogo á la *Conquista de la Bética*, de La Cueva, su reimpresor Pedro de Estala (Ramón Fernández), decía en su Colección (XIV, 15): «Aún hay quien gusta de los Autos de Calderón y de la prosa de Gracián, y la *Bética* vale más que ellos.»

primer orden, maleado por la decadencia literaria, pero así y todo, el segundo de aquel siglo en originalidad de invenciones fantástico-alegóricas, en estro satírico, en alcance moral, en bizarría de expresiones nuevas y pintorescas, en humorismo profundo y de ley, en vida y movimiento y efervescencia continua; de imaginación tan varia, tan amena, tan prolífica, sobre todo en su *Criticón*, que verdaderamente maravilla y deslumbra, atando de pies y manos el juicio, sorprendido por las raras ocurrencias y excentridades del autor, que pudo no tener gusto, pero que derrochó un caudal de ingenio como para ciento.» A pesar del juicio del sabio maestro de la crítica española contemporánea, parece que en España todavía no se quiera reconocer á Gracián en toda su grandeza é importancia. La Diputación provincial de Zaragoza, que da á luz hace algún tiempo, muy bien impresas, las obras raras y preciosas de escritores aragoneses (1), no ha creído oportuno hasta ahora publicar de nuevo, en uno ó dos volúmenes, los mejores escritos del profundo jesuíta, que yacen, como Cap-

(1) Publicó entre otras, una nueva edición de la Biblioteca de Latassa: *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa, aumentadas y refundidas en forma de Diccionario bibliográfico biográfico, por D. Miguel Gómez Uriel.* Zaragoza 1884-87. En el tomo I, página 649 y siguientes, hállase un breve artículo sobre Gracián, más pobre en noticias que el de la edición antigua. Las más copiosas indicaciones bibliográficas sobre Gracián, hállanse en el tercer

many decia, en diferentes ediciones á cual más ruin en el papel, en el carácter y en la corrección tipográfica, y de lectura sumamente pesada. Si alguna vez, en obras ó colecciones de la literatura de refranes y del bien hablar español, se recuerda también á Gracián, al moralista agudo y profundo, tan rico en lacónicas sentencias, al humorista original y sagaz, siempre se hace teniéndolo en poca consideración. En el *Refranero*, de Sbarbi, obra caótica, que, si hubiera sido compuesta con otro orden y con otro intento seria de gran provecho para la ciencia, hállase (IX volumen) un fragmento del *Criticón* (1).

Una verdadera rehabilitación de los escritos de Gracián es la traducción del *Oráculo Manual* hecha por Schopenhauer, quien, en lo substancial de su filosofía, se parecia muchísimo al español.

---

volumen de la obra monumental de Backer y Carayon: *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*. Nouv. edit. por C. Sommervogel (Bruxelles, París 1892; pág. 1.646 y siguientes.) Atinado y concienzudo es el juicio sobre Gracián contenido en la *History of spanish Litterature* de J. Fitzmaurice-Kelly (London, 1888. pág. 558 y siguientes), sólo exagerado en el valor de la *Agudeza y Arte de Ingenio*, obra retórica y poco original.

(1) *El Refranero general español, parte recopilado y parte compuesto por José María Sbarbi.* Volumen IX (Madrid 1888), pág. 95 y siguientes. *Crítica reforma de los comunes refranes en un bando mandado publicar por el coronado saber.* Sobre los primeros volúmenes de esta obra, véase una crítica de A. Morel-Fatio en la *Zeitschrift für romanische Philologie.* Tomo I, pág. 447 y siguientes.

«Mi escritor favorito es este filosófico Gracián», —escribía Schopenhauer en 1832 á Keil, que entonces estaba á la cabeza de los conocedores de las cosas de España en Alemania—, «he leído todas sus obras; su *Criticón* es para mí uno de los mejores libros del mundo; de buena gana lo traduciría si hallara un editor para imprimirlo» (1). Ni aun para el *Oráculo* halló Schopenhauer un editor. Fué una admirable idea del señor K. Borinski, conocido ya del modo más favorable por su *Poetik de Renaissance*, la de renovar la memoria del original escritor español con una docta disertación sobre los principios y los pensamientos filosóficos, morales y políticos de Gracián. Sólo un erudito de esmerada educación filosófica, de ingenio presto y perspicaz, conocedor muy al pormenor de la literatura española y alemana, nada menos que árido, seco y pesado en la exposición de sus ideas (calidad muy rara en los historiadores y literatos alemanes de hoy día); un erudito capaz de animar hasta la materia más árida y más desagradable, v. gr., la literatura política de Alemania en el siglo XVII, podía darnos un cuadro veraz y al mismo tiempo atrac-

(1) L. Seelmann, *Schopenhauer Briefe.* (Leipzig 1803) pág. 172. Sería curioso averiguar si Schopenhauer fué animado por Gœthe en el estudio de Gracián. En los *Tagebücher* de Gœthe, hallo indicado una vez (1810, Junio 18), también, el *Homme de cour*, de Gracián. *Gœthe Werke*, ed. de Weimar. Tomo III, volumen, IV, pág. 13.

tivo del pensamiento filosófico-moral del gran aragonés, y establecer, de la manera más completa y definitiva, la influencia que directa é indirectamente ejerció en la literatura alemana. Es lástima que B. en el fervor de su estudio, haya exagerado algunas veces, considerando á Gracián como creador, inventor original, originalísimo, hasta cuando el español sigue las huellas de sus predecesores y repite sus ideas, si bien expresándolas con mayor fuerza y profundidad y muchas veces también con mayor artificio. Falta en el óptimo libro de B. el estudio, sumamente difícil y complicado, de las fuentes de la sabiduría de Gracián; el estudio de las escuelas, de los modelos en que el solitario pensador y escudriñador de los misterios de la vida humana hubo de formarse. A pesar de estas y de otras pequeñas faltas, el trabajo de B. ha enriquecido, como pocos libros modernos, la literatura española y alemana á la vez, y merece, lo que nunca pudiera hacerse con los libros de indigesta y enfadosa erudición que diariamente se publican, un examen concienzudo de todos sus pormenores.»

Las escasas noticias sobre la vida de Gracián, sacadas de unas indicaciones contenidas en los prólogos de las obras mismas del agudo pensador, y también de unos compendios de otras fuentes algo turbias, hubieran podido aumentarse en algo consultando los artículos sobre Gra-

ción y Lastanosa en la *Biblioteca* de Latassa (1). La Biblioteca Nacional de Madrid conserva el manuscrito original del *Héroe* (con notas marginales del autor) y unas curiosas cartas de Gracián á Uztarroz y á Manuel de Salinas (volumen CLXXI, pág. 462 y siguientes), que muy apresuradamente leí en mi último viaje á España, y que se imprimieron en la *Rev. crít. de hist. y liter.* (tomo I, pág. 81 y siguientes). Nuevas indagaciones pudieran hacerse, sin duda con provecho, en las bibliotecas y en los archivos de Huesca, Zaragoza, Tarragona y Tarazona. Pero, por importantes que sean los nuevos hallazgos de los futuros investigadores de la literatura nacional, nunca bastarán á explicar lo obscuro y

(1) En la indicación cronológica de las obras de Gracián, hállase un descuido insignificante en el libro de B. (pág. 16). Aun no encontrándose en ninguna parte la edición del *Oráculo* (Huesca, 1647) notada por Latassa, es indudable que hay una edición anterior á la de Madrid de 1653, á la que se refiere la aprobación. El *Oráculo* se publicó antes de las tres partes del *Criticón*. Los dos volúmenes de la edición madrileña de las obras de Gracián no se publicaron, como cree B. (pág. 17), con el intervalo de diez años, sino ambos en 1664. El *Forastero*, en una edición de Bruselas, 1633, hállase registrado por Nicolás Antonio: *Bibl. Nova*, II, 4, y Capmany, *Teatro*, V. 208; pero ni Latassa, ni Gallardo, ni De Backer Carayon ni otros la nombran. Es muy probable que no existiera nunca. Inexacto es lo que B. (pág. 13) escribe: que Gracián «según las comunes indicaciones», murió á la edad de cincuenta y cuatro años. Capmany (V. 203), notando el año en que falleció (1658), añade: «sin constar el año de su nacimiento»; pero Latassa (I, 649) y De Backer (III, 1646) in-

enigmático que encubre y encubrirá siempre la vida de Gracián. Al igual de los mejores ingenios españoles contemporáneos, Gracián no cuidó de dejarnos indicaciones ó memorias cualesquieras sobre su vida. Como jesuita, rector de un convento, tuvo que retirarse de los torbellinos del mundo y, á pesar de sus viajes á la corte y á Aragón, vivir sosegadamente, dedicado al desempeño de su cargo, sin grandes alternativas de dichas y desdichas, de goces y de dolores. Pero, ¿cómo adquirió este solitario pensador su profundo conocimiento, su profunda experiencia de los hombres, su grande sabiduría de la vida? ¿Dónde aprendió á cortar y afilar sus armas para defenderse tan cuerda y seguramente con-

---

dican ambos la fecha de 1601. La diferencia de diez años no existe más que en los compendios superficiales consultados por el crítico alemán. Que Gracián había muerto á los cincuenta y ocho años de edad, lo dice, con razón, J. Jacobs en la introducción de su hermosa traducción del *Oráculo: The art of Worldly Wisdom by Balthasar Gracián translated from the Spanish by Joseph Jacobs* (Londón 1892, pág. 19). A pesar de unas suposiciones, erróneas á mi parecer: que *El Galante* y *El Varón Atento* se incorporaron al *Oráculo manual* (pág. 13) y que Lastanossa había dado probablemente «the extreme teerseness and point of the majority of the maxims of the *Oráculo manual* (pág. 43)», es digna de atención la nota (pág. 23): «It is not impossible that the English translation of *The Critick?* by Rycaut 1681, may have suggested the Friday incidents of *Robinson Crusoe.*» Véase J. Deghuée, *Joseph Jacob's translation of Balthasar Gracian's Oráculo manual,* en *Moder. Language Notes VIII,* 252.

tra la impiedad y liviandad del mundo, contra sus vicios y sus pasiones? ¿Cómo pudo este solitario penetrar tan profundamente en los rincones más apartados del corazón del hombre? ¿Cómo explicar su idea triste y pesimista de la vida? ¿Cómo las invectivas violentas contra la miserable raza humana, más fiera que las mismas fieras, las invectivas contra las mujeres, verdadera peste de nuestra existencia? ¿Cómo la amarga y mordaz ironía, el sarcasmo cruel que derrama sobre todo y todos en el gran teatro, en el gran serrallo del mundo? «Más vale estudiar los hombres que los libros»—decía el sabio (1).

Gracián practicó, como muy pocos, esta regla. Entre hombres, mucho más que encerrado en las cuatro paredes de su cuarto de estudio, alcanzó su prodigiosa cordura y sabiduría. Los amigos que frecuentaba con preferencia y los que más apreciaba, ensancharían con sus propios desengaños, con sus experiencias, la experiencia del profundo moralista. Quevedo, sobre todos. Quevedo, lanzado al torbellino mucho más que Gracián, en el laberinto del mundo, en el vórtice de los negocios, amparado hoy, despreciado mañana, levantado ahora por la rueda de la fortuna, desterrado, pobre, despreciado á poco, expe-

(1) «La vraye science et le vray estude de l'homme c'est l'homme». Charron, *Traité de la Sagesse*. Bordeaux 1601 (I, página 1). «The proper study of mankind is man». Pope, *Essay on Man*. 1733.

rimentado sobre manera en la ingratitud del mundo; el pesimista, irónico, mordaz y satírico Quevedo que, en sus principios filosóficos, así como en la riqueza, originalidad y excentricidad de las ideas, tiene gran semejanza con Gracián, hubo de fecundar con sus escritos el genio natural de nuestro moralista. Lastanossa y Uztarroz, ambos aragoneses como Gracián, literatos los dos y eruditos de finísimo y acendrado gusto; el primero, como Antonio Agustín, colector apasionado de libros raros y de antigüedades «un des plus curieux de toute l'Espagne», como le llama Aerssen, en su viaje; el segundo, D. Francisco Andrés de Uztarroz, el Solitario, escritor fértil, versado en muchas cosas, miembro electo de la Academia de los *Anhelantes*, valiente traductor y compilador, autor, entre otras cosas, de un *Parnaso aragonés* que queda todavía desconocido é inédito: los dos eran sin duda, con el canónigo y traductor de los clásicos antiguos, Manuel de Salinas, los mejores amigos de Gracián, tenían las mismas aficiones en literatura (1) y escribíanse con frecuencia. Lasta-

(1) La predilección de Gracián por las empresas y los emblemas, había invadido también á Uztarroz. Gallardo, en su *Ensayo* (I, V. 191), registra una traducción, todavía manuscrita, de Uztarroz: *Traducción del diálogo de las empresas que escribió en lengua italiana Estéban Guazo.* Ms. año 1634. Véase también el artículo sobre Francisco Andrés de Uztarroz en Latassa (*Bibliot.*, I, 58).

nossa, de quien B. (pág. 14) dice, exagerando, «que había dedicado su vida, con sacrificio de sus propios intereses, á divulgar la fama de Gracián en el mundo literario»; Lastanossa no dejaría de abastecer al amigo con los tesoros de sus preciosas colecciones; su rica biblioteca fué, sin duda, un emporio ó almacén, en donde Gracián tomaba á su gusto, y en todas circunstancias, alimento para su fantasía (1). «Gusten unos de jardines; hagan otros banquetes; sigan éstos la caça; cébense aquéllos en el juego; rocen galas; traten de amores; atesoren riquezas con todo género de gustos y de pasatiempos, que para mí no hay gusto como el leer ni centro como una selecta biblioteca»—dice Critilo-Gracián en el

(1) Gracián, en la *Agudeza y Arte de ingenio*, (Disc. XII): «Estimaré siempre al copioso y culto museo de nuestro mayor amigo D. Vincencio Juan de Lastanossa, benemérito universal de todo lo curioso, selecto, gustoso en libros, monedas, estatuas, piedras, antigüedades, pinturas, flores, y, en una palabra, su casa es un emporio de la más agradable y curiosa variedad». (Véase también el *Discreto*, de la *Cultura y Aliño*, y la *Descripción de las antigüedades y jardines de D. Vincencio Juan de Lastanossa, hijo y ciudadano de Huesca, ciudad en el reino de Aragón.* Escribióla El Solitario (año 1647) *Al Doctor D. Francisco Filhol, ilustre ornamento y elogio de la ciudad de Tolosa*, reimpresa en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (volumen VI, Madrid 1876, páginas 213 y siguientes). Dudo que los versos: «Y celebran los versos de la musa sutil Bilbilitana»; en esta descripción se refieran á Gracián como creen los editores (página 229). Muy curiosa es una relación de Vincencio Antonio Lastanossa, hijo del célebre Mecenas: *Habitación de las musas, Recreo de los doctos, Asilo de virtuo-*

Criticón (II, 4) (1).— Para un espíritu tan profundo y vasto como Gracián, que hacía de todo objeto de reflexión y de estudio, gran parte de su vida debió pasarse leyendo y escribiendo. Pero el sabio que había hallado la piedra filosofal «que enseña la mayor sabiduría y en una palabra muestra á vivir, que es lo que más importa» (*Criticón*, I, 7); que sabía penetrar en el corazón de los hombres como si tuviera en su mano la misteriosa lámpara de Aladino; que tenía las llaves de los pechos más cerrados, no esparció sus conocimientos en un sinnúmero de obras. Siempre inclinado á la concentración,

sos, en la misma *Revista* (T. VII, Madrid 1877, pág. 29 y siguientes), de la cual resulta que Lastanossa había publicado las obras de Gracián contra la voluntad de su autor (pág. 30); «y para acreditar el cariño con que siempre ha amado las letras, lo pruebo con decir que el Padre Balthasar Gracián, bilbilitano, de la Compañía de Jesús, hombre virtuosísimo, docto y gran predicador, les sacó con destreza de sus manos varios escritos que le había dictado la lozanía de su profundo discurso en lo más florido de su mocedad, y juzgándolos asuntos dignos de sus mayores primores, *contra su voluntand* dió á la estampa Gracián, confiesa también haber aprovechado mucho del erudito museo de Bartolomé Leonardo Argensola: «Frecuenté su museo y cada vez admiraba más su profundidad, su seriedad, él era un oráculo en verso». *Agudeza*. (Disc. XXIII.)

(1) «¿Qué jardín de el Abril? ¿Qué Aranjuez del Mayo como una librería selecta? ¿Qué convite más delicioso para el gusto de un discreto como un culto museo donde se recrea el entendimiento, se enriquece la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu se satisface? No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día.» (*Criticón*, II, 4.)

cuidó la economía de las obras como la economía del discurso. Muchos estiman los libros por su peso y dimensión, como si se hicieran para cargar los brazos y no para el ejercicio del entendimiento. «Más obran quintas esencias que fárragos»—decía Gracián en su *Oráculo*. Quintas esencias son, en verdad, todos los escritos de Gracián.

El atrevimiento de los pensamientos de Gracián y su sagacidad escudriñadora, que muchas veces le pone en contradicción con la Iglesia, con los dogmas del catolicismo absoluto, no extrañan en los siglos XVI y XVII, por cuanto del regazo de la Iglesia misma salían los hombres de juicio más libre y sutil, de atrevidas ideas; no sólo los heterodoxos españoles, entre quienes hay pensadores verdaderamente geniales y profundos, sino también otros que la Iglesia amparaba y bendecía y que, por su reflexión, por la práctica extremada en las cosas del mundo, se levantan muy alto sobre los prejuicios religiosos de la época y son precursores de la sabiduría de posteriores siglos. Bajo la capa del clérigo, búscase al clérigo en vano. La práctica religiosa estaba muchas veces en contradicción con la teoría expresada en las escritos. El ascetismo escondía en sí mismo el escepticismo. No sin fundamento (aun exagerando en algo, según mi parecer) Menéndez y Pelayo, que, mejor que ningún otro, siguió las fases del pensamiento filosófico espa-

ñol en los siglos clásicos, llamaba en un discurso suyo (1) á Luis Vives, Francisco Sánchez y Pedro de Valencia, precursores de Kant.

El continuo ponderar y escudriñar en los destinos de nuestra limitadísima naturaleza humana, ha producido en Gracián, como en otros muchos, disgusto, aborrecimiento, náusea del mundo. Más bien que La Rochefoucauld, el moralista español hubiera podido decir de sí mismo: «J'ai donc de l'esprit.., mais un esprit que la mélancolie gâte.» *(Portrait de L. R. fait par lui même)*. La filosofía de Gracián es de los primeros anillos de la cadena que junta entre sí los grandes pesimistas y llega á Spinoza, Leopardi, Schopenhauer, Hartmann. ¿Qué es el mundo, qué es la vida á los ojos afligidos de Gracián? En el *Criticón*, donde el escritor español muestra al desnudo su corazón y su pensamiento, encuéntranse con profusión confesiones suyas.—Madrastra se mostró la naturaleza con el hombre, pues lo que le quitó de conocimiento al nacer, le restituye al morir.— Muere el hombre cuando habia de comenzar á vivir; no es otro el vivir que un

(1) *De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant.* En *Ensayos de crítica filosófica.* Madrid, 1892. Que la Inquisición, lejos de oponer serio obstáculo á las obras filosóficas de Vives, Huarte, Sabunde, doña Oliva, Fox Morcillo y otros, daba alas á sus producciones, queda demostrado en la *Historia de los heterodoxos* (II. 707 y siguientes) de mi amigo Menéndez y Pelayo.

ir cada día muriendo.— Todo pasa en imagen y aun en imaginación en esta vida; hasta esta casa del saber, toda ella es apariencia.— ¿Qué hay en el mundo sino viento? Al mismo hombre quitadle el aire y veréis lo que queda.— La infelicidad humana hace trofeos de su misma miseria.— No tenéis que cansaros en buscar la felicidad en esta vida, milicia sobre el haz de la tierra; no está en ella. Os cansáis en buscarla desde la cuna á la tumba, oh, peregrinos del mundo, pasajeros de la vida. («No hay dicha, porque no hay estrella fija de la luna»: *(Discreto.)*—En el mundo todo va al revés. La verdad es perseguida, el vicio aplaudido, la verdad muda, la mentira trilingüe.— Todos los buenos van por tierra y los malos quedan ensalzados.— Ya los hombres han dado en hacer del día noche y de la noche día. Ahora se levanta aquél, cuando se había de acostar.—¿Cuál puede ser una vida que comienza entre los gritos de la madre que la da, y los lloros del hijo que la recibe? (1).— Llámese el mundo inmundo, y de todas maneras disparatado.— Ya los hombres son menos que mujeres, más puede una lagrimilla mujeril, que toda la sangre que derramó el valor; más alcanza un fa-

(1) ¿Hay alguno de vosotros que quiera volver al nacer por donde vino, y recular la vida hasta el vientre de su madre? Nones, nones, decían todos: infierno, y no mama: diablos y no comadres.» Quevedo, *El entremetido y la dueña y el soplón. Bib. de autor. Españ.*, tomo XXII, pág. 364.

vor de una mujer, que todos los méritos del saber.— Dichoso tú que te criaste entre las fieras, y ¡ay! de mí que entre los hombres, pues cada uno es un lobo para el otro.— Si los hombres no son fieras, es porque son más fieros.— Todos los mortales somos volatines arriesgados sobre el delgado hilo dá una frágil vida, con esta diferencia, que unos caen hoy, otros mañana; sobre él fabrican los hombres grandes casas y grandes quimeras, levantan torres de viento y fundan todas sus esperanzas. Admíranse de ver al otro temerario andar sobre una gruesa y asegurada maroma, y no se espantan de sí mismos, que restriban sobre una, no cuerda, sino muy loca confianza de una hebra de seda, menos, sobre un cabello, aún es mucho, sobre un hilo de araña, aún es algo, sobre el de la vida, que aún es menos.

Si los escritos de este despreciador de la vida y del mundo hubieran llegado á las manos de Leopardi, hubiesen maravillado sin duda al hipocondríaco poeta pesimista de Italia, no menos que los escritos del mismo Leopardi, los *Pensieri* especialmente, pusieron en admiración á Schopenhauer. Nigún sentimentalismo lacrimoso afloja ni debilita al pesimista de España. Nunca se rinde á la resignación ni al quietismo. No quiere sufrir y tolerar el turbio destino. No conoce ó no quiere conocer el famoso: «Entbehren, sollst entbehren» de Gœthe y Beethoven.

Contra el mundo pervertido y la maldad de los hombres, opone una lucha obstinada, prepara y afila sus armas. A la *malicia* opone la *milicia* (1). Siendo todo en este mundo: sentimientos, deseos, inclinaciones, acciones, todo en guerra continua, los unos contra los otros, menester es prepararse al combate. Sólo el héroe, el esforzado combatiente, alcanza la victoria. ¿Cómo el hombre tiene que acometer á sus enemigos en la vida, cuáles calidades del ánimo y del entendimiento tiene que desarrollar con preferencia, en cuál manera debe guiar su frágil navecilla en el borrascoso mar de la vida para llegar se-

(1) «Militia est vita hominis super terram». (Job. 7.) «Guerra es la vida del hombre mientras vive en este suelo. Quevedo, *Visita de los chistes (Bib. de autor. Españ.*, tomo XXIII, pág. 55). Una glosa del mismo pensamiento contiene también un libro, leído y gustado sin duda por Gracián, alegórico y moral al par del *Criticón*, hoy día muy raro, de D. Pedro Hernández de Villalumbrales: *Caballero del Sol. Libro intitulado peregrinación de la vida del hombre, puesta en batalla debaxo de los trabajos que sufrió el caballero del Sol, en defensa de la Razón que trata por gentil artificio y extrañas figuras de vicios y virtudes, envolviendo con la arte militar la philosofía moral y declara los trabajos que el hombre sufre en la vida, etc.* Medina del Campo 1552. En la pág. III: «Nace el hombre turbia la memoria, ofuscado el entendimiento y turbada la voluntad y sin el uso de la razón... atado de los pies y ligado de las manos... lo primero que hace después de la entrada que ha hecho en este mundo, es llorar su nacimiento, su flaqueza y los trabajos que le esperan». Muy curiosos son en este libro los discursos morales de la Prudencia, de la Razón, del Mundo, etc., El Modenés Pietro Lauro, tradujo el *Caballero del Sol*, en italiano (1557), y Matthäus Hofstetter en alemán (1611).

guro al puerto, al sosiego deseado, á la quietud y al descanso? Este es el problema á cuya solución Gracián dedicó toda su vida. La posteridad le recompensó esta labor con ingratitud y olvido. Los pedantes no reconocieron nunca el valor de sus escritos filosóficos, satisfechos de hallar su obra substancialmente italiana y no española, en la *Agudeza* y *Arte de ingenio*, la biblia de la perversión literaria de España en el siglo XVII.

No ha de considerarse á Gracián, como representante del *culteranismo*, según erróneamente se ha creído (1), sino como jefe de los *conceptistas*. Hay notable diferencia entre el estilo y la lengua de Góngora, y el estilo y la lengua de Gracián. El *culto* habla en imágenes huecas, hinchadas, en heladas metáforas; el *conceptista* expresa sus pensamientos con enigmas, equívocos, retruécanos, sutilezas, agudezas y alegorías. Aquél no esconde en su lenguaje enfático sentido alguno; éste, pecando también en

(1) Borinsky, hablando del *Cultismo* como de una manifestación particular y aislada que nada tiene que ver con el *Euphuismo* y con el *Marinismo*, demuestra conocer muy poco la epidemia literaria que infestó á España en tiempo de Góngora. Véase unos apuntes míos en la *Rassegna bibliogr. della letterat. ital. VII*, pág. 281 y siguientes. Sobre el «Euphuismo» que no es, como cree Borinski, completamente opuesto al «cultismo», véase á Child, *Lyly and Euphuism*. München 1894, un artículo mío en la *Revista crítica de hist. y lit. esp.* I, pág. 133 y siguientes, y otro de Aronstein en *Englische Studien*, XXI, núm. 1.

la forma, aspira á un profundo sentido en pocas palabras. Hablando con Gracián, el arte de los conceptistas consiste «en una primorosa concordancia, en una armónica correlación entre dos ó tres cognoscibles extremos, expresada por un acto del entendimiento. De suerte que se puede definir el concepto: es un acto del entendimiento que exprime la correspondencia que se halla entre los objetos.» (*Agudeza*. Disc. II). Verdad es que los conceptistas cultivaban un arte mucho más difícil que los culteranos. «Por decir un concepto, deshonraré una mujer», decía una vez Quevedo, conceptista muchas veces al par de Gracián. (*Letra satírica á la fortuna. Biblioteca de autores españoles*, LXIX, 301). «Son los conceptos vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tienen de perfección, cuanto de sutileza.» «Siempre insisto en que lo conceptuoso es el espíritu del estilo», decía Gracián (*Agud.* XVIII). Nadie, sin embargo, alcanzó la virtuosidad de Gracián en la invención de conceptos. Ni hace al caso si el agudo conceptista cayó de cuando en cuando, y más de lo que él mismo pensara, en los errores de los gongoristas y culteranos, como con exceso queda demostrado en el *Teatro de la Elocuencia*, de Capmany. Los conceptistas degeneraron en la escuela de los *equivoquistas*. E sentido simbólico borrábase completamente en pueriles juguetes de palabras. Francisco José de

Artiga, en su *Epitome de la elocuencia española, Arte de discurrir y hablar en agudeza y elegancia en todo género de assumptos.* Pamplona, 1726 (conozco una edición de Barcelona, 1770), predica los cánones de esta escuela infeliz. Fernando de Velasco y Pimentel escribe otra *Arte de agudeza. Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza en ramillete texido de ingeniosas promptitudes y moralidades provechosas, con muchos avisos de cristiano y político desengaño.* Madrid 1764. Los «conceptos predicables» de aborrecida memoria, nacidos y derramados en España, hallaron luego su camino en la ya corrompida Italia (1).

(1) B. Croce. *I predicatori italiani del seicento e el gusto spagnuolo*. Napoli 1899. —El pretendido plagio de la *Agudeza* de Gracián, hecho por un Genovés (Véase también *Journal de Sçavants*, 1696, pág. 333: L'homme détrompé: *L'Agudeza* fut traduit en Italien par un Genois, qui eut l'infidelité de s'en faire Auteur». Raffaele Soprani, *Li Scrittore della Liguria e particolarmente della Maritima*, *Génova* 1667, no dice nada á este propósito), es invención probable de Lastanossa, el Mecenas y patrocinador aragonés, celoso en extremo de las glorias literarias de su amigo. Como queda advertido en la erudita memoria de B. Croce, *I trattatisti italiani del «Concettismo» e Baltasar Gracián* (Napoli 1899, pág. 11 y siguientes) el plagiario no fué el italiano, sino más bien el español mismo. Gracián deriva buena parte de las ideas extravagantes sobre la agudeza, y hasta sus clasificaciones retóricas, del tratado muy curioso de Matteo Pellegrini, «Delle Acutezze, che altrimenti Spiriti, Vivezze, e Concetti, volgarmente si appellano», Genova, Bologgna 1659, tratado que salió á la luz tres años antes de la *Agudeza*, de Gracián. Adviértase la prefación del mismo

Un resumen de la literatura política y cortesana de Italia y de España en el siglo XVI y principios del XVII, como introducción al estudio de los escritos político-filosóficos de Gracián, es necesario complemento para apreciar debidamente la originalidad del jesuita aragonés, su dependencia de los predecesores españoles y extranjeros, como también las corrientes lite-

---

Pellegrini á su libro posterior: *I fonti dell' ingegno*: «non parlerò già cosi di chi mi trattasse come un certo, che, tradotto il mío trattato delle Acutezze in Castigliano, se ne fece autore, e di più si gloria che fosse stato da me trasportato in Toscano. Nel primo io non avrei difficoltà in darcene perdono, e, quasi dissi, in compiacermene, perchè non potea quel bell' Ingegno dar altra maggior prova di farme stima grandissima. Il secondo poi è ben stato un tiro, per non dir altro, sfoggiatamente indiscreto.» Campanella, al principio del siglo XVII, quejábase de que un español le había hurtado una *Poética* que había compuesto en Roma. «Scrissi anche in Roma una *Poética secondo i propii principii,* la quale diedi a Cinzio Aldobrandini Card. di S. Giorgio, e trovasi nelle mani di molti, benchè uno spagnuolo l'abbia tradotta nella lingua sua e vi abbia apposto il suo nome; la cual cosa allorché ebbi a vederla in Napoli nel Regio Castello, l'anno 1618, mi mosse ad un riso veramente grandissimo; ma dovunque i nostri esemplari testificando contro il plagiario, e lo stesso ladro, allo scopo di cobrire un po'meglio il furto, in fine si scusa perché, quantunque sia spagnuolo, sovente cita poeti italiani come l' Ariosto il Tasso, il Guarini». Véase L. Amabile, *Fra Tommaso Campanella. La sua congiura, i suoi processi é la sua pazzia.* Napoli 1882. I, 77. Una *Lógica ó arte de dirigir bien el discurso*, impresa poco antes de 1603, obra de un aragonés de origen italiano: Grosso de la Rovere, registrada por Latassa (*Biblioteca de escritores aragoneses*, I, 653), es completamente desconocida.

rarias del tiempo. Si puede decirse de Gracián lo que del Zahorí (1) en el *Criticón* (III, 5) que veía «clarissimamente los coraçones de todos, aun los más cerrados, como si fuesen de cristal, y lo que por ellos passa, como si lo tocasse con las manos», que todo para él «llevan el alma en la palma», y, como Boccalini, podía vanagloriarse de saber con el «occhiale político», «penetrare nell'íntimo del cuore». (*Pietra del Paragone Político*, Cosmopoli 1615); si Gracián, más todavía que los moralistas de Francia (Montaigne, Charron, Brodin, La Bruyére, La Rochefoucauld, Vauvenargues), podía llamarse escudriñador del corazón del hombre, habilísimo y sutilísimo en la anatomía del alma, no por esto dejó de aprender en el continuo estudio de los clásicos antiguos, de los autores italianos y españoles, sacando de ellos parte de sus maravillosos conocimientos, de su gran sabiduria y cordura, de su consumada ciencia de la vida. Quiero decir que, B. hace demasiado honor á su héroe llamándole «padre de los dos

(1) Una definición del Zahorí hállase en el *Theatro Crítico*, de Feijóo. (Tomo III. Disc. V. VII, pág. 92 y siguientes). «Dase el nombre de Zahoríes á una especie de hombres de quienes se dice que, con la perspicacia de su vista, penetran los cuerpos opacos, haciéndose de este modo patente cuanto á algunas brazas debajo de la tierra está oculto. Este es embuste endémico de España... y acaso le hemos heredado de los moros, pues la voz zahorí parece arábiga.»

elementos esenciales de la educación moderna: el reconocimiento del gusto y aquella práctica de la prudencia del mundo que en el siglo XVII llamábase política» (pág. 1).

El estudio de las fuentes de Gracián presenta infinitas dificultades. La experiencia propia se cubre muchas veces con la experiencia ajena. Como abeja que toma su jugo, ora de una flor, ora de otra, Gracián toma su alimento de éstos y aquéllos, pero oculta á sus autores favorecidos, dando á lo que adquiere su sello de originalidad, expresándolo en aforismos lacónicos y profundos, en relámpagos de ideas. La manía de leer de Quevedo, había invadido también á Gracián. Pero mucho más que Quevedo, el sabio jesuíta sale de la estrechez de la ciencia del tiempo, limitada entonces al conocimiento de los escritores clásicos y de los Santos Padres, y deja atrás á los autores comunes de las *Políticas cristianas*, de las *Reglas ó advertimientos de Príncipes*. Gracián ha sabido aprovecharse de los clásicos: de Plutarco, Platón, Aristóteles, Luciano, Tácito, Marcial, Séneca, pero también de los más raros escritores filosófico-morales, italianos y españoles. Un museo erudito es para él su mayor placer en la vida. No hay lisonja, consolación mayor para un pensador, decía él mismo, que un libro nuevo cada día. Como Jean Paul Richter, Gracián debía de formar sus colecciones con todo el fárrago de las

obras leídas, para tener luego á mano lo que más le gustaba y hacía al caso. Iba sin interrupción á caza de todo lo raro, curioso y agudo. No dejaba en paz á sus amigos con preguntas importunas, como resulta de una carta suya escrita desde Huesca, el 22 de Diciembre de 1666, á Francisco Andrés de Uztarroz, pidiendo que le informase «de todo lo bueno y ingenioso que V. allare, porque la agudeza ha de salir muy augmentada». Unos años después, al tomar información de los *Equívocos*, de Ledesma, rogaba al mismo amigo que le buscase unas rarezas, libros «ó manuscrito, ó algo que pueda aprovechar.»

En las ciencias políticas, así como en las otras, Italia, desde el principio del Renacimiento, adelantaba á España y á todas las naciones cultas de Europa. Lo que España desde el siglo XVI había producido, en ciencias filosóficas y morales, procedía, ni más ni menos que mucha parte del gran caudal de las artes y de las letras, de Italia. Una copia de la enseñanza de las Universidades italianas era la instrucción de que gozaban los ingenios de España en su juventud, en Salamanca, Valladolid, Alcalá y otras partes. En los círculos de los humanistas italianos, en aquellos brillantes recreos filosóficos que empezaron á florecer desde el tiempo del Magnífico, discutíanse y disputábanse con ardor ya muchos de los problemas de la política y del gusto

que ocuparon á Gracián toda su vida. El ideal de la instrucción y educación del príncipe, del cortesano, del político prudente, experimentado, sagaz, eran objeto de serio estudio desde Maquiavelo y Castiglione. En tratados políticos, en eruditos comentarios, en discursos, diálogos y también en escritos enigmáticos, en juegos de palabras y de fantasía, en emblemas, empresas, en máximas y regla de todo género, desarrollábase, ora en serio estilo didáctico, ora en retruécanos y burlas, satírica é irónicamente, aquella filosofía y práctica de la vida que alcanzaban en largo estudio hombres de Estado, embajadores y filósofos. Los «arcana política» como los entendía Cardano (1), el «ars gubernandi», el arte de dominar sobre los otros y sobre sí mismo, de bien elegir, de tener buen deseo, de vivir á lo práctico y á la ocasión, de bien conversar, de pensar anticipado, de ser cuerdo y audaz á la vez, de saber jugar de la verdad y del desprecio, de negociar y obligar, de usar palabras de seda, de escoger en todo tiempo oportuno, produjeron en Italia aquella agudeza y perspicacia política, aquella maravillosa cordura y experiencia manifestadas en casi todos las relaciones contemporáneas de las embajadas de Venecia, de Mantua, de Ferrara y de Roma, in-

---

(1) Véase G. Vidari, *Saggio storico filosofico su G. Cardano, en Revista italiana di filosofía,* VIII (Diciembre 1893.)

apreciables documentos de observación psicológica que hacen deplorar vivamente la desunión y discordia de Italia, que no sólo no permitía aprovecharse de prendas tan raras, sino que las empleaba en su daño y en su perdición. Dichoso el español que en la misma Italia «donde saben tanto», como decía Lope *(El amante agradecido*, segundo acto), lograba instruirse, ensanchar sus conocimientos y su experiencia, participando en las disputas de los hombres más esclarecidos del tiempo; envidiábasele en España y teníasele en grande consideración. Lo que salía de las prensas de Italia pasaba en seguida á España. La moda «de traducir libros de italiano» estaba tan divulgada, decía Lope (vol. XI de las *Comedias*. Prólogo del teatro á los lectores), como «fingir cabellos, teñir barbas, hacer pantorrillas, rizar aladares con moldes, concertar cuchilladas». (1) Sería un estudio muy instructivo y útil averiguar y demostrar cómo las ciencias políticas y morales de Italia influyeron en España; cómo

(1) «Esta lengua (la toscana) es muy dulce y copiosa y digna de toda estimación y á muchos españoles ha sido muy importante, porque no sabiendo Latín bastantemente, copian y trasladan de la lengua italiana lo que se les antoja, y luego dicen: Traducido de Latín en Castellano. (Lope, *La Circe*. Madrid 1724, pág. 14).—«Por estorbar los insolentes hurtos que hacen, mandamos que no se puedan pasar coplas de Aragón á Castilla, ni de Italia á España, so pena de callar un mes el poeta que tal hiciere, y si reincidiere, de andar un día limpio». (Quevedo, *Premáticas del desengaño contra los poetas güeros*.)

el mismo Antonio de Guevara, tan leído y tan ensalzado, en muchas ideas está unido al suelo de Italia; cómo los innumerables autores de Tratados de gobierno, de Espejos de príncipes, de Reglas para vivir: p. ej., Sebastián Fox Morcillo, (*Regnis Regisque institutione*, 1556), Ginés de Sepúlveda (*De Regno et Regis officiis*, 1571), Juan de Torres (*Philosophia moral de príncipes*, 1576), C. de Bobadilla (*Política para corregidores y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra*, 1597), M. de Carvalho (*Espejos de Príncipes y Ministros*, 1598), Juan de Salazar (*Política española, contiene un discurso cerca de su Monarquía, materias de Estado, aumento y perpetuidad*, 1619), Francisco de la Barreda (*El mejor príncipe Trajano Augusto*, 1622), Claudio Clemente (*Machiavellismus jugulatus*, 1637), Mariana (*De Rege)*, Agustín de Rojas (*Buen repúblico*), Joseph Micheli Marquez (*Deleite y amargura de las dos cortes, celestial y terrena. Con la asistencia de los ingenios y lágrimas derramadas en la corte del Dios Momo*, etc., 1642), y otros: Antonio López de Vega, Pedro Fernández de Navarrete, Juan Eusebio Nieremberg, Vera y Zúñiga, los unos más, los otros menos, imitan y copian á los escritores político-morales de Italia, siendo, pues, incontestable que, á diferencia de sus vecinos, fundan sus doctrinas sobre rigurosos principios religiosos; como también la literatura del «savoir vivre», la cortesa-

nía, la galantería, después de la traducción del *Cortegiano* hecha por Boscan, después del *Galateo* de Gracián Dantisco, contaba sus modelos en Italia (1).

Gracián hubo de aprovecharse, sin duda, de los escritos de Maquiavelo; pero el *Príncipe*, así como la *República* de Bodin, le parecían dañosos para la educación política de un pueblo. No extraña, pues, la condenación que hizo en el *Criticón* del gran Florentino, con quien, en algunos puntos, puede compararse. Maquiavelo no es sino un valiente embustero; sus aforismos, si bien se examinan, «no son otro que una confitada inmundicia de vicios y de pecados; razones, no de estado, sino de establo; parece que tiene candidez en sus labios, pureza en su lengua, y arroja fuego infernal, que abrasa las costumbres y quema las repúblicas.» *(Crit.* I, 7). Muy queridos y apreciados por Gracián eran los *Emblemas* del Milanés Alciato, de quien había, ya en 1549, una traducción española muy libre, hecha por Bernardino Daza Pinciano (2). La extravagancia de muchos

(1) No recordaré aquí más que un libro, raro hoy día, muy leído por Gracián y sus contemporáneos: *El estudioso Cortesano.—Agora en esta última impresión añadido el Proverbiador ó Cartapacio*, *Contiénense: el Estudioso*, *Pobre por bovedad ó grosería*, *En conversación, Convidado, Caminante*, *Discreto en sus persecuciones*. Alcalá de Henares 1587.

(2) *Los emblemas de Alciato. Traducidos en rimas españolas*. Lyon, 1549. Véase Gallardo, *Ensayo* II, 752. Mejor servicio haría á Gracián la edición latina, de 1608:

emblemas, no menoscababa en ningún modo el gozo que Gracián hallaba en las ideas de Alciato, expresadas en forma tan concisa. Repetidas veces Gracián alaba la sagacidad del Milanés, la «grande, sublime moralidad con que corona sus emblemas». (*Agudeza*, Disc. 11, 12, 13, 19, 23, 24, 27, 41, 44, 49, *Criticón*, II, 4.) Lo obscuro y enigmático de la enseñanza moral, el vestido simbólico del pensamiento, tuvieron siempre grande atracción para Gracián. Hay muchas huellas de la influencia de Alciato en el *Criticón*, en el *Héroe* y en el *Discreto*. De Alciato, por ejemplo, está tomada la figura de las brillantes cadenillas de la boca de Hércules, que más que su formidable clava remedia monstruos, aprisiona los entendidos. De este género de literatura moral, que floreció en España tanto como en Italia (1), son dos obras muy populares por más de

Andreae Alciati. V. C. Emblemata cum Claudio Minois, J. C. Comentariis. Anterior á la traducción española de Alciato, es la alemana hecha por Wolfgang Hunger, y publicada en París 1542. Véase *Centralblatt f. Bibliothekswesen*, 1896. Julio. Sobre la estima que Alciato gozaba en España, hay noticias en el *Culto sevillano* de Robles Sobre Alciato, véase á H. Green, *Andrea Alciati and his book of emblems*. London 1872, y V. Cian, *Lettere inedite di Andrea Alciato a Pietro Bembo. L'Alciato e Paolo Giovio* en *Archiv. Stor. Lombardo*. 1890, pag. 811 y siguientes.

(1) Además de las traducciones de Alciato y Giovio, aparecieron en España unas imitaciones. En 1584 los *Emblemas* de Galcerán de Castro de Aragón y Pinós; en 1589, en Segovia, los *Emblemas morales* de Juan de Horozco y Covarrubias. Hay otra edición de 1604.

un siglo, atentamente leídas por Gracián: la *Floresta Española de apotegmas ó sentencias, sabia y graciosamente dichas, de algunos españoles Colegiados por Melchor Santa Cruz de Dueñas* (impresa por primera vez en 1574) y *Las seiscientas apotegmas*, de Juan Rufo (Toledo 1596). La primera se imprimió varias veces (incluso en Aragón, pues conozco una edición, de Huesca, 1618), y emigró también fuera de España á Italia, Francia y Alemania. Harsdörfer se aprovechó de ella varias veces en los *Gesprächspiele*, y contábala entre los tesoros más preciosos de las literaturas extranjeras (1). La segunda es obra más genial, á pesar de estar hoy día casi completamente olvidada. Gracián no acaba nunca de ensalzar á su favorito Rufo, á quien llamaba «pronto», «cuerdo», «sobre ingenioso», «agudo», etc. *(Agud.* Disc., 13, 21, 25, 26, 27, 29, 33, 48 y 62), y le seguía más de una vez en sus sentencias y aforismos. Los escritos curiosos y estrafalarios de Tommaso Garzoni, que se derramaron al empezar el si-

(1) De esta *Floresta de apotegmas* habla F. Wolf en su artículo: *Ueber den Hofnarrem Kaiser Karls V. genannt El Conde don Francés de Zúñiga und Seine Chronik*, en *Sitzungsberichte der phil. hist. Classe der k. k. Akademie der Wissenschaften.* Wien 1850. V. 22 y siguientes. Otra colección: *Decreto de sabios. Flor de sentencias*, de Francisco Guzmán, autor de unos *Triunfos morales*, había aparecido en Alcalá en 1557. También conocería Gracián la traducción de Erasmo: *Libro de Apothegmas agora nuevamente traduzidos y recopilados en nuestra lengua castellana y dirigida al il° Señor Don Perasan de Ribera*, Anversa 1549.

glo XVII en España, como en otras partes, y leíanse más en traducciones que en el original, así la *Piazza universale* (trad. por Cristóbal Suárez de Figueroa), como el *Serraglio degli stupori del mondo*, al *Sinagoga degli ignoranti*, el *Hospital dé Piazzi incurabili*, desilusionaron á Gracián, que gustaba de todo lo curioso, barroco y extravagante. Debajo de rumbosos títulos no halló ni realidad ni substancia. En la *Cueva de la nada (Critic.*, III, 8), donde acaban varios libros de autores italianos, pasan también los de Garzoni que, á pesar de estar en grande reputación, nada valían: «los más pecan de floxos, no tienen pimienta en lo que escriven, ni han hecho otros muchos de ellos, que hechar á perder buenos títulos, como el Autor de la Plaça Universal: prometen mucho y dejan burlado al Letor, y más si es español» (1). Otros italianos: el Giovio, Doni, Guicciardini, Bentivoglio, Birago, Siri, Malvezzi, Botero, Boccalini, salen con más honra de la crítica de Gracián. De los tres últimos, que influyeron muchísimo también en Quevedo, Gracián habló siempre con gran estima y admiración. «El Marqués Virgilio Malvezzi» dice en la *Agudeza* (Disc. 57) «junta el estilo sentencioso de los Filósofos, con el crítico de los Historiadores y haze un mixto admirado; parece un Séne-

(1) La expresión «Sinagoga de ignorantes presumidos» en el *Criticón* (II, 5), está tomada sin duda de Garzoni.

ca, que historia y un Valerio que filosofa». El *Romulo* es para Gracián (*Agud.* Disc. 55), en la profundidad, en la concisión, en las sentencias, superior á muchos poemas: «no tiene palabra que no encierre un alma; todo es viveza y espíritu.» (Véase también el *Criticón* II, 2). La *Ragione di Stato* de Botero—con su moral que recuerda la de Bodin y Pietro Belli y es diametralmente opuesta á la de Maquiavelo, y cuya importancia ha sido recientemente muy bien determinada por el Prof. Gioda (1)—, hallábase á menudo en manos de Gracián, quien la ensalza en muchos discursos de la *Agudeza* y la encomienda en el *Criticón* (II, 4) á un príncipe, «tan católico como prudente», hallándola «toda embutida de perlas y de piedras preciosas» (2). Las *Aggiunte alla Ragione di Stato* no se publi-

(1) C. Gioda, *La vita e le opere di Giovanni Botero*, *con la quinta parte delle relazioni universali e altri documenti inediti*. Milano 1895. Véase también E. Botero, *Prudenza di stato o maniere di goberno di Giovanni Botero*. Milano 1895; G. Cimbali, *La sapienza politica di G. Botero*, en *Nuova Antología* 1896. Fasc. 9.

(2) Los *Asilos notables de prudencia*, *la Erudita y grave razón de Estado*, de Botero, hallan un verdadero panegírico en la *Agudeza*. En el Disc. 28 (*De las Crisis Juiziosas*) encomienda otros escritos del ilustre autor: el «libro de los dichos memorables de los personajes más graves de estos tiempos, léele que es uno de los libros del buen gusto y de la curiosidad, digno de la librería más selecta, así como todas las obras del Botero... pero entre todas las obras, las Relaciones del mundo y de los monarcas, en que da razón de los Estados», etc.

caron hasta 1659, un año después de la muerte de Gracián. Las *Relazioni universali*, también gozaban gran favor en España y hallaban, ya en 1602, un traductor en Rebullosa (1). Más aún que Botero, gustaba á Gracián el mordaz é irónico Boccalini, «el que supo más bien decir mal» (*Criticón*, III, 9), que siempre fué hostil á España y al gobierno de los españoles, llamado Becolin por Lope de Vega («Becolin, que al español mataste» en *Rimas de Burguillo)*. Los *Ragguagli al Parnaso* eran un libro favorito de Gracián. En el *Criticón*, en el *Oráculo* y en el *Discreto*, hállanse también reminiscencias de la lectura de la *Pietra del paragone politico*. Gracián no ha dejado nunca de alabar al enemigo de su patria, á quien reconocía como modelo en la sátira política, á quien llama en la *Agude-*

(1) Conozco una edición de Gerona, 1622: *Descripción de todas las Provincias y Reynos del Mundo, sacada de las Relaciones Toscanas de Juan Botero Benes, por Fr. Jayme Rebullosa de la Orden de Predicadores.* Compárese este pasaje de la prefacción del traductor con la sátira mordaz del mundo de Gracián: «Aquí finalmente podrá el Letor que digo, echar de ver que la tierra no es inica, rigurosa y cruel madrastra, sino muy amorosa, piadosa y benigna madre, que nunca cansa de servirlo, pues la que lo recoge en naciendo, lo sustenta vivo, lo alcanza muerto, y como fiel depositario lo restituyra el dia de la universal Resurrección.» Como Gracián advierte en la *Agudeza* (Disc. 28), la traducción española de la *Ragione di Stato* se hizo «por mandato del prudente Filipo»: *Diez libros de la razón de estado. Con tres libros de las causas de la grandeza de las ciudades.* Trad. por A. de Herrera. Madrid 1593.

za. (Disc. 16, 20, 27, 28, 51) «ingenioso», «discreto», «juizioso», «gran sazonador de bocados» y pone una vez (Disc. 56) al lado de Dante y Petrarca (1). Quevedo, que escaramuzaba muy frecuentemente en sus escritos con Boccalini, no podía menos de ensalzar su «sutileza y elegancia» y le imitó también en varias «letrillas», en sus *Avisos* y en sus sátiras políticas (2).

Como precursor de Gracián hay que considerar á Alonso de Ledesma, curiosísimo original, que sepultó muchos agudos, sutiles y profundos pensamientos por su afición insana á lo extravagante, lo alegórico y enigmático, cubriendo sus invenciones con las flores marchitas de un culteranismo de pésimo gusto, usando de un sinnúmero de tropos, conceptos y jeroglíficos, poeta

(1) «Los ingenios italianos los han autorizado y platicado con eminencia (la agudeza compuesta fingida en especial). El Petrarca en sus triunfos. El Dante en sus infiernos. Pero el que más los ha realçado, ha sido Trajano Bocalino en sus Críticos Raguallos del Parnaso, saçonando lo selecto de la Política y lo picante de la sátira, con lo ingenioso de la invención, y con lo dulce de la variedad, aunque el estilo es sobrado difuso para un tan intenso ingenio.»

(2) Además de las traducciones españolas del Boccalini indicadas por Nicol Ant. *Bibl. Nova*, II, 369, hay también otros fragmentos de traducciones é imitaciones. Véase Gayangos, *Catalogue of the manuscripts in the Spanish language in the British Museum*. London 1875. I, 39. Eg. 555; pág. 123. Add. 21, 442; pág. 544. Eg. 2.080). Sabido es que Boccalini es uno de los grandes interlocutores en el *Hospital de las letras*, de Francisco Manuel de Melo (1657).

muy leido é imitado en su tiempo, pero hoy de lectura pesadísima y casi olvidado. En el prólogo á su *Romancero y monstruo imaginado* (Lérida, 1616), Ledesma prometía pintar algo más que los «atajos de la vida, los caminos de la muerte, los quilates de la virtud, los puntos de la honra, los filos de la justicia, los remedios de la prudencia, los términos de la cortesía, las mudanças del tiempo, las huellas de la fortuna, los siglos del pesar, los instantes del plazer, los desvelos del matrimonio, los daños de la lengua, los halagos de la lisonja, los fines de la hermosura, los bríos de la juventud, los enfados de la vejez, los gustos del amor, los azares de los celos, los plazos de la mentira y la lisura de la verdad.» Como resulta de la correspondencia inédita ya citada, Gracián no había dejado de proveerse también en el almacén de invenciones y conceptos de Ledesma, de quien era admirador por extremo, y llamaba en la *Agudeza* «divino» (á causa de sus rimas á lo divino) (1). A cada obra nueva del

(1) *Agud.* Disc. 33, donde llama á las obras de Ledesma «un equívoco continuado» y á Huesca erróneamente «su dichosa patria». Más bien que del Aurelio de Fernán Pérez de Oliva *(Diálogo de la dignidad del hombre)*, que opone á las ideas pesimistas de Antonio sus ideas optimistas, el nombre Andrenio en el *Criticón* parece tomado del «enamorado Ardenio» de Ledesma. Véase los *Conceptos espirituales*. Madrid 1600. *Romances del desengaño, en que se pinta un amante, desde que se enamora hasta que olvida, persuadido de los consejos que le dan el entendimiento y la ra-*

poeta segoviano, Gracián quedaba suspenso y y pasmado. Pero el español que más puntos de contacto tiene con Gracián es indudablemente Quevedo, que el filósofo aragonés alababa en la *Agudeza* cual «prodigio de sutilidad en la poesía, anteponiendo, sin embargo, los versos á la prosa, á las obras filosóficas y morales.» En el *Criticón*, pues (II, 4), nombrando á Quevedo después de Petrarca y de Lipsio compara sus hojas á las del tabaco, «de más vicio que provecho; más para reir que aprovechar» (1). Con todo esto, Gracián participaba, con Quevedo y Cervantes, de la amplitud, el vigor y la audacia del ingenio, la fineza del chiste, la tendencia irresistible á la ironía y á la sátira, el conocimiento profundo de las flaquezas y de los vicios del mundo, la facultad de hallar en seguida el lado ridículo de nuestra pobre y frágil naturaleza humana. Quevedo, mucho más imitador de los clásicos antiguos que Gracián, que hallaba su consuelo y distracción glosando los escritos de los Santos Padres, discípulo de los italianos en política, en filosofía, como él mismo confiesa, discípulo de Maquiavelo, de Cardano, Campa-

---

zón. La biblioteca real de Darmstadt, posee un manuscrito (N. 3.079) de unas *Burlas en equívocos*, *compuestos por Alonso de Ledesma,* que no conozco. Véase un buen artículo sobre Ledesma en Colmenares, *Historia de Sogevia. Escritores Segovianos* Madrid 1640, pág 779 y siguientes.

(2) En el *Criticón* (III, 12), Quevedo aparece entre los modelos de la prosa.

nella, Paruta, Botero, Boccalini, y, sobre todo, del admiradísimo en España marqués Malvezzi, es inferior á Gracián en la profundidad, en la energía, en la originalidad del pensamiento filosófico. Quevedo tiene ideas geniales que parecen y desaparecen como relámpagos; Gracián tiene ideas completas, fijas, duraderas. Quevedo toca sin penetrar, lleva consigo gran parte de la ciencia escolástica, se apoya con preferencia en otras autoridades, sacrifica voluntariamente su propio juicio, su razón y su lógica, sofoca el escepticismo al nacer en su ánimo, apenas se le pone la infalible é indiscutible tradición católica (1). No conoce ni regla ni sistema. Tiene menor capacidad y firmeza de pensamiento que Gracián, y á la vez menos gusto. En Quevedo hay exuberancia de fantasía, en Gracián de reflexión. Quevedo es más poeta. Gracián más filósofo (2).

Si á los ya referidos escritos filosóficos y morales de los españoles añadimos otros contemporáneos de las obras de Gracián: la *Idea de nobles y sus desempeños en aforismos*, de Padilla Man-

(1) Véase la exposición muy acertada de la filosofía de Quevedo en el libro de E. Mérimée: *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo*. París 1886, pág. 265 y siguientes.

(2) No he logrado leer la dedicatoria de Quevedo á Lastanossa en la *Fortuna con seso*, edición de 1650, donde Quevedo juzga á Gracián. La afinidad y desemejanza del genio de los dos satíricos, resulta también comparando la *Fortuna con seso* con el *Criticón*.

rique (Zaragoza 1637-44); el *Norte de príncipes;* los *Aforismos*, de Antonio Pérez, «tan favorecido de la fama cuan perseguido de la fortuna» (*Agud.* Disc. 62) (1); la literatura de las *Empresas*, tan floreciente en España como en Italia (2); las *Empresas*, de Diego de Saavedra Fajardo; los *Proverbios morales... Philosophia cortesana moralizada*, de Alonso de Barros (Madrid 1587) (3); otros libros, medio mundanos y medio espirituales como *Aprovechar deleitando en un dialogístico espiritual*, *del cual se deducen varias sentencias espirituales*, *morales y políticas* (Valencia 1653) (4); el *Espejo de cristal fino*, de Pedro de Espinosa (Madrid 1662); las novelas filosófico-morales, como el *Guzmán de Alfarache ó Atalaya de la vida humana*, de Mateo Alemán, que Gracián llamaba «el mejor y más clásico espa-

(1 J. Jacobs, *The art of worldly Wisdom*, London 1892, p. XLIII, cree en una influencia de los *Aforismos* sobre las máximas de Gracián.

(2) Sobre el sentido de la Empresa, véase á E. Pércopo, *Marc. Antonio Epicuro* en *Giornale storico della litteratura italiana* XII, 36 y siguientes. Novati, en *Giorn. Stor.* IX, 165 y siguientes. Bongi, *Anali di Gabriel Giolito* I, 507-9. En Baeza 1613, aparecieron las *Empresas espirituales y morales*, de Juan Francisco Villava.

(3) Conozco una traducción italiana de estos *Proverbios*, hecha por Alessandro Adimari, y publicada en Florencia 1622.

(4) El teatro también reflejaba esta corriente moralizadora. Véase el curioso *Auto sacramental nuevo de las pruebas del linaje humano y encomienda del hombre* (1695), publicado por Léo Rouanet, París 1897.

ñol» (1); libros como el *Pasajero. Advertencias utilísimas á la vida humana*, de Cristóbal Suárez de Figueroa (Madrid 1617) (2); el *Hospital de Incurables*, de Jacinto Polo; el *Desengaño del hombre en el tribunal de la fortuna*, de Martínez de Cuéllar; el *Teatro del hombre, el hombre*, de Juan de Zabaleta; el *Espejo de la vida humana*, de Pérez de Chinchón, y otras obras de mayor ó menor importancia (3), claramente se verá que la atmósfera de los eruditos de España, á fines del siglo XVI y hasta la mitad del XVII, estaba llena, saturada de ideas políticas, morales y filosóficas; que Gracián no podía menos de respirar el mismo aire de sus contemporáneos; que lo que

---

(1) No he logrado leer todavía una *Ataíaya da vida*, del portugués Curvo Senunedo (Lisboa 1754 (?).

(2) Un libro muy curioso, leído sin duda por Gracián, impreso ya en 1598 en Lérida, es la *Censura de la locura humana y excelencias della*, compuesto por el Licenciado Hierónymo de Mondragón.

(3) Algo parecido al *Criticón*, más antiguo de fecha, pero lleno también de chistes y sátiras sazonadas, imitadas tal vez de Luciano, con observaciones agudas y sagaces sobre la vida y el mundo, es el anónimo *Crotalón*, que los bibliófilos publicaron en 1871, sin ningún cuidado y sin ninguna crítica.

Menéndez y Pelayo, en su discurso *De la poesía mística (Estudios de la crítica literaria*. Madrid 1893, pág. 29*)*, halla cierta lejana analogía entre el *Criticón* y la obra originariamente escrita en arábigo, para mí desconocida: *Philosophus autodidactus sive epistola Abi Jaatar, ebn Thofail Hahi ben Jokdhan, in qua ostenditur quomodo ex inferiorium contemplatione ad superiorum notitiam ratio humana ascendere posiit*. Oxonii, 1671.

Gracián consideraba toda su vida como fin de sus estudios («entregándome con afición especial á la moral filosofía, pasto del juicio, centro de la razón y vida de la cordura», *Criticón* I, 4), habia ocupado ya incesantemente á otros pensadores menos agudos, sin embargo, y menos profundos. Gracias á la forma sumamente original con que expresaba sus ideas en continua efervescencia, Gracián parece muchas veces inventar, aun cuando realmente sigue la opinión, los pensamientos de otros. No le llamaremos como B. (que en la historia literaria de España no es tan experto como en la de su país) padre del gusto y de la prudencia política en el siglo XVII; también Gracián ha elaborado en su mente clara y profunda el caudal de las ideas ya transmitidas por otros. Nunca un hombre solo, un pensador solitario, puede dejar su impresión particular en el gusto y en la política; hace falta para esto todo un período de civilización, toda una sociedad de eminentes pensadores. Difícil es establecer con rigor si esta ú otra sentencia pertenece á Gracián ó á algunos de sus predecesores. El crítico más experimentado y más docto, puede también errar en el estudio de las fuentes de Gracián. Pero nadie disputará por esto á Gracián la riqueza prodigiosa, inagotable, deslumbradora de las ideas, la genialidad intuitiva, el conocimiento profundo del corazón humano. El mejor libro del mundo es el mismo mundo, decía Gracián; el gran moralis-

ta siempre lo tuvo abierto y supo leer en sus hojas con criterio y sagacidad mayores que nadie.

«Seréis hombres, tratando con los que lo son, que esso es propiamente ver mundo; porque advertid que va grande diferencia del ver al mirar, que quien no entiende, no atiende; poco importa ver mucho con los ojos, si con el entendimiento nada, ni vale el ver, sin el notar.»

Lo que otros habian expresado en una moral floja y diluída, en interminables, soñolientos discursos, en tratados pedantescos de indigesta erudición; lo que el sabio, prudente y piadoso obispo de Mondoñedo había predicado con gran pompa retórica, en un sinnúmero de frases y de imágenes afectadas, con infinitas consideraciones espirituales y morales, Gracián lo expresa en sentencias breves, en aforismos lacónicos, de dos filos. «Emprendo á formar con un libro enano un varón gigante, y con breves períodos inmortales hechos»—decía Gracián en el prefacio del *Héroe*. El más sagaz moralista no declara su moral, prefiere dejarla suspensa para que otros la descubran. El más grande secreto de un escritor es el de saber demostrar en su obra que es superior á lo mismo que produce. «Es gran eminencia del ingenioso artificio—dice Gracián (*Agud.* Disc. 44)—llevar suspensa la miente del que atiende y no luego declararse.» Un humor fino y delicioso, la risa escondida del agudo censor, la ironía involuntaria, realzan el valor de

las doctrinas morales de Gracián. En esto el autor del *Criticón* es hermano de Cervantes. En la vivacidad, en el fuego y el vigor del temperamento, en el combate ardoroso contra la tradición escolástica antigua, es el sucesor de Vives y Huarte. Enemigo declarado de toda pedantería y del obscurantismo, de la erudición fría y acompasada, aborrece la ciencia rancia, desaliñada, muerta; quiere vida, animación, vigor y fervor en todo; quiere cultura verdadera, no fingida. «Sobre los favores de la naturaleza assienta bien la cultura, digo la estudiosidad y el continuo trato con los sabios..., la experiencia fiel, la observacion juiziosa, el manejo de materias sublimes, la variedad de empleos: todas estas cosas vienen á sacar un hombre consumado, varón hecho, y perfecto.»

Por su fuerza de observación psicológica, por la libertad y valentía del juicio, Baltasar Gracián es precursor de la ciencia moderna. Contrariamente á Schopenhauer, Gracián no tiene sistema filosófico determinado, escuela ninguna; no quiere más que demostrar, en sus esparcidas observaciones, en sus máximas y reglas de vivir, su gran experiencia, su milagrosa práctica de la vida, su prudencia, capacidad y sabiduría. Es maestro inimitable del chiste, de la agudeza, de lo picante y salado, y, sin excepción alguna, el escritor más lacónico de España. «Lo bueno si breve, dos vezes bueno». En esto es el

sucesor más digno de Marcial en su patria. «A pocas palabras buen entendedor.» Esta inversión del refrán común, fué siempre practicada por Gracián. No la superficie, sino el interior de las cosas, tiene importancia para él. Lo epigramático, lo sentencioso á la manera de Séneca, ha sido siempre una calidad, nunca bastante reconocida y alabada, de los españoles de la edad de oro, á pesar de las quejas de algunos inocentes conocedores de las cosas de España, que condenan sin más ni más toda la literatura española como producto de una retórica enfática, vacía en el sentido y en la forma. En lo epigramático y sentencioso, nadie ha llegado á la perfección de Gracián. Su laconismo obstinado le hace decaer en lo enigmático y pecar de falta de claridad y de arreglo en la forma. Gracián amó siempre el vestido alegórico y simbólico del pensamiento, la acumulación de los emblemas, antítesis, palabras de doble significado, la combinación disparatada, el choque de varias ideas. «Los Emblemas, Geroglíficos, Apólogos, Empresas, son la pedrería preciosa, el oro del fino discurso»—dice Gracián mismo en la *Agudeza* (Disc. 58).—Por esto muchos no le comprendieron y le llamaron extravagante y barroco. Por eso es escollo peligroso de los traductores, y fué escollo temible y dañoso también para Schopenhauer, el más genial intérprete de Gracián.

En dos capítulos muy condensados, el referido

libro de B. trata de Gracián como político y como maestro del gusto. No da, sin embargo, una exposición definitiva y completa de las doctrinas políticas y estéticas del gran pensador español, sino un resumen breve y bastante exacto de las máximas y reglas dictadas por la práctica de la vida. Conocemos así al hombre discreto, al varón atento, al político peleando contra los embustes y las desdichas de la vida. Nunca olvidará el político que la vida del hombre no es otra cosa que una milicia sobre la haz de la tierra. Armese contra los ataques del mundo, y haga de la prudencia y de la circunspección sus armas favorecidas. Un grano de audacia es también importante cordura. Saber dominar el tiempo y el espacio, saber esperar, es grande arte que todo alcanza. Fundamento de la política es la capacidad (1). Añade el hombre conocimientos á conocimientos; nunca el saber es bastante. Con esta capacidad el rey católico don Fernando supo ganar á todos sus reinos. Sólo el hombre preparado al más animoso combate, á la resistencia más obstinada y heroica, logra favor en el mundo. Gracián cree firmemente, como algu-

---

(1) Botero, antes de Gracián, había dicho: *Delle relazioni universali*, Ferrara, 1593. T. II. Proemio sobre el *Valor*, pág. 7: «Il valore consiste nell' accortezza dell' ingenno, con la quale e si conoscono e si abbracciano opportunamente l'occasioni e si schivano e si spianano le difficoltá.»

nos modernos filósofos y poetas, como Gœthe y G. de Humboldt, por ejemplo, en el poder individual del hombre (1). Todos los acontecimientos humanos son para él efecto de fuerzas individuales. El hombre aislado, no la humanidad en su complexo, es dueño de la acción. Sin astucia, el cuerdo político no llevará siempre la victoria sobre los otros. Es menester á veces disimular (2). Menester es también saber usar de la necedad en provecho de sí mismo. Gran sutileza del vivir, saber vender el aire. Negóciase en el aire con el aire. Gracián, el prudente educador del político, no tiene escrúpulos de ense-

(1) Véase el capítulo sobre la filosofía individualista de G. de Humboldt y sus relaciones con la de Rousseau en mi libro *Guillaume de Humboldt et l'Espagne*. París, 1897. pág. 10 y siguientes, y el estudio de J. Volkelt, *Das Recht des Individualismus* en la *Zeitsch. f. Philosophie u. philos. Kritik*. 1898, vol. III.

(2) A la moral del «hombre político», de Gracián, se parece en algo la moral política del Príncipe en la *Idea de un príncipe en cien empresas*, de la cual hay una traducción alemana: *Ein Abris eines Christlich-Politischen Printzens. In CI Sinn-bildern und mercklichen Symbolischen Sprüchen gestelt von A. Didaco Saavedra Faxardo. Zu vor auss dem Spanischen ins Lateinisch; nun ins Deutsch versetzt*. Zu Amsterdam. Anno 1655. (Véase el Símbolo 36). No puedo creer con B. (pág. 33) que hay en la *Idea de un príncipe* influencia de Gracián. Las *Empresas* de Saavedra Fajardo aparecieron casi al mismo tiempo que el *Político* del jesuíta aragonés. Añádase que Fajardo escribió su obra en gran parte fuera de España, y que anduvo errando tres años por Alemania. (La dedicatoria de las *Empresas* tiene la fecha de Viena-Julio 1640.) Excusado es decir que Gracián ven-

ñar á la sazón máximas egoístas y tiranas á los ojos de muchos. Tan grandes son los peligros á que está expuesto el hombre, tan importante es saber ser dueño de sí mismo y de los otros en todas ocasiones, que los expedientes mefistofélicos son muchas veces medios indispensables para la existencia. No séase columbino en todo; altérnense la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma.—No fué Gracián el primero en definir el «discreto»; pero nadie como él sabe pintarlo aguerrido en todo, armado de pies á cabeza. Ser cuerdo y prudente, saber callar en ocasiones, son para él extremadas prendas. Gran lección es saber vender una eminencia afectando el encubrirla para conservarla, y aun aumentarla con el deseo. Saber y saberlo mostrar, es saber dos veces. El ignorar es muchas veces tan importante como el mismo saber. Tenga el dis-

---

ce á su ilustre contemporáneo en la sagacidad y profundidad de las ideas.—Sobre *Saavedra Faxardo* hay un estudio de Corradi en la *Memorias de la Academia de la Historia*, y una monografía, no definitiva, pero útil, del conde de Roche y de D. José Pío Tejera: *Saavedra Fajardo. Sus pensamientos*, *sus poesías*, *sus opúsculos, precedidos de un discurso preliminar crítico*, *biográfico y bibliográfico sobre la vida y obras del autor*, *é ilustrados con notas, introducciones y una Genealogía de la casa de Saavedra*. Madrid, 1884.—Gracián en el *Criticón* (III, 12) describe una nave hecha de incorruptible cedro, que navega en el inmenso piélago de la fama á la isla de la inmortalidad, relevada de Emblemas y Empresas tomadas del Sorio, de *Saavedra*, de Alciato y de Solorzano.

creto buenos repentes; decía bien el que decía: El tiempo y yo á otros dos; mejor decía otro: El sin tiempo y yo á cualquiera. Gran realce es elegir. Un acierto basta para ganarlo todo con inmortal reputación; basta un yerro en las llaves de la razón de Estado, para perderlo todo con descrédito. «Más triunfos le consiguió á Hércules su discrecion, que su valor, más plausible le hizieron las brillantes cadenillas de su boca, que la formidable clava de su mano.»—También Gracián encomienda el desprecio como venganza muy acertada en política: Es treta para alcançar las cosas, despreciarlas. Procúrense los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos. «Es también el desprecio la más política vengança, única máxima de sabios.» No déjese nunca el hombre arrastrar por los torbellinos de la vida. «Es la passion enemiga declarada de la cordura, y por el consiguiente, de la elección.» Arte consumada es aquella del «dejar estar».—Gracián no predica, pues, el *quieta non movere;* no exige una absoluta inmovilidad política; no quiere más que saber señorearse á sí mismo. «Ay torbellinos en el humano trato, tempestades de voluntad, entonces es cordura retirarse al seguro puerto del dar vado.» Completamente libre de adulación no podía estarlo Gracián en su tiempo. Verdad es que en el *Político Don Fernando* («El Oráculo mayor de la razón de estado»), había dicho:

«Protesto, que no alienta mi pluma el Favonio de la lisonja»; pero también él tiene sus héroes, á quienes inciensa y adora; á la vez que llama á su rey favorito don Fernando un héroe «que supo juntar la tierra con el cielo», llama también á Olivares: «gigante de cien brazos, de cien entendimientos, de cien prudencias».

Cree B. lo que no creeré yo de ningún modo: que el entendimiento del gusto no ha salido de las controversias estéticas de varios filósofos y poetas; que no es fruto de la observación y ponderación de toda una época literaria, sino que se debe á la «Gesellschaftslehre» de un hombre solo, de un solo pensador, del único Gracián. De la estrecha celda de un moralista escudriñador, muy difílmente podía salir la verdadera averiguación y definición del gusto, que B. llama el teorema artístico más importante que quedaba aún á los modernos por descubrir. Mi humilde opinión es que el gusto no se inventa, como no se reconoce y forma de repente. Sin fundamento alguno, Trevisano había afirmado en su introducción á Muratori: *Riflessioni sopra il buon gusto* (Venecia, 1736) que los españoles, más expertos y acertados que otros en el uso de las metáforas, habían hallado la palabra «buen gusto». B. acepta sin más ni más la opinión de Trevisano en su *Poetik der Renaissance* (pág. 308) añadiendo todavía que ya los latinos reconocían un «gustus» y los franceses distinguían un «vrai-

goût» antes de Gracián. Yo soy del parecer que si B. hubiera seguido con más atención en su libro magistral de la *Poética* las corrientes literarias y estéticas del Renacimiento en Italia (1), probablemente hubiese encontrado una definición ó averiguación del gusto muy análoga á la expresada más tarde por Gracián. No negaré por esto que Gracián tenía sus ideas propias é ingeniosas también sobre el gusto; que añadió á su reconocimiento intelectual otro sensual, si así podemos llamarle; que desarrolló una teoría del gusto particular á su concepción de la vida y de las tendencias del hombre. Saber bien elegir, hallar el momento oportuno en todo, no llegar nunca demasiado pronto y nunca demasiado tarde, saber vender sus cosas (todo es mercancía en el mundo, según Gracián, también los hombres, también la verdad misma), topar luego con lo bueno en cada cosa, lograr todo en su sazón, saber gozar de las cosas en su punto, saber adivinar á veces: en esto consiste el secreto, la virtousidad del gusto. El gusto y la cultura están

(1) Como falta principal de este libro muy conocido, puede considerarse la injusta y casi obligatoria omisión de los infinitos tratados de estética italianos del Renacimiento, tan importantes para el desarrollo de las Poéticas en las otras naciones. De ellas hablará sin duda con su notable competencia y sabiduría mi activísimo amigo B. Croce en la *Storia dell' Estetica* que prepara y de la cual ya ha dado á luz un primer ensayo, *Tesi fundamentali di mi estetica etc.* Napoli 1900.

en relación recíproca. No hay el primero donde no hay el segundo. B., que supone el contacto de la idea moral y de la idea estética, admitido y clasificado de modo inimitable por Kant y Schiller, conocido ya por Gracián «el primer descubridor de estas esferas», olvida que no es este descubrimiento de los modernos, sino más bien de los antiguos, admitido ya por Platón y luego por los neoplatónicos del Renacimiento. También presenta B. como el primero que usó la expresión *hermosura del alma* («Schönheit der Seele») á su héroe, que, para él, nunca ha sido bastante alabado como precursor de las modernas corrientes filosóficas, como inventor y descubridor de nuevas partes ignoradas del pensamiento humano. Una indagación exacta y concienzuda de los tratados estéticos del siglo XVI, tanto italianos como españoles; un examen escrupuloso de las interminables discusiones sobre *hermosura espiritual*, haría muy dudosa esta prioridad atribuída á Gracián. Por el momento, aun haciendo abstracción de la *hermosura del ánima* de Fray Luis de Granada (1), recuerdo el pasaje

(1) «Bell' alma» era expresión ya usada por los italianos del Renacimiento, familiar al Ariosto. Recuerdo, entre otros versos, unos muy flojos de Valentino Valenti *(Il Tempio alla Divina S. Donna Giovanna d' Aragona*, Venezia 1565, pág. 88).

«Perchè, tutto quel bene, il Ciel cortese,
Ch' era in potere, e di Natura, e d' Arte,
In si bell' Alma, in si bel corpo aggiunse.

siguiente del *Tractado de la hermosura y del amor*, del escritor lombardo Massimiliano Calvi, que manejaba ccn pureza el idioma de Castilla y seguía las ideas filosóficas expresadas en los famosos *Diálogos* de León Hebreo (1). (*Excelencia de la hermosura del ánimo)*: «Hago os saver que no es menos annexa la hermosura del ánimo á la del cuerpo, que la claridad á la llama». (Capítulo XIII. *De la descripción verdadera de la hermosura humana menos perfecta)*: «qué necesidad ay de tractar de la hermosura del ánimo para descrevir esta del cuerpo? pues no solamente no tiene que ver cõ ella, siendo la una tan distincta de la otra, mas aquella del animo aun no meresce nõbre de hermosura, teniendo como tiene en cada una de sus preparaciones su nombre más propio que hermoso, como son, discreta, bien criada, docta, graciosa, jocunda, cortés, agraciada y otros infinitos» (al f. 13 b., léese también la expresión: *hermosear al alma)*.

Como hechizo del buen gusto, vida de las prendas, aliento del decir, alma del hacer, realce de los mismos realces, perfección de las mismas perfecciones, Gracián considera el *despejo*, pala-

(1) *Del Tractado de la hermosura y del amor. Compuesto por Maximiliano Calvi. Libro primero.* En Milán 1576 f. 39. —Borinski no recuerda un capítulo; *Entstehung und Begriffsentwickclung des Ausdrucks Schöne Seele* en el libro de E. Schmidt, *Richardson, Rousseau und Gœthe.* Jena 1875. (Apend. IV) pág. 318 y siguientes. E. Schmidt no va más atrás de Philipp von Zesen.

bra que ni en alemán, ni en ninguna otra lengua puede traducirse propiamente. Hay alguna afinidad entre el *despejo* español, y el *je ne sais quoi* tan discutido por los moralistas. Feijóo escribió en 1733 dos tratados: el primero sobre la *Razón del gusto*, el segundo sobre *El no sé qué* (1), olvidando casi enteramente á su precusor el Padre Gracián, y siguiendo las ideas expresadas por los tratadistas franceses (Crousaz).

Muy atrevida, y, á mi parecer, completamente falsa, es la suposición de que los moralistas franceses La Rochefoucauld y La Bruyère, deben considerarse como sucesores y discípulos de Gracián (2). Por curiosas que sean las semejanzas advertidas en las máximas de los dos franceses—de La Rochefoucauld, sobre todo—con los pensamientos profundos de Gracián (3), nadie

(1) Feijóo, *Theatro crítico*. Vol. VI. (Madrid 1733). Disc. XI, pág. 331 y siguientes. Disc. XII, pág. 345 y siguientes.—En todo el *Theatro crítico* no cítase ni una vez al Padre Gracián.

(2) Más prudente, dice Menéndez y Pelayo, *Ideas estéticas* III, 294: «Sería curioso averiguar, concordando fechas, si las semejanzas que se advierten entre ciertos pensamientos del ingeniosísimo Padre Gracián y otras de las máximas de La Rochefoucauld, de los caracteres de La Bruyère, son originalmente de procedencia francesa ó española.»

(3) La Rochefoucauld; *Oeuvres (Grands écrivains*, I, núm. 245): «C'est une grande habilité que de savoir cacher son habilité». (*De la cour*, núm. 85); «C'est avoir fait un grand pas dans la finesse, que de faire penser de soi que l'on n'est que médiocre mentfin», (Núm. 55): «Il n'y a point

podrá en rigor admitir una dependencia directa ni indirecta de los franceses respecto del moralista español. La concordancia, muchas veces

d'accidents si malheureux dont les habiles gens ne tirent quelque avantage, ni de si heureux que les imprudents ne puissent tourner a leur précipice». (Núm. 250): «La véritable éloquence consiste a dire tout ce qu'il faut, et à ne dire que ce qu'il faut». (Núm. 258): «Le bon goût vient plus du jugement que de l'esprit». (Núm. 377): «Le plus grand défaut de la pénétration n'est pas de n'aller point jusqu'au but, c'est de le passer». (Núm. 446): «On est quelquefois un sot avec de l'esprit, mas on ne l'es jamais avec du jugement». Núm. 550): «Il est plus nécessaire d'étudier les hommes que les livres».—La Bruyère tiene menos semejanza con Gracián que La Rochefoucauld. (*Grands écrivains. De la cour.* Núm. 315): «C'est rusticité que de donner de mauvaise grace, le plus fort et le plus pénible est de donner; que coute t il d'y ajouter un sourire? (323): «N'espérez plus de candeur, de franchise, d'équité, de bons offices, de services, de bienveillance, de générosité, de fermeté dans un homme qui s'est depuis quelque temps livré á la cour». Las máximas siguientes ya se recuerdan en la *Bibl. de autor. esp.* (LXV, 611): «Je ne sais lequel est le plus a plaindre, ou celui qui ne sais pas ménager son bien, ou celui qui ne sait pas ménager son esprit et son savoir; il y a une profusion a craindre pour les uns comme pour les autres. Ce n'est pas assez d'avoir de grandes qualités, il en faut avoir l'économie».—«La cour n'est jamais dénouée d'un certaín nombre de gens en qui l'usage du monde, la politesse ou la fortune tiennet lieu d'esprit et suppléent au mérite; ils savent entrer et sortir, ils se tirent de la conversation en ne s'y melant point, ils plaisent a force de se taire, et se rendent importants par un silence longtemps soutenu, ou tout au plus par quelques monosylabes, ils payent de mines, d une inflexion de voix, d'une geste et d'un sourire, ils n'ont pas, si je l'ose dire, deux pouces de profondeur si vous enfoncez vous recontrez le tuff. Mais après tout, ils réussissent a valoir aux yeux des hommes le double, au moins, de ce qu'ils valent en réalité.»

literal, resulta casi siempre de la misma fuente consultada, de la imitación de los clásicos y de Séneca, en especial (1). No se olvide tampoco á los precursores de La Rochefoucauld y La Bruyère en Francia, ni la fértil producción literaria de los moralistas del propio país: Rabelais, Montaigne, Bodin, Charron, Etienne de la Boétie, Michel de l'Hòpital, los precursores de Bayle y Saint-Èvremon, que sin duda, no tienen relación alguna con España (2), y á quienes, como también á los entretenimientos sutiles y sagaces en los salones del tiempo, deben muchísimo, tanto La Rochefoucauld, cuanto su émulo La Bruyère.

Alemania empezó á conocer á Gracián por intermedio de Francia. Las primeras traducciones del *Oráculo*, derivadas de la ya diluída y floja versión francesa de Amelot de la Houssaye, son ver-

---

(1) Ninguna noticia hay sobre este hecho interesantísimo en Ehrhard, *Sources historiques des Maximes de La Rochefoucauld*. Progr. des bischöfl. Gimnas. zu Strassburg 1891; tampoco en A. Berthet, *Nos faux moralistes ou les fameuses Maximes de La Rochefoulcauld*, París 1894; en J. Bourdeau, *La Rochefoucauld*, París 1895; en E. Hémon, *La Rochefoucauld*, París 1897; en Pellisson; *La Bruyère*, París 1893.

(2) Sobre los moralistas franceses, léase siempre el óptimo libro de A. Vinet, *Moralistes des seizième et dix-septième siècle*. París 1859. Véase también Prévost-Paradol, *Etudes sur les moralistes français*, París 1895; R. Thamin, *La philosophie morale en France au* XVII *siècle* en la *Revue des cours et conférences VI*, 7; E. Faguet, *Les grands maîtres du* XVII *siècle.—Politiques et moralistes*. 5.ª série. París 1900.

daderos destrozos del original, que anegan en un mar de palabras y en un sinnúmero de inútiles consideraciones la moral sutil, lacónica y cortante del ingeniosísimo Gracián. Abultada con un superfluo é interminable comentario, apareció la traducción del *Oráculo* de Federico Müller, que deriva directamente del original español y se imprimió por primera vez en 1717 y unos años después, en 1733, en dos gruesos volúmenes de unas 800 páginas (1). Una traducción alemana del *Criticón*, hecha sobre la versión francesa, salió á la luz en Francoforte y Lipsia en 1698, algo después de la traducción italiana de Cattaneo (2).

(1) Lleva el título: *Balthasar Gracians Oracul, das man mit sich führen, und stets bey der Hand haben kann. Das ist: Kunst-Regeln der Klugheit, volmahls von Hrn Amelot de la Houssay unter dem Titel: «L'homme de la cour» ins Frantzösische, anietzo aber aus dem spanischen Originales welches durch und durch hinzugefüget worden, ins Deutsch, übersetzet, mit neuen Anmerkungen, in welchen die maximen des Autoris aus den gründen der Sitten-lehre erklahret und beurtheilet werden. Von August Friedrich Müllern, der Philosophie und beyder Rechte Doctorn, und organi Aristotelici Professore Publico zu Leipzig.*

(2) *Il Criticon ovvero Regole della vita Politica Morale. Di Don Lorenzo Grazian. Traduzione dallo spagnuolo in Italiano di Giov. Pietro Cattaneo.* Venecia 1679. (Conozco una edición del 1720 y otra del 1745.) No está tan mal escrita, pero abunda en faltas groseras, variaciones y añadiduras inoportunas. Curioso es el prólogo, donde el traductor se excusa inocentemente: «ignaro affatto, anche de'rudimenti primi della lingua Spagnuola, mi posi a tradurre il presente libro... il quale capitatomi a caso, e da me letto più con attenzione che con regola, non avendone alcuna e capitone il senso in confuso, se non le parole, mi piacque in

Hacia 1731 apareció en Francoforte, también muy aumentada, una traducción latina del *Oráculo: Balthas. Graciani Avlicvs sive de Prudentia civili et maxime avlica. Liber singularis.- Franc. Glarianvs Meldenvs Constantiensis recensuit, Latine vertit*, en cuyo prólogo, hecho por Heinecke, recuérdase de cuánta utilidad había sido el *Oráculo* al famoso médico y filósofo Andreas Rüdiger. Aún no he logrado ver la traducción alemana del *Criticón: Entdeckter Selbstbetrug oder über die Laster der Menschen*, hecha por Gaspar Gottschling «Rector des Brandenburgischen Lycaeums», que tambien recuerda Buchholz en la parte prosaica de su *Handbuch der spanischen Sprache und Litteratur*. Berlín 1801 (I, 371). Nueva y sorprendente en el libro de B. es la noticia de una traducción del *Criticón* proyectada por Andreas Gryphius, apenas hubo de aparecer la primera alemana en 1698, traducción que lastimosamente no se publicó y que no hubiese repetido los errores, las equivocaciones estrafalarias, las torpezas de la francesa. Gryphius, como demostraré en la refundición de mi obra sobre *Alemania y España*, conocía

---

estremo, etc.» Un estudio bastante interesante pudiera hacerse sobre Gracián en Francia, donde primero se tradujeron y apreciaron sus obras. De unas traducciones hay memoria en el estudio de Lanson, *Etudes sur les rapports de la littérature française et de la littérature espagnole au* XVII, *siècle I (Revue d'hist. littér. de la France, 1896*, vol. III).

bastante bien la literatura española, especialmente el ramo satírico-moral y novelístico. No es muy difícil determinar las fuentes españolas en sus dramas. En *Cardenio und Celinde* tomó por guía la novela de Montalván: *La fuerça del desengaño* (en *Sucessos y prodigios de amor)*, sirviéndose, no directamente del original español, sino de la traducción italiana de Biasio Cialdini: *Prodigi d'amore* (Venecia 1635 (1).

En la introducción á la segunda parte de su libro, B. nos pinta el fondo sobre el cual álzase el nuevo horizonte intelectual, el nuevo ideal del político, la literatura alemana de corte del siglo XVII. De una parte, el deseo ardiente que tenían los doctos de una ciencia más viva é independiente, de una ciencia universal en oposición á la pedantesca y árida sabiduría escolástica del siglo pasado, la necesidad de una psicología práctico-empírica, el gusto por el razonamiento, por alcanzar experiencia y conocimientos en todos los ramos del saber, por abrazar el macrocosmo y el microcosmo, («omniun artium commume vinculum»); de otra parte, la tendencia general á una educación política, á desarrollar las nuevas doctrinas en forma popular al alcance de todos, cundiendo en todas partes los libros y tratados para el uso práctico del político corte-

(1) Véase unas notas mías en la *Zeitschr. f. vergl. Litteraturg.* N. F. XIII, 444.

sano, indicios estos característicos del tiempo. Y cómo de esta efervescencia, de este bullicio gegeneral de los espíritus, de esta producción literaria de los políticos, olvidada y sepultada hoy día, del mismo vacilar y tantear, de los frecuentes desaciertos. del método desarreglado y arbitrario de los nuevos corifeos de la ciencia, que tocaba muchas veces tan sólo la superficie de las cosas sin llegar á lo hondo; cómo de las controversias de ingenios no muy elevados salieron por fin los sistemas filosóficos profundos y duraderos de época posterior, una ciencia psicológica verdadera y centelleante, la psicología de un Leibnitz, son estos puntos interesantísimos de estudiar en el libro de B.

El erudito alemán, si con gran sagacidad y con lujo de doctrina ha sabido trazar un cuadro muy vivo de la literatura política en Alemania en el siglo de Gracián. ha idealizado, á mi parecer, las aspiraciones de los nuevos investigadores de la ciencia, no dando suficiente importancia á un factor principal por el desarrollo y la popularidad de la literatura cortesana en aquel tiempo de lisonjas y de servilismo: la tendencia febricitante que impelía hacia la corte; la concentración de todos los deseos é ideales, tanto de los sabios como de los ignorantes, de los nobles favorecidos por la fortuna como de los ciudadanos pobres y desgraciados, de jóvenes y de viejos, en la corte. No faltaron voces, forzoso

es decirlo, que pintasen con negros colores los peligros de la vida de corte; no faltaron los consejos de los cuerdos, que amonestaban ser la fortuna y el esplendor en la corte nada más que vana apariencia, humo fugaz. Decía Hohlberg en *Adeliges Landleben:* «El mayor esplendor en la corte, es más bien un fuego que arde y consume, que llama que alumbra y vivifica.» Y Theobald Hock, en su *Schoenes Blumenfeld* (1601) que no hace mucho ha sido impreso con esmero por Max Koch—, quejábase con palabras semejantes de la fatuidad de la vida de corte; nada es más que un gran nombre, un humo sin llama. Estar en la corte es como quemar en el infierno (1). No inferiores eran las exhortaciones de Antonio de Guevara en sus *Institutiones vitae aulicae*, muy leídas y difusas en Germania, y, como todos los libros del insigne obispo de Mondoñedo, vul-

(1) *Schoenes Blumenfeld* hrg. v. Max Koch en *Neudrucke deutscher Litteraturwerke des XVI und XVII Jahrhunderts.* Halle a S. 1899, fg. 59, *Vom Hoffleben:*

Bey Hoff sein ist wol gwiss ein feine sachen
König vnd Fürsten zu Hoff eim können machen,
Ein hohen Edelen Stammen,
Ein Grossen Namen,
Ein Rauch ohn Flamem.
Doch nit zulang vnd vil kehr vmb bey zeiten,
Für kurtze Frewol hastu vil rewe vud neyden,
Bey zeit die rhux ervöhle
Langz Hoff, lang ervöhle,
Kein Gelt hein Gselle.

garizadas por Aegidius Albertinus (1). Eran palabras echadas al viento. La corte era un imán milagroso, que atraía irresistiblemente; la corte lo devoraba, consumía y sepultaba todo. No había entonces en Alemania, como en Francia en tiempo del «roi Soleil», dicha mayor en el mundo que el favor de un príncipe y el éxito logrado en la corte. La nueva educación literaria dependía forzosamente de esta tendencia general. La sopa de corte *(Die Hofsuppe)* era la comida ideal del tiempo. «Había muchos entre ellos», decía Christian Félix Weise en su *Politischer Näscher* «que hubieran podido ser ricos, no envidiar á nadie, no depender de ninguno en toda la vida, si no hubiesen tenido el gran deseo de la sopa de la corte política.» El estudio político más cuidado, el estudio de la prudencia práctica de la vida y del mundo, dirigíase á la corte, compendio y cifra de todo lo criado, «compedium vitae et actionum», como la llamaba Moscherosch, foco en donde se juntan los rayos de luz

(1) Doy aquí en nota un pasaje curioso de la traducción alemana: *Institutiones vitae aulicae oder Hof Schul... Anfangs durch Herrn Antonium de Guevara in Hispanischer Sprache componiert. Anjetzo aber Durch Aegidium Albertinvm, Bayrischen Secretarium vertcutscht.* München 1602: «Wer sich gen Hof begibt |der setzt sich in viel grossere gefahr| als der Nassica bey den Schlangen |als David mit dem Goliath| als die Ausspeher mit dem Enoth |als Hercules mit dem Antheo| als Theseus mit dem Minotauro |al Menelaus mit dem wilden Schwein| und als Perseus mit dem Meerwunder.»

más divergentes. Desarróllase en consecuencia una ciencia especial de ceremonias; multiplícanse los libros, imitados de modelos italianos, franceses y españoles, sobre la galantería y las prácticas refinadas de la vida; uno de los más conocidos entre ellos es: *Der galante und in dieses Welt-Lebens recht sich schickende Mensch* de Fortunander. El cortesano perfecto era el hombre perfecto. Es de suponer que el *Cortegiano* de Baltasar Castiglione, gozase, no sólo en Italia, en en España, en Francia (traducido hacia 1538) é Inglaterra (traducido en 1561 por T. Hoby), pero también en Alemania, inmenso favor. En 1565 traducíale al alemán Kratzer y dábale á luz en Munich (1). El *Oráculo manual* de Gracián influyó más tarde, gracias á la propaganda de Thomasius, cuando habíase ya desarrollado en Alemania, como en Francia, una política «der selbstsüchtigen, geschäftigen, gesinnungslosen Streberei», como la llamó, no hace mucho, Steinhausen (2). El mismo Steinhausen ha pintado

(1) No conozco ahora más que la traducción posterior: *Der Hofmann. Jetzunder unserm allgemeynen Vatterland zum besten in unser Teutsche Sprach Transferiert und gebracht durch Johan Engelbert Noyse* Dilingen 1593.

(2) *Der vol kommene Hofmann. Ein Libenside al des Rococo* en la *Zeitschrift für Kulturgeschichte*. N. F. Vol. I, pág. 416 Erróneamente considérase aquí á Gracián como perteneciente al siglo XVI.

con claridad, en un artículo reciente (1), el vigor y la extensión maravillosa de la vida política en Alemania después de la guerra de los treinta años; la tendencia general á adquirir de todos modos una práctica política, el ideal de los investigadores y pregoneros de la dicha humana, la concepción exterior, material y vulgar de la vida de los políticos *(Federfuchser)* alemanes, la inundación irremediable de los tratados políticos, de las guías «más breves, más fáciles» de la política y de la moral, de la «verdadera» sabiduría y prosperidad de la vida. «Estamos ahora en un siglo prudente», decía C. F. Weise *(Die drey klügsten Leute von der gantzen Welt)* «no hay mancebo que no se ocupe en los acontecimientos del mundo; todos gozan de esto, pero nadie llega más allá de la corteza y olvida el fruto»; y Rohr *(De prudentia et eloquentia civili comparanda diatribae isagogicae prudentia.* Jena 1699): «Hoc autem et superiori seculo magno conatu et certamine compendia politica scribi coepta sunt, iisque orbis, ad nauseam usque impletus». Según el mismo Rohr, el estudio de la *prudentia privata et publica*, fundábase, en gran parte, sobre modelos italianos y franceses.

B. llama oportunamente al libro de Huarte:

(1) *Galant, Curiös und Politisch. Drei Schlag und Modeworte des Perrüken Zeitalters* en la *Zeitschrift für den deutschen Unterricht.* IX, 22 y siguientes.

Examen de ingenios para las ciencias, precursor de una nueva ciencia experimental, de una psicología empírico estadística, primer ensayo de una topografía científica del cerebro y de la teoría de selección, tan famosa y discutida en épocas posteriores. No importa que el crítico exagere algo, y aun mucho, la profundidad, la penetración, la práctica del mundo del sabio médico español. Pero lo que no puedo admitir es que, el *Examen de ingenios* pertenezca efectivamente al siglo XVII y no al XVI, en que fué escrito. El ingenio español era mucho más inventor, creador, original y activo en el siglo XVI que en todos los siglos posteriores. Vives, Fox Morcillo, Gómez Pereira, Pedro de Valencia, Pedro Juan Núñez, Vallés, Villalpando, Gabriel Vázquez, Suárez, para no nombrar otros, representan gloriosamente la ciencia española en su mayor florecimiento, en el siglo XVI. El hecho de haber escrito Huarte en su idioma natal y no en latín, se comprende tomando en consideración la teoría arraigada en el discípulo de Galeno de la humedad mayor ó menor del cerebro en las diferentes naciones. Los septentrionales, por su mucha humedad, disponen, según Huarte, de «grande memoria y poco entendimiento»: son, por consecuencia, hábiles para las lenguas. No así los pueblos del Mediodía, de cerebro más seco, los españoles en especial, á quienes el latín es verdaderamente «repugnante». Huarte escribe en

español, según confiesa él mismo: «por saber mejor esta lengua que otra ninguna» y añade que «por el buen latín, conoscemos ya que es extrangero el autor, y por el barbaro y mal rodado, sacamos que es español» (1).

La política maquiavélica maldecida por todos y practicada por muchos, la *ratio-status* del gran Florentino, influyó bastante en la literatura alemana, en los tratados políticos cortesanos. Impios y bárbaros llamaba también Saavedra Fajardo en su *Idea de un príncipe*, muy difundida y muy leída en Alemania, á los consejos de Maquiavelo (Simb. 43) (2); y sin embargo, excusa-

(1) Huarte. *Examen de Ingenios para las sciencias.* En la oficina Plantiniana 1593. Cap. VIII, f. 102. B. que cita, tratando de Huarte, el artícnlo de la *Nouvelle Biographie*, olvida la tesis doctoral de J. M. Guardia: *Ensayos sobre la obra de Huarte.* París, 1855.

(2) Algo superficial es lo que B. escribe sobre el «Maquiavelismo» en Alemania. I. Guarinoni en su *Greuel der Verwüstung des menschlichen Geschlechts* (1610), llama á Maquiavelo «ein gottlos wälscher florentinischer Vogel». Las más graves afrentas al ilustre florentino hállanse en los escritos latinos de los jesuítas alemanes del siglo XVII. Hacia 1687 representábase en Osnabrück un drama «Machiavelo». Muy curioso es el duelo entre Pseudopolitia y Astutia en el drama *Dux de Kiperia.* (Véase J. Zeidler, *Beiträge zur Geschichte des Klosterdramas.* II. en la *Zeitsch. für vergl. Lit.* IX, 95.)

Caute, caute incedendum,
circumspecte procedendum
lateat fallacia,
lupus corde occultandus,
ovis pelle est celandus,

ba y adoptaba él mismo, como Lazarus von Schwendi, como Baltasar Schuppius, unos expedientes abominables del *Príncipe* (1). Con Schuppius empieza en Alemania la primera flor de los tratados políticos, bajo la influencia directa del *Discreto*, del *Político*, del *Criticón*, de Baltasar Gracián. Difícil es todavía averiguar si Schuppius, que escribía con preferencia en forma satírica y burlesca, grosera á veces, imita y copia á Gracián, más bien que á los franceses sus favoritos. Muy característica de la época es la caricatura del pedante, la lucha contra el obscurantismo, valerosamente sostenida por Schuppius. Recuerda la sátira continua y mordaz contra los pedantes, lanzada por los italianos del renacimiento y principalmente por Giordano Bruno en el *Candelajo* (2). La influencia de Gracián es innegable en C. F. Weise, tanto en sus tratados políticos como en sus cuentos mo-

---

ut amicus sit putandus,
haec nostra principia.

La influencia de Machiavello en Inglaterra ha sido en parte estudiada por E. Meyer, *Machiavelli and the Elizabethan Drama*. Heidelberg, 1897, y A. Hauffen, *Zu Machiavelli in England* en *Shakespeare Jahrbuch*, *1899*.

(1) Decía muy bien Logau en un Epigrama: «Anders sein und anders scheinen — anders reden, anders meinen — wer sich dessen will befleissen — kann politisch heuer heissen.»

(2) Véase A. Graf, *Attraverso il Cinquecento. I pedanti.* Torino 1888; pág. 171 y siguientes.

rales (1). Pero la sabiduría del *Kurzer Bericht vom Politischen Näscher*, mal se conviene con la forma cortante, resuelta y concisa de Gracián, y degenera casi siempre en moral floja y enfática. El uso de los refranes, recomendado vivamente por Weise en los escritos de forma didáctica y narrativa, practicábase ya mucho antes en Alemania. Harsdörfer (2), que conocía muy al pormenor la literatura moral y satírica española, no obstante su propaganda patriótica contra la invasión del elemento extranjero; que, ya en 1651 había compuesto una *Lobrede des Geschmacks* muy paradojal, pero no en el sentido de Gracián; que no sabía moderarse nunca en el empleo de símbolos y enigmas, de juguetes de palabras y retruécanos de imágenes alegóricas (véase su *Ars Apophlegmática* citada también por B.) (3); que tradujo, entre otros, de

(1) No siempre logra el crítico distinguir exactamente en Weise las reminiscencias de Gracián de las de los autores clásicos y franceses. «Es ist wohl ein Ding ob ich meine klugen Sprüche aus dem Seneca gelernt habe oder ob ich den Balzac zu rathe zie» *(Politischer Näscher.)*

(2) Un largo estudio sobre Harsdörfer de Theodor Bischoff, *Georg Philipp Harsdörfer. Ein Zeitbild aus dem 17 Jahrhundert*, apareció hace poco en la *Festschrift zur 250 jährigen Jubelfeier des Pegnesischen Blumenordens.* Nürnberg, 1894.

(3) B. olvida un libro muy leído en su tiempo y muchas veces impreso, del jesuita J. Masenius, *Speculum imaginum veritatis occultae, exhiberis simbola, emblemata, hieroglyphica, aenigmata...* Coloniae 1650. También merecía

Quevedo, «el Luciano español» (1), y escribió un *Kluger Hofman... Nachsinnige Vorstellung dess untadelichen Hoflebens* sobre modelos franceses (Monsieur de Refuge); que apreciaba y copiaba muchísimo las *Empressa* de Saavedra Fajardo (2), Hasddörfer, más que ningún otro en su patria, era pródigo en el uso de los refranes, y los introducía con la abundancia de Sancho en sus discursos, en sus novelas, en su «Klugen Lehren». (Véase su *Schauspiel Teustscher Sprichwörter*.

Como el político por excelencia, el docto esclarecido que representa espléndidamente el paralelismo entre la política y la filosofía, en quien concurren todos los hilos de la ciencia alemana á fin del siglo, el verdadero introductor de Gracián en Alemania. B., considera y estudia muy particularmente, bajo nuevos aspectos, á Christian Thomasius, discípulo de Descartes y de Gracián. El ejemplo de este atrevido reforma-

---

estudiarse, en relación con Gracián, el *Cherubinischer Wandersmann. (Geistreiche Sinn und Schlussreime)* de A. Silesius, reimpreso no ha mucho por G. Ellinger. Halle, 1895.

(1) *Traum der entdeckten Wahrheit, von einem Hund und dem Fieber: betreffend die Missbräuche Laster Meuchel-List und Trügerey der Weltlinge insgemein. Durch Don Francisco de Quevedo Villegas gedolmetscht auf gut Pantagruellisch durch Silenen Alcibiades.* Nürnberg 1654.

(2) En Alemania era casi más leído que Gracián. El mismo Thomasius hacía una crítica de las *Empresas* en sus *Gesprächen* (pág. 683 y siguientes.)

dor, de este enemigo declarado de la pedantería, estrechez y frialdad del pensamiento, en lucha continua con la ciencia escolástica tradicional, debiera imitarse hoy día también en la patria de Thomasius, en aquella tan esclarecida y tan docta nación que se precia de dictar leyes de sabiduría á todo el mundo y donde, de tiempo en tiempo, del seno de sus Universidades, brotan verdaderos prodigios de la más monstruosa pedantería. Por desdicha, la energía del pensamiento no llegaba en Thomasius á la energía de la acción. Su filosofía no era ni profunda ni original. No podía dar de sí mismo más que gérmenes, nunca frutos maduros (1). Después de su actividad revolucionaria en Leipzig, su nombre anda gloriosamente acompañado con el de Gracián. La corriente general llevaba también á Thomasius á ser hombre de corte, á dictar reglas y máximas de prudencia, para lograr favor y fortuna en la vida. No hubiera podido tener mejor guía en esto que el cuerdo é ingenioso Gracián. El curso en lengua alemana de Thomasius sobre Gracián: *Grund Regeln vernünfftig, klug und artig zu leben*, ha quedado típico de su tiempo (2). Hay en él imitación

(1) Véase el óptimo artículo sobre Thomasius en la *Allgemeine deutsche Biographie*. Vol. 38.

(2) Una reimpresión del famoso programa, prometida ya por R. Rodermann en su disertación: *Universitäts-Vorlesungen in deutscher Sprache um die Wende des 17 Jarhr-*

de Gracián, á quien Thomasius se parecía tal vez en la vivacidad del temperamento, en la prontitud y efervescencia de las ideas, en el chiste. Hay imitación también en varias de sus obras filosóficas y jurídicas. En la *Introductio ad Philosophiam Aulicam (Kurtzer Entwurff der Politischen Klughheit)*, insertó unas observaciones sagaces y oportunas, tomadas del *Criticón* y del *Oráculo*. Probablemente no fueron compuestos sin consultar á Gracián sus *Fundamenta iuris naturae* y otros escritos jurídicos que no conozco más que de nombre. Faltaba á Thomasius la cualidad esencial de Gracián de expresar un sinnúmero de ideas en forma lacónica y precisa. El alemán escribe con humor. pero con gran difusión; glosa en muchas frases lo que el español había expresado en una breve sentencia, en forma aforística. Gracián da como la síntesis del pensamiento; Thomasius, su análisis. También el *Examen de ingenios* del psicólogo Huarte fecundó las ideas de Thomasius. También Thomasius escribió un *Versuch vom Wesen des Geistes;* él, como Huarte, su modelo, mezcló también á muchas observaciones sagaces y luminosas, otras pueriles, caóticas y fantásticas. En el interior del hombre, Thomasius

hunderts, Friedrichsroda 1891, p. 19, apareció en los *Deutsche Litteraturdenkmale des 18 und 19 Jahrhunderts*. (Número 54). Stuttgart, 1894.

no veía tan hondo como el Padre Gracián; pero como Gracián reconocía en la voluntad y no en el entendimiento la residencia principal del ánima. Después que Thomasius se engolfó perdidamente en el espiritualismo y se hizo defensor de Augusto Hermann Francke, el *pietismo* y el esclarecimiento adelantaron juntos, á diferencia de lo que acontecía en otros siglos.

En otra parte, B. señala los daños que produjo el jesuitismo en la educación política del tiempo, dando alas á la filosofía cortesana, á la política cristiana, al tartufismo, á la impostura, á la jactancia y vanagloria. No puedo creer que el *pietismo* alemán, tal cual se encuentra en Spencer y Francke, sea esencialmente producto de la política cristiana. Las doctrinas de Molinos, que tan gran ruido habían hecho en Francia en tiempo de Pascal, tuvieron partidarios también en Alemania, en Zinzendorf y otros. No se olvide que los escritos de Suárez, de Escobar y Sánchez, gozaban no menos favor en Alemania, y no sólo en los centros jesuíticos. En tiempos posteriores, el mismo Leisewitz gustaba de las obras de los eminentes casuistas españoles; hallaba en ellos «á pesar de la intención abominable, grande consecuencia y sublime fantasía» (1).

(1) K. Bottiger, *Litterarische Zustände und Zeitgenossen*, I, 89. Los casuístas españoles eran también muy leídos por Jean Paul Richter. Véase *Zeitsch. f. vergl. Litteraturg.* N. F. XIII, 417.

No se olvide tampoco la grande influencia ejercida en Alemania por Antonio de Guevara (1), cuyas doctrinas concordaban con el *pietismo*, encomendando huir de los bullicios de la vida y abdicar de los gozos terrenales. ¿No ha sido acaso el *Menosprecio de corte* lo que aconsejó á Grimmelshausen y á su héroe Simplicissimus la abdicación de todos los bienes del mundo, el retiro en el seguro puerto de la Iglesia católica? Las obras de Guevara, que ya se habían impuesto á los alemanes en tiempo de Fischart (véase *Das Philosophisch Ehezuchtbuchlin* de Fischart), no faltaban en ninguna biblioteca alemana importante del siglo XVII (2). Junto al pietismo, la filosofía de corte produjo por otro camino el *realismo*. Puede considerarse como representante é intérprete mayor del realismo alemán de esta época á Gabriel Wagner (Realis de Vienna), hombre curioso y original, en contradicción y oposición continua con las ideas y las doctrinas de Thomasius, aislado del movimiento general

(1) Sobre su vulgarizador en Alemania, véase el estudio de K. v. Reinhardstoettner, *Ægidus Albertinus, der Vater* (sic) *des deutschen Schelmenromans*, en el *Jahrbuch für Münchener Geschichte*, II, pág. 1 y siguientes.

(2) No causa maravilla, pues, encontrar en la biblioteca de un noble del castillo de Perg (L. Proll, *Ein Blick in das Hauswesen eines österr. Landedelmanns aus dem ersten Viertel des 17 Jahrh. en el Jahres-Bericht des Staatsgymnasiums im 8 Bezirk* Wien 1898), junto á las obras de Lutero, Albert v. Eyb. y Maquiavelo, también las de Guevara.

de los eruditos, purista declarado, despreciador de los franceses. B. merece el aplauso de todos los entendidos, por la rehabilitación que intentó de este original que, á lo que parece, estaba en correspondencia también con Leibnitz.

Con referencia á la novela política del siglo XVII, hay que señalar el prodigioso éxito de la *Argenis* de John Barclay (1), con sus continuaciones é imitaciones, verdadera razón de Estado absolutista, sazonada con agradables entrenimientos que ponía al príncipe como astro central, alrededor del que todos tenían que moverse, y hacía del cortesano hombre cegado y esclavo de la voluntad de su príncipe. Como la *Dianea* y la *Ariana*, tampoco llegó á ser popular la *Argenis*, que inspiró á Fleming su *Margenis* y á C. F. Weise su drama *Sicilianische Argenis* (2). Ni aun el *Criticón* puede llamarse en ri-

(1) No sin influencia sobre el *Criticón* de Gracián. *(Critic.* II, 4; III, 9). El fecundo y amanerado D. Joseph Pellicer de Salas, habíale traducido ya en 1626, inundándole con altisonantes imágenes y metáforas extravagantes. Júzgase del culto de Barclay en España por la oda del mismo Pellicer. *Al tumulo de Juan Barclayo, ilustre genio de Escocia y alumno de Francia.*

(2) L. Fulda. *Die Gegner der zweiten schlesischen Schule* in Kürschner, *Deuts. Nationallit.* Vol. III, p. 53 y A. Hess *Christian Weises historische Dramen und ihre Quellen.* Rostock, 1893, p. 6. J. Minor, artículo sobre Weise en la *Allg. deutsche Biogr.* Sobre la actividad pedagógica de Weisse, véase O. Kämmel: *Christian Weiss, ein Sächsischer Gymnasialrector aus der Reformzeit* en la *Monatsschr. der Comeniusgesellschaft*, VII, 7. 8.

gor popular, como hace B. La obra inmortal de Gracián influyó en Alemania oponiéndose á las novelas galantes del tiempo, á la *Astrea* de Honoré de Urfé, á los cuento perfumados de Anton Ulrich v. Braunschweig, llamados por Sigmund v. Birken: «verdaderas escuelas de corte y de nobleza, que educan noblemente el ánimo, el entendimiento y las costumbres y deleitan con sus hermosos discursos cortesanos». En las novelas políticas de C. F. Weise, más que en otras, hay influencia inmediata del *Criticón*. Las figuras de Critilo y de Andrenio vuelven bajo los nombres de Democritus y Spizwitz en la primera novela de Weise: *Die drey Hauptverderber in Teutschland;* vuelven todavia como Gelanor y Florindo en *Die drey ärgsten Erz Narren von der ganzen Welt*, la más conocida de las novelas de Weise (reimpresa en Halle a. S. 1878). En el *Politischer, Näscher*, hasta en el *Freymüthiger und höfflicher Redner*, es también evidente el estudio de Gracián. Pero la sabiduría que C. F. Weise arrastra pesadamente, apoyándose en parte en Moscherosch, en parte en Quevedo, imitando el estilo irónico y satírico de Gracian, abusando de la alegoría en sus cuadros de la vida humana, repetidos en demasía, la personificación no siempre oportuna de su figuras imaginarias, la rusticidad de la sátira y del chiste, le hacen muy inferior á los autores que imita, inferior sin comparación á Gracián, que en pocas pinceladas

satíricas decía cuanto el alemán en un libro Justamente fué notado que la forma original de los *Ragguagli* de Boccalino no era desconocida para los satíricos alemanes; hubiera sido útil indicar las traducciones alemanas de los *Ragguagli* y de la *Pietra del Paragone politico* que salieron á la luz poco antes de las novelas morales y políticas de Weise (1).

El decaimiento progresivo de la poesía italiana y española, muy notable en las clases más cultas de Alemania, lamentada por Opitz, Postel y los Silesianos, el favor siempre creciente que gozaba la literatura francesa, en ninguna parte es más sensible que en la poesía de los políticos. De Francia llegó á Alemania la poesía de la adu-

(1) Un fragmento de una traducción alemana había aparecido ya en 1632: *Extract, auss dem Parnasso Boccalinis |auss Italienischer in die Teutsche Sprach versetzt.*—La traducción posterior se imprimió en Francoforte. En 1644: *Relation aus Parnasso Erster |Zweyter vnd Dritter Theil... Samt Beygefügtem Politischen Probierstein... Erstlich von Trajano Boccalini in Italianischer Sprach beschrieben| jetzund aber ind das Teutsche vbersetzt.* Sobre la influencia de la alegoría de Boccalini en las fábulas de Val. Andrea, habla G. Ellinger en su discurso: *Joh. Val. Andreä und die deutsche Fabel des 17 und 18 Jahrhunderts.* Berlín 1892. En estos días ha sido estudiada la influencia del satírico italiano en Alemania en el *Archiv f. das Stud der neueren Sprachen.* Vol CIII pag. 107 y siguientes: *Der Satíriker Trajano Boccalini und sein Einflus auf die deutsche Litteratur.* G. Fanchiotti en su libro *I manoscritti italiani in Inghilterra* I Caserta 1899 registra una traducción inglesa de la primera parte de los *Ragguagli* de Boccalini, manuscrita en Cambridge, 1626.

lación y del servilismo, vacía y palabrera, la práctica de la lisonja tal como enseñábase en el *Traité de la flatterie* de Amelot de la Housaye. El mundo no era nada más que una comedia de cumplidos. Muy á la moda estaban las inscripciones, los emblemas, los epitafios, los epigramas, los dichos de hombres célebres. Ni Wernicke, ni Canitz ni el mismo Postel, lograron sustraerse á la corriente general. En el *Abriss eines Weltmanns* de Wernicke. B. halla «das in seiner kürze vollständigste Bekenntnis zu Gracián». Pero el alemán que al declinar el siglo XVII y al empezar el XVIII tenía un culto verdadero por Cracián, era Cristiano Enrico Postel. Gustaba muchísimo de la literatura española y llamaba al autor del *Criticón*, en su epístola *De linguae Hispanicae difficultate, elegantia et utilitate*, «unicus», «summus».—«Huius viri sunt libri, quibus in eo genere orbis terrarum nil majus vidit... In stylo enim illo nemo tersior, in phrasibus nemo uberior, in metaphoris nemo judiciosor, in majestate nemo sublimior, in allusionibus nemo felicior» (1). B. exagera evidentemente, llamando al *Wittekind* de Postel una producción sublime en comparación del *Hermann* de Schönaich. Frutos también de la poe-

(1) También el autor de la *Mythoscopia romántica*, G. Heidegger, nombra á Gracián en su periódico *Mercurius*. Véase H. Bodmer, *Die Gesellschaft der Maler in Zürich und ihre Diskurse*. Frauenfeld 1895. pág. 16.

sía cortesana, son la comedia de corte aldeana, rústica, de estilo satírico-burlesco, trivial y grosera en gran parte, y el poema heroico. Este último, no sólo fúndase en la poesía heroica del Mediodía; tiene tambien influencia clásica. En este orden hubiera podido nombrarse las *Heldenbriefe*, muy conocidas, de Hoffmannswaldau (1), que toma por modelo á Ovidio, y, á pesar del desprecio que ostentaba por la poesía española, en la prefacción de sus *Deutsche Uebersetzungen un Gedichte* (2), seguia en lo metafórico de la lengua, en el uso y abuso de los conceptos, al agudo Gracián y á su ídolo Marino.

Tal es, sucintamente expuesta, la influencia que el sabio, profundo y agudísimo aragonés, directa é indirectamente ejerció en Alemania, en un siglo que, envuelto aún en las tinieblas de la pedantería escolástica, luchando con una ciencia tradicional vacía é indigesta, vió el amanecer de una ciencia nueva y preparó las semillas de las nuevas ideas, llevadas á madurez en posteriores edades por eminentes filósofos que han estado y todavía están á la cabeza del pensamiento moderno.

---

(1) Véase el artículo de Jellinek: *Hoffmannswaldau. Heldenbriefe* en la *Vierteljahrschift für Litteraturgeschichte*, de Weimar. IV, 34.

(2) Sin fundamento pretende Ettlinger que Hoffmannswaldau no sabía nada de español. Véase su libro: *Christian Hoffmann von Hoffmannswaldau. Ein Beitrag zur Litteraturgeschichte des 17 Jahrhunderts*. Halle, 1891, pág. 18.

No ha sido gloria pequeña de Gracián la de haber cautivado, en el atormentadísimo siglo que ahora baja al sepulcro, el corazón y la fantasía de Schopenhauer, el grande escudriñador pesimista de las quimeras humanas. Ni Gracián siquiera—el jesuíta solitario, apartado siempre de los torbellinos del mundo, destilando de su cerebro y de la sabiduría de sus libros favoritos la ciencia de la vida, la ciencia del hombre, que expuso con sagacidad deslumbradora en breves tratados, y en la alegoría verdaderamente inmortal del *Criticón;* el moralista agudo y amargo, convencido de la vanidad inmensa de todas las cosas humanas—, ni Gracián, digo, hubiera soñado, aun en los más halagadores sueños, llegar á tal punto con sus doctrinas y fecundar, á la distancia de dos siglos, la ciencia y la experiencia de otros geniales pensadores.

Arturo Farinelli.



El nombre de Arturo Farinelli es muy conocido de los eruditos españoles, desde que Menéndez y Pelayo habló de él y de su libro *Grillparzer und Lope de Vega* en *La España Moderna* (Octubre y Diciembre de 1894). Por entonces hizo Farinelli su primer viaje á España, viaje que había de influir extraordinariamente en el acrecentamiento de su hispanofilismo y de su inmensa cultura literaria. Uno y otra se acreditaron bien pronto ante nuestro público en la activa colaboración que Farinelli hubo de prestar á las tareas de los fundadores de la *Revista crítica de historia y literatura,* entre los cuales, en rigor, debe con-

tarse, siguiendo aquel criterio que hizo calificar á Hübner más bien de español que de alemán. El nombre de Farinelli hállase, en efecto, á cada paso en las columnas de la *Revista crítica*, y siempre al pie de trabajos importantísimos, que ilustran puntos esenciales—y algunos enteramente nuevos aquí—de nuestra historia literaria. Citemos tan sólo (y bastarán para medir la talla del autor) este admirable estudio sobre Gracián que ahora se reproduce, y los copiosísimos *Apuntes sobre viajes y viajeros por España y Portugal*, que, en tirada aparte de la *Revista*, forman un tomo de 145 páginas en 4.° mayor. Pero con haber sido tan grande y excelente la muestra de su labor literaria, que en España misma y en castellano (que admirablemente escribe) nos ha dado Farinelli, no basta, ni con mucho, para formar idea de su prodigiosa actividad, de su vasta y profunda cultura y de sus variadas aptitudes. Las Revistas alemanas, italianas y francesas, llenas están de artículos suyos, casi siempre críticos, con motivo de un libro nuevo que no sale de sus manos sin adiciones y rectificaciones, muchas y valiosas, por muy lleno de erudición que esté. Merced á esto, las críticas de Farinelli conviértense á menudo en verdaderas monografías, tan importantes como las que le sirven de motivo: y buen ejemplo de esto son los citados *Apuntes* (hechos para completar la *Bibliographie des vogages*, de Foulché-Delbosc) y el libro *Don Giovanni: Note critiche*. (Torino, 1896), el mejor y más amplio estudio del tipo de *Don Juan* en la literatura europea. Y como no es nuestro ánimo dar aquí una bibliografía completa de Farinelli, añadiremos tan sólo á las obras citadas tres más, de asunto interesante para los españoles: *La lingua spagnuola in Italia* (escrita en colaboración con otro hispanista ilustre, B. Croce), *Guillaume de Humboldt et l'Espagne* y *Deutschlands und Spaniens litterarisches Beziehungen*. (Relaciones literarias entre Alemania y España), a cual más rica en noticias y originalidad de juicio y dignas todas de ser traducidas al castellano.

Actualmente prepara Farinelli un estudio de gran alcance sobre la «Filosofía de Calderón de la Barca». En él, como en todos los escritos del autor, aprenderá nuestra juventud, no sólo *hechos* de la historia, sino profundas lecciones de patriotismo que Farinelli—mejor español en

esto que muchos nacidos en la Península—siente como realmente debe sentirse para producir algo más que gárrulas declamaciones: con amor infinito á la España gloriosa ayer, hoy caída; con y honda tristeza por sus errores, que no oculta, sino que señala más y más para su remedio; con firme resolución de trabajar sin descanso para que despierten nuevamente las dormidas energías, y animado por la radiante esperanza enemiga del pesimismo negro (máscara á veces de la pereza), fundada, no en la contingencia de ajenos auxilios, sino en la virtud vivificante del esfuerzo propio.

ÍNDICE

